

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
TESIS DE ANTROPOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE ANTROPÓLOGA
CON MENCIÓN EN ANTROPOLOGÍA SOCIOCULTURAL

Identidades Urbanas: “Adultos mayores, memoria y apropiación del espacio, Plaza Grande-Quito”

MARYELISA DELGADO MERCHÁN

DIRECTOR: MARCELO NARANJO V

Quito 2019

Un eterno agradecimiento a todas las personas que me acompañaron durante este largo proceso de tesis, a los que se fueron y a los que están. A Marcelo Naranjo por sus enseñanzas, paciencia y amistad. A mis queridas amigas de vida Andrea y Carito por su apoyo en momentos de duda y desesperación, por esos momentos de risas, cumbia y vino. Y como no agradecerles a mis viejitos de la Plaza Grande por compartir un pedacito de su vida en cada uno de sus relatos e historias.

A Fernanda, mi eterna compañera de vida, por sus consejos, por su amor y por ser mi ejemplo de valentía, gracias mamá.

A mis abuelitos Elisa y Teodoro, por su sabiduría y paciencia.

Con mucho amor, les dedico este trabajo.

Índice

Introducción.....	1
Capítulo I: Marco teórico	10
1.1 Sobre la interacción social, símbolos y rituales	10
1.3 Los espacios de la memoria	23
1.4 El paso de los años: cuerpo y vejez.	25
Capítulo II: Presentación de datos etnográficos.....	33
2.1 ¿Quiénes son los viejitos de la Plaza?: un breve acercamiento a los sujetos de estudio.....	33
2.2 Una breve etnografía del espacio: Un día en la Plaza Grande.	40
Capítulo III: Entre ritos: De jubilado a “viejito de la Plaza”	51
3.1 Separación.....	53
3.2 Liminalidad	55
3.3 Reinserción	62
Capítulo VI: La Plaza Grande: entre recuerdos, apropiación y limitaciones espaciales	68
4.1 El reencuentro con la Plaza: una invitación al recuerdo	69
4.1.1 Los héroes de la Plaza Grande	80
4.2 Del espacio físico al imaginado: apropiación y delimitación	83
4.3 La Plaza Grande como espacio de interacción social	92
4.3.1 Descanso, conversaciones y música.....	93
4.3.2 Etiquetaje social	99
Conclusiones.....	102
Bibliografía.....	105

Introducción

El presente trabajo de investigación trata sobre la memoria y cómo a través de esta facultad, los adultos mayores se construyen a sí mismos y a su espacio inmediato, el cual pasa a ser un universo con sentido, vivido y modelado por quienes a diario lo habitan y lo reconocen como “propio”, a partir de un juego de recuerdos, relatos, símbolos, creencias y ritos que les permite valorar y apropiarse de un lugar histórico, para nuestro caso, la Plaza Grande.

El modo de vida dentro de la urbe se ha venido caracterizando por una cuestión de *individualidad* como una nueva forma de interacción, en la cual predomina la preocupación por el “yo”, dando como resultado un debilitamiento de los lazos tradicionales y un cambio en las relaciones de convivencia, ya que éstas se han convertido en relaciones individuales, distantes, efímeras, y anónimas. Este tema de investigación es relevante ya que, nos permitirá conocer que dentro de la ciudad existen espacios –como la Plaza Grande-, en los cuales aún se mantienen lazos de comunidad, así como una idea de solidaridad social, de cooperativismo, en donde predomina la comunicación y la vinculación activa entre los sujetos, lo que permite establecer relaciones cercanas entre los actores que interactúan diariamente y forman parte de un grupo identitario, mediante elementos cohesionadores como recuerdos, creencias, símbolos, emociones, situación social, música, estética.

Es aquí, en donde la antropología –disciplina que se dedica en términos muy generales al estudio de los diferentes aspectos culturales de una sociedad- se convierte en una herramienta clave para analizar este tipo de socialización, ya que nos permite conocer la necesidad de los seres humanos por ordenar su entorno a través de una determinada visión del mundo, la misma que es compartida por cierto grupo de sujetos, marcando así un “nosotros” frente a los “otros”, lo que establece formas particulares de comportamiento y diferentes usos del espacio físico mediante la implantación de barreras simbólicas. Además de ello, esta disciplina nos abre paso al entendimiento de la vida de los actores y actoras sociales desde una perspectiva ampliada que incluye varios elementos como el análisis ritual, los símbolos y significados, el uso de los espacios, las alianzas y los roles que cumplen cada uno de los sujetos en un momentos determinado de su vida; son estos los elementos que permiten vislumbrar al ser humano como una realidad más que física, social por lo tanto compleja y que está en constante cambio.

La ciudad se llega a construir como una suma de memorias, ligada a hechos y lugares específicos que les permiten a los sujetos relacionarse con ciertos referentes simbólicos como monumentos, calles, estatuas, plazas, relatos, etc., que dan cuenta de una historia y un pasado colectivo. Por tal razón se tomó a la Plaza Grande como el escenario principal, ya que constituye un espacio céntrico que guarda un pasado histórico, reflejado en su estética y arquitectura, y el cual, continúa siendo la sede de los diferentes acontecimientos sociales, culturales y políticos.

Todos estos elementos producen una serie de significados que se han convertido en un agente cohesionador que se ve reflejado en la forma de uso de este espacio público. Así, la Plaza Grande se convierte en un claro referente de identidad, a partir del cual los diferentes grupos sociales se autodefinen. Dentro de la Plaza Grande se ubican una serie de actores: vendedores, turistas, betuneros, transeúntes, y adultos mayores. En este trabajo, haré referencia al grupo de los adultos mayores jubilados, los cuales, a través de su constante presencia e interacción, se han apropiado de los distintos espacios de esta plaza, generando un tipo de socialización mediada por el ocio y el descanso, pero que generan interesantes dinámicas para la construcción de su identidad.

Objetivos

Esta investigación está guiada por los siguientes objetivos:

1. Analizar la Plaza Grande como un espacio de construcción de la memoria colectiva.
2. Identificar los símbolos utilizados por los adultos mayores para apropiarse de un determinado espacio dentro de la Plaza Grande.
3. Analizar y comprender el o los ritos de paso por los que el individuo atraviesa para formar parte de la socialización en la Plaza Grande.
4. Conocer los diferentes estereotipos e imaginarios que se han construido hacia los adultos mayores por parte de los “otros” ciudadanos que eventualmente visitan este espacio histórico.

Hipótesis

Según Hall (1996), la identidad actúa en base a la diferencia, la cual marca “fronteras” mediante límites simbólicos que establecen un afuera y un exterior que consolidan el proceso de identificación. Esto se podría dar por la necesidad que el ser humano tendría por formar parte de una socialización específica con sus semejantes a través de la delimitación y ocupación del territorio, lo que afirmaría las distinciones entre varios grupos identitarios que forman parte de un mismo espacio físico. Esto respondería a la existencia de una afirmación de identidad y una apropiación del espacio, encargada de separar al otro y de crear una cohesión con los semejantes, basada en una codificación simbólica, socio cultural y espacial.

Según Isla (2003), la memoria está vinculada en la construcción de la identidad, es decir, la identidad se plasma en las narrativas sobre el pasado que los miembros de un determinado grupo realizan en el diálogo entre “ellos” frente a los “otros”. Entonces, esto podría ser debido a que la identidad se forjaría a partir de diferentes formas de comportamiento, tradiciones y costumbres que habrían sido institucionalizadas en un tiempo pasado, las mismas que se convertirían en modelo a seguir o rechazar por un determinado grupo. Por lo tanto, las diferentes anécdotas, historias, leyendas y acontecimientos –políticos y sociales- pasados recordados por los sujetos serían un elemento fundamental en la construcción de un grupo identitario, en el que cada uno de sus miembros compartiría similares características y comportamientos, lo que conllevaría a la diferenciación entre el “auténtico” quiteño y los “otros”.

Debido a que se ha asociado a la vejez con la enfermedad, según Osorio (2006) es necesario romper con esa idea para (re)construir a la vejez como una etapa de la vida que posee una identidad propia, regida por una serie de normas de comportamiento y ritos de pasaje que le dan un contenido social. Esto podría ser debido a que se ha dado una ampliación del ciclo vital, lo cual generaría una nueva concepción de vejez y en general de la edad e implicaría nuevas formas de socialización y trato hacia las personas que estarían atravesando por esta etapa. Lo expuesto respondería a una ruptura de la idea de la etapa de la vejez como un estado de discapacidad que respondería a una construcción cultural.

Líneas teóricas

Para el desarrollo de este trabajo teórico-analítico, tomaré las posturas de Joel Candau (2006) quién desde la antropología hace referencia al estudio de la identidad ligado a la memoria, como dos elementos claves en la construcción de una representación de una colectividad, tomando en cuenta al recuerdo y al olvido de los acontecimientos. El autor parte desde un estudio biológico, filosófico y psicológico de la memoria, lo que le permite abordar a profundidad esta facultad, que en el campo antropológico, se ha visto limitada a ser considerada como un factor social indispensable dentro de las sociedades y la formación de identidades.

Candau (2006) nos permite recorrer por una memoria de tipo simbólica y semántica, que le otorga a una colectividad la capacidad de elaboración de representaciones del pasado y el futuro, en base a sus recuerdos y olvidos. Resalta la importancia de la *trasmisión* de la memoria, pues la identidad y la vida social se construyen generación tras generación en base a las costumbres y tradiciones. Me parece importante rescatar que el autor al largo de su análisis pone en tela de juicio el alcance de los conceptos de **memoria colectiva** e **identidad colectiva**, señalando que no son más que términos simbólicos utilizados por las ciencias sociales para designar a realidades más o menos homogéneas, estables y funcionales.

De esta forma, el autor presenta un esquema completo desde el campo de la antropología, tomando en cuenta las bases biológicas de la memoria, hasta el campo específico en donde esta memoria se plasma: monumentos, patrimonio, relatos, tradiciones, costumbres y ritos. Así, Candau (2006) propone una *antropología de la memoria* justificada por un “*mnemotropismo*” que caracteriza a las sociedades contemporáneas, y es el interés de los sujetos por la búsqueda de elementos que le permitan abordar el pasado: símbolos, fechas, personajes, historias, espacios.

Además, tomaré postulados teóricos de Silva (2001), quien menciona la existencia del *símbolo urbano*, entendido éste como construcción social de un imaginario, que emerge de la misma cotidianidad de los actores. Así, lo imaginario hace efecto en un simbolismo en específico, de donde surge la *fantasía ciudadana* y la *ciudad subjetiva*, conduciendo a una ciudad más que un mero espacio físico, a una ciudad plenamente vivida, interiorizada y proyectada por los diferentes grupos que la habitan y que en sus relaciones de uso e

interacción con la urbe, no solo la recorren, sino que la (re)construyen como imagen urbana, de la cual se apropian y en torno a ella construyen una serie de percepciones, que concede a la ciudad la imagen de un cuerpo humano con sexo, corazón, miembros y con sentidos que huele, sabe, mira, oye y se hace oír. De esta forma, el autor nos permite entender a la ciudad como la poseedora de una serie de espacios que encierran características físicas, abstractas e imaginarias, que les permite a los actores sociales concebir, (re)construir y ver a la ciudad y los espacios que la conforman.

Entonces, la ciudad aparece como una imagen subjetiva, donde cada sujeto la construye y ordena de acuerdo a su experiencia. Silva (2001) a pesar de centrar su atención en los elementos abstractos, no descarta la influencia de las formas físicas de la ciudad en la forma de ver, imaginar y habitar los espacios urbanos, pues las representaciones colectivas, afirma, nace de la disposición física¹, así lo urbano se torna complejo. Son estos procesos los que marcan la forma de uso del territorio por parte de los habitantes: se crean fronteras que ordenan y excluyen, se trazan recorridos, aparecen espacios que facilitan o dificultan los encuentros sociales, lugares de reunión, de juego, en fin, en los que se puede estar y en los que no, situación que da paso a una perspectiva binaria de los espacios: seguro/inseguro, antiguo/moderno, bonito/feo, etc. A partir de sus postulados, el autor permite indagar la experiencia del sujeto con el espacio urbano y cómo se va construyendo la ciudad en torno a cómo la perciben sus usuarios.

Para tener un mayor conocimiento sobre los ritos y su función en la construcción y afirmación de la identidad, considero pertinente retomar el pensamiento de Turner (1973). El autor resalta la importancia del estudio y análisis de los ritos dentro de la esfera de la vida social ya que permiten entender el funcionamiento de la estructura social y de los diferentes procesos sociales. Dentro de su planteamiento teórico, toma en cuenta los ritos de pasaje, los cuales permiten transiciones de un estado a otro, implicando un cambio de estatus social, cargo y función. Es decir que, los ritos de paso van más allá de marcar los procesos vitales (nacimiento-pubertad-matrimonio), sino que se extienden a todo acto que implique un cambio de estado, en sí, una nueva identidad y la pertenencia a un determinado orden social.

¹ Silva (2001) señala que lo real no siempre coincide con lo imaginado, siendo lo imaginario un elemento que se impone sobre las formas físicas de la ciudad.

Manifiesta que la función de los ritos, junto con los símbolos es la *cohesión social*, un “*llegar a ser/ ser parte de*”, es decir, asumir y desempeñar los roles que le impone un determinado grupo, los cuales, van a ser (re)adaptados periódicamente, de acuerdo a sus condiciones como sujeto. Son estos rituales los que van a dar paso a la formación de valores, normas, creencias y comportamientos que son necesarios para el orden social. El autor establece tres estados por los que atraviesa el sujeto durante el ritual: separación, liminalidad e integración, sometándose a una serie de normas que deben ser cumplidas para alcanzar el objetivo deseado.

Los autores mencionados se convierten en un aporte esencial para tratar mi tema de estudio, ya que, llevando estas ideas descritas a un tipo de socialización como es la de los adultos mayores en la Plaza Grande, me permitirán entender los diferentes elementos que conllevan a este grupo a formar parte de este espacio, mediante la revisión de lineamientos teóricos sobre la memoria, símbolos, representaciones y ritos que son tratados por los autores anteriormente señalados.

Metodología

Esta investigación se inscribe dentro de un estudio cualitativo, el cual nos permitirá tener acceso a las diferentes narrativas y puntos de vista de los integrantes del grupo a ser estudiado, para así entender la configuración de la identidad dentro de la Plaza Grande. Para la realización del presente trabajo investigativo, hay que considerar que el universo de estudio consistió en todos los adultos mayores que visitan y transitan por la plaza Grande; debido a que este universo seleccionado era muy extenso, fue necesario proceder a una delimitación para lograr un mayor acercamiento a los sujetos de estudio.

En tal sentido, se procedió a construir una muestra ideal en base a criterios que reproduzcan el universo: tres adultos mayores entre la edad de 50-80 años, quiteños de nacimiento, y de género masculino que visitan diariamente la plaza, los mismos que se convirtieron en actores claves que ocupan este espacio de interacción y que han sido testigos de los diferentes procesos sociales, políticos, históricos y culturales que ha vivido esta plaza; dos adultos mayores no quiteños, los cuales permitieron entender el proceso de inclusión a un determinado grupo, y que, a pesar de no haber nacido en este lugar, guardan recuerdos de lo que fue Quito y sus transformaciones; dos adultos jubilados, los cuales al haber culminado una etapa de su vida, se insertan en este espacio para ocupar su tiempo libre y compartir con otros individuos; dos adultas mayores mujeres y dos

comerciantes , las cuales nos brindarán testimonios para entender cómo los “otros” ven y conciben a los adultos mayores que se reúnen en la plaza. Hay que recalcar que nos encontramos ante una muestra tentativa, la cual varió en el período de recolección de información debido a que los adultos mayores constituyen un grupo poco estable.

Previo al trabajo de campo se realizó una extensa revisión bibliográfica, una vez revisada la información sobre varios temas como espacio, memoria, vejez e identidad, se procedió a la elaboración de fichas bibliográficas con entradas temáticas para una adecuada clasificación y manejo de la teoría que constituye la base de esta investigación. Posteriormente se procedió a la elaboración de un plan de investigación en el cual se delimitó el tema, se propuso los objetivos, hipótesis y la metodología para proceder a la realización del trabajo de campo.

Para la recolección de información en el campo de estudio se recurrió a hacer uso de diferentes técnicas de investigación. Así, se realizó una extensa prospección que permitió una primera aproximación para familiarizarnos con el espacio y los sujetos que en el interactúan. Posteriormente, se recurrió a la realización de entrevistas semi-estructuradas² y conversaciones informales, ya que fue en el contexto de la cotidianidad donde se pudo acceder a información más relevante, permitiendo adquirir y dar confianza a los informantes; y posteriormente se pasó a la elaboración de historias de vida con determinados informantes claves. Las historias de vida fueron fundamentales en el proceso de investigación, permitiendo conocer a profundidad al sujeto de estudio debido a la capacidad de los sujetos para recordar acontecimientos del pasado y sobre su propia vida.

De la misma forma, se acudió a la realización de una etnografía, la misma que nos permitió observar, describir y conocer a los actores, el espacio, los diferentes comportamientos y prácticas sociales que ahí se desenvuelven a diario. Cabe recalcar que, todo el proceso de investigación estuvo acompañado de una permanente observación

² Cabe recalcar que en un primer momento se procedió a la realización de entrevistas estructuradas, pero resultó un dificultoso debido a que los adultos mayores son un grupo poco estable (un día pueden estar, otro no), y sobre todo porque a lo largo de su vida han ido acumulando mucha información, ideas, recuerdos y anécdotas que son mejor relatadas de forma espontánea y en un contexto más informal.

participante y no participante, alternando días y horarios (la dinámica social de este espacio es flexible y cambia de acuerdo al día, al tiempo y a las condiciones climáticas), lo que facilitó estar en permanente contacto con los sujetos de estudio y obtener información de primera mano.

Para el registro de la información se recurrió a la realización de informes de prospección; una bitácora, la misma que permitió programar cada una de las salidas al campo, presupuesto, y todos los implementos necesarios para la ejecución del trabajo de campo: libreta, bolígrafo, grabadora de voz, cámara fotográfica. Además, se elaboró un diario de campo en donde se registró todo lo acontecido durante la labor de investigación; y posteriormente, con toda la información obtenida y las entrevistas transcritas, se procedió a la elaboración de fichas de campo clasificadas por entradas temáticas que fueron utilizadas para sistematizar y ordenar la información recolectada en las diferentes campañas de campo.

A continuación, presento los diferentes criterios escogidos para delimitar el universo de estudio:

<i>Adultos mayores (Edad 50-75 años, Quiteños, género masculino,)</i>	3
<i>Otro lugar de procedencia</i>	2
<i>Adultos jubilados</i>	2
<i>Adultas mujeres</i>	2
<i>Comerciantes hombres y mujeres</i>	2
TOTAL	11

Plan de la obra

A continuación, presento el plan de obra. En la introducción se realiza un acercamiento a los aspectos generales que guían el presente trabajo investigativo, partiendo de la importancia del tema, se expone los objetivos, las hipótesis y los lineamientos teóricos en los cuales se inscribe esta investigación. De igual forma, se describe la metodología

utilizada para la recopilación y registro de la información tanto de campo como bibliográfica.

En el primer capítulo se aborda la parte bibliográfica que se convierte en la base para el posterior análisis de este trabajo. Se realiza el análisis del concepto de interacción social como una condición innata en los sujetos, la misma que es reforzada por la cultura. Así mismo se revisa los conceptos de memoria e identidad y la relación de los sujetos con el espacio. Para entender la realidad de los sujetos de estudio es necesario revisar los debates en torno al cuerpo y la vejez.

En el segundo capítulo se presentan los datos etnográficos, una primera parte que permite entender al lector sobre quiénes son los viejitos de la Plaza Grande y el proceso social de la vejez; y la segunda parte describe el espacio físico y las dinámicas sociales que en él se (re)produce.

En el tercer capítulo se analiza los pasos rituales que debe atravesar el adulto mayor para llegar a ser parte de la nueva socialización de la Plaza Grande, hecho que está acompañado de un proceso de construcción identitaria. Así mismo se aborda la amistad y sus implicaciones sociales en la cotidianeidad de los sujetos

El cuarto capítulo se centra en el análisis del sujeto, espacio y memoria y cómo a partir de estos elementos se redefine la identidad del adulto mayor, generando dinámicas de inclusión, exclusión y apropiación espacial, tomando en cuenta las representaciones sociales que se han construido en torno a la ciudad.

Finalmente se presentan las conclusiones, en las cuales se realiza una valoración de los aportes y falencias del proceso investigativo, y unos breves aportes finales para cerrar lo expuesto.

Capítulo I: Marco teórico

La ciudad entendida como una construcción social, que se extiende más allá del plano geográfico, es el escenario donde confluyen una diversidad de actores y actoras sociales quienes desarrollan una serie de prácticas y convierten a este espacio en un mundo con sentido, que es vivido e interpretado, donde se ponen en juego una serie de alianzas, conflictos, flujos y encuentros, a partir de la interacción social que genera prácticas que cohesionan a unos y excluyen a otros. Así, la ciudad se va configurando como un espacio denso, donde la convivencia entre los sujetos construye identidades variadas y complejas con sus propios códigos, que permiten que los diferentes espacios de la urbe tengan vida y no terminen en el abandono y olvido, consecuencia de la modernidad que trae consigo nuevas formas habitar la ciudad.

El presente trabajo investigativo pretende dar a conocer un tipo específico de convivencia, donde los y las adultas mayores son los principales actores en un escenario histórico que facilita el encuentro social, generador de recuerdos, rituales, códigos, en sí, de una identidad bien definida. Para el posterior análisis, es necesario presentar un marco teórico desde la antropología que permite entender al ser humano como un ente social, generador de prácticas culturales que configuran la forma de ver, estar y sentir el mundo de los sujetos.

1.1 Sobre la interacción social, símbolos y rituales

El individuo al estar inmerso en un mundo social siente la necesidad de establecer relaciones con sus otros semejantes, permitiéndole estar en constante interacción con los demás miembros de una determinada sociedad. Es esta tendencia “innata” de los seres humanos a vivir en sociedad, lo que se conoce como un proceso de *sociabilidad* que ha sido una de las preocupaciones de la antropología. Este término puede ser entendido desde la dicotomía naturaleza-cultura abordada por Lévi- Strauss (1969), quien sostiene que todo aquello que está en el ámbito de la naturaleza es universal, mientras que todo lo particular pertenece al ámbito de la cultura. Entonces, la sociabilidad puede ser vista como una capacidad natural que impulsa de forma inconsciente la vinculación con otros individuos por el hecho mismo de ser parte de una sociedad, y esto nos remite a la dimensión de la cultura, ya que sin sociabilidad no es posible establecer una comunidad, y viceversa, sin comunidad no hay sociabilidad. Al hablar de sociabilidad como un medio cultural, hacemos referencia a las diferentes formas en las que ésta se produce, los

diversos contextos en los que se puede llevar a cabo y los medios por los que se llega a consolidar una relación social entre dos o más sujetos:

Decir que el hombre es un ente genérico, significa afirmar por lo tanto que es un ser social. Efectivamente, él sólo puede existir en sociedad; e incluso sólo puede apropiarse de la naturaleza con la mediación de la sociabilidad. El hombre se objetiva siempre en el interior de su propio género y para el propio género; él siempre tiene noticia de esta genericidad (Heller 1998: 31)

Debido a que la interacción social activa la capacidad natural de la sociabilidad, por medio de la cual los sujetos establecen vínculos entre sí, permitiendo la circulación de una serie de significados que crean, ordenan y definen el mundo y a sí mismos, es necesario tomar en consideración el pensamiento de Goffman (1979) quien hace referencia a la consolidación de vínculos entre los sujetos, afirmando que el individuo está unido a la colectividad por ser miembro de ella, y a otros individuos por las relaciones sociales que establecen, lo que contribuye a la formación de la identidad tanto social como individual:

Al hablar de identidad social me refiero a las grandes categorías sociales (y a las organizaciones y grupos que funcionan como categorías) a las que puede pertenecer, y verse que pertenece, un individuo: un grupo de edades, sexo, clase, regimiento, etc. Al hablar de identidad personal me refiero a la continuidad orgánica única que se imputa cada individuo, la cual se establece mediante señas distintivas como nombre y aspecto y se perfecciona mediante el conocimiento de su biografía y sus atributos sociales, conocimiento que se llega a organizar en torno a sus señas distintivas (Goffman 1979: 195)

En este marco de interacción social se define un actuante que asume un papel frente a un público y adopta expresiones para llevar a cabo el proceso de representación. Estas expresiones van desde un lenguaje verbal hasta gestos y posturas corporales que llevan a un proceso de comunicación y trasmisión de códigos que buscan mantener la continuidad de la interacción. Goffman (1959) sostiene que, para llevar a cabo el proceso de actuación, el individuo dispone de una dotación expresiva denominada *fachada*, la cual es empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación. La fachada está constituida por dos elementos: el medio, es decir, el escenario donde se da la acción (fuera de un determinado escenario soy otro); y la fachada personal como son las “insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y el aspecto, el porte, las pausas del lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes” (Goffman, 1959: 35). Cuando los individuos actúan, en el marco de la vida cotidiana, cumplen el papel o rol que asignan a cada uno de los personajes que representan, así:

Probablemente no sea un mero accidente histórico que el significado original de la palabra persona sea máscara. Es más bien un reconocimiento del hecho de que, más o menos conscientemente, siempre y por doquier, cada uno de nosotros desempeña un rol [...] Es en estos roles donde nos conocemos mutuamente; es en estos roles donde nos conocemos a nosotros mismos (Goffman, 1959: 31)

Las personas muestran sus posiciones en la escala del prestigio y el poder a través de una máscara expresiva, una ‘cara social’ que le ha sido prestada y atribuida por la sociedad, y que le será retirada si no se conduce del modo que resulte digno de ella, las personas interesadas en mantener la cara deben cuidar que se conserve un cierto orden expresivo (Goffman, 1959).

El encuentro con los otros es la base de la interacción, hecho que está mediado por un sistema de comunicación que permite a los sujetos verse a sí mismos, proyectar una imagen hacia los demás y receptor la imagen de los otros y del espacio, dando como resultado tipos estructurados de identidad, dando paso al flujo de una serie de saberes, normas, creencias, memorias y representaciones, en sí, una cultura. Entonces, la realidad social se construye a partir de la interacción entre los actores y su entorno, los mismos que se apropian de símbolos, los interpretan y permiten que el ser humano actúe en torno a su significación. Son los símbolos los cuales permiten al individuo relacionarse con el mundo social y físico, ordenar el mundo, que de lo contrario sería confuso e indefinido.

Sin embargo, en nuestra sociedad el encuentro y la interacción con el Otro está en decadencia, ya que han sido reemplazados por rituales breves e interpersonales (Goffman, 1979), debido a que la ciudad se ha transformado, adoptando formas distintas, hasta llegar a constituirse en un espacio denso, con una población heterogénea que generan varias ideas, prácticas y formas de vida particulares, dando paso a un tipo de relaciones ancladas o anónimas (Goffman, 1979) que consiste en un trato estructurado mutuo entre dos individuos que se conocen única y exclusivamente conforme a la identidad social percibida en ese instante.

Ante esto, Klapp (1973) sostiene que hay una búsqueda colectiva de identidad, como consecuencia de esta descompensación que propician los sistemas sociales modernos que aquejan a la sociedad actual. Esta búsqueda de identidad, por la mencionada descompensación, se origina a partir de una ausencia de significado del “yo”, que obliga a los sujetos a buscar *símbolos* que restituyan su identidad o le otorguen otra nueva para que su vida comience a tener sentido.

Esta situación nos remitiría a considerar el pensamiento de Geertz (2003), quién menciona que el *símbolo* desempeña un papel fundamental en la consolidación de las representaciones, ya que permite otorgar un orden y una significación a la experiencia y dar a esta experiencia, a las ideas, anhelos, actitudes o creencias, formas concretas y perceptibles. Entonces, es este sistema organizado de símbolos, el medio necesario para captar determinadas situaciones que van a permitir al individuo ubicarse dentro de un contexto específico, dictaminando formas de comportamiento “correctas” a los sujetos, ya que este sistema “*es la fuente de información que da forma, dirección, particularidad y sentido a un continuo flujo de actividad*” (Geertz, 2003:215).

Por lo tanto, los símbolos son fundamentales para que el individuo pueda representarse a sí mismo y exteriorizar su identidad; es decir, son estos símbolos los que generan representaciones e imaginarios colectivos que se encargan de modelar y regir los comportamientos y legitimar una identidad, ya que dichas representaciones están articuladas por ideas, imágenes, ritos y modos de accionar (Silva 2001). Son estas representaciones las que impulsarían prácticas y conductas sociales que van a expresar el estado del grupo social, reflejar su estructura y expresar la manera en que reaccionarían ante cierto acontecimiento social.

De esta forma, se puede establecer a la ciudad como un espacio simbólico por excelencia. Para adentrarnos a esta temática es necesario considerar el planteamiento de Silva (2001), quien menciona la existencia del *símbolo urbano* entendido éste como construcción social de un imaginario, que emerge de la misma cotidianidad de los actores. Así, lo imaginario hace efecto en un simbolismo en específico, de donde surge la *fantasía ciudadana* y la *ciudad subjetiva*, conduciendo a una ciudad más que un mero espacio físico, a una ciudad plenamente vivida, interiorizada y proyectada por los diferentes grupos que la habitan y que en sus relaciones de uso e interacción con la urbe, no solo la recorren, sino que la (re)construyen como imagen urbana, de la cual se apropian y en torno a ella construyen una serie de percepciones, que para el autor mencionado, da a la ciudad la imagen de un cuerpo humano con sexo, corazón, miembros y con sentidos que huele, sabe, mira, oye y se hace oír. Silva (2001) entiende a la ciudad como la poseedora de una serie de espacios que encierran características físicas, abstractas e imaginarias, que les permite a los actores sociales concebir, (re)construir y ver a la ciudad y los espacios que la conforman, a partir de los imaginarios sociales, los cuales están cargados de símbolos que producen un todo, en el que los recuerdos de una experiencia se mezclan con las expectativas de un futuro.

Para Silva (2006) los imaginarios son elementos propios de una naturaleza abstracta y simbólica que estructuran la realidad social de las ciudades, los cuales van más allá del plano empírico y están relacionados con la parte estética de cada espacio, es decir, la forma en que éstos son concebidos por sus habitantes, por lo que no pueden entrar bajo consideraciones de “verdaderos” o “falsos”, ya que son producto de la fantasía. Es por esto que los imaginarios, al no estar inscritos dentro de una lógica de lo racional, deben ser entendidos como una construcción social de la realidad y que solo pueden ser traducidos de forma subjetiva a través de determinadas visiones del mundo, que, al mismo tiempo, son moldeadas por estos imaginarios, que influyen en la construcción de relatos de la cotidianidad estableciendo formas de comportamiento.

Por lo tanto, los imaginarios son representaciones colectivas que forman parte del proceso de identificación social que dan paso a la interacción y la comunicación. Silva (2006) señala la estrecha relación entre lo imaginario y lo simbólico, ya que lo imaginario se plasma en algo simbólico para poder manifestarse, cuando la imagen se hace evidente en un símbolo concreto la ciudad se presenta como la “*imagen de una forma de ser*”

Para este autor, es a través de los imaginarios sociales que una colectividad llega a establecer su *identidad*, ya que, elabora una representación de sí misma, lo que conlleva a una distribución de los papeles y las posiciones sociales, expresa e impone ciertas creencias comunes. Así, se genera una representación totalizante de la sociedad como un orden según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser. Baczkó (2005: 25) señala que “Designar una identidad colectiva conlleva a designar su “territorio” y sus fronteras, definir sus relaciones con los “otros”, formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados; del mismo modo, significa conservar y modelar los recursos pasados y proyectar hacia un futuro sus temores y esperanzas”.

Según Geertz (2003), es a partir de la atribución de un significado a cada uno de estos símbolos por lo que cada individuo interpreta su experiencia y organiza su conducta dentro del marco de lo “normal”; así, cuando se ignora las normas morales emitidas por los símbolos (ethos), el sujeto puede llegar a ser considerado como un “anormal”, quien lleva un estilo de vida contrario a la socialmente establecido. De esta forma se construye un orden de las cosas, en general, del mundo a través de una reducción de los ámbitos perceptivos frente a la complejidad de la realidad (Amodio, 1993), que da paso a la

construcción de espacios ligada a la idea de territorio, a partir de límites más que geográficos, simbólicos que dan sentido al entorno y lo organizan.

En este proceso, dos oposiciones semánticas intervienen fuertemente para definir la identidad específica de cada cultura: dentro/fuera, por lo que se refiere a las categorías espaciales y la definición del territorio; nosotros/ellos por lo que se refiere a las categorías de identidad cultural. En verdad territorio e identidad cultural constituyen partes de un todo complejo, donde una categoría reenvía a la otra para tener sentido. El nosotros no es posible sin un entorno espacial de referencia, de manera que la constitución del otro impone también la delimitación de un espacio externo, lugar del otro: el fuera indeterminado debe adquirir sentido (Amodio 1993: 17)

De esta forma, es por medio de los significados de los símbolos que los sujetos interpretan su experiencia y organizan su mundo. Estos símbolos son claramente representados en los rituales, los cuales son sentidos por el sujeto o por el grupo que permiten establecer normas y reglas que establecen formas correctas de comportamiento y sobre todo connotan todo un sistema, tanto de obligaciones como de derechos sociales. Para tener un mayor conocimiento sobre los ritos y su función en la construcción y afirmación de la identidad, es necesario considerar el pensamiento de Turner (1973).

En todas las sociedades, fomentar la vida es una de las mayores preocupaciones del ser humano, por lo que el paso sucesivo de una edad a otra, de un estatus a otro están acompañadas de actos especiales como las ceremonias o ritos de paso que marcan este cambio de situación del individuo, en base a ciertas creencias y costumbres que resumen la forma de ver el mundo por parte de un grupo social. Sin embargo, hay una tendencia a asociar los ritos de paso con los procesos biológicos como el nacimiento, la pubertad, o la muerte; pero es necesario recalcar que este tipo de ritos se extiende más allá de este plano biológico, es decir, que abarca cualquier situación que implique la transición de un estado a otro mediante el cual, el sujeto llega a adquirir un nuevo rol dentro de su entorno. Dentro de su planteamiento teórico toma en cuenta los *ritos de pasaje*, los cuales están marcados por tres pasos que van a permitir a un sujeto un “llegar a ser” y un “ser parte de”. Estos pasos son: separación, liminalidad e integración (Turner, 1973):

1. Separación: apartamiento de la persona del grupo, de un punto anterior fijo en la estructura social o de un conjunto de condiciones culturales.

2. Período liminal: el estado del sujeto partícipe del ritual es ambiguo, no es de aquí ni de allá, tiene pocas o no tiene cualidades del estado pasado o del que está por venir.
3. Integración: el individuo alcanza una nueva identidad, adquiriendo derechos y obligaciones y se espera que se comporte como el “nuevo” sujeto en base a las normas socialmente establecidas.

Turner (1973) permite entender a los ritos de paso como un *conjunto de símbolos*, mediante los cuales, una determinada cultura organiza el mundo en conjuntos estructurados para transmitir un mensaje codificado, que dará paso a un sistema de obligaciones sociales que deben ser cumplidas por los individuos. Su mantenimiento y repetición dan paso a la memoria, gracias a la herencia de un conjunto de prácticas que garantizan su propia reproducción, convirtiéndose en un medio simbólico primordial de que disponen los sujetos para experimentar emociones y sentimientos místicos, por lo tanto, son importantes en la sociedad, ya que, aunque comunique emociones, le da a los sujetos un sentimiento de cohesión, aumentando la capacidad de convertir su conciencia del “yo” en la de “nosotros, es decir, un nexo para que los individuos se identifiquen consigo mismo y los demás, ya que proporcionan sentimientos de tipo emocional que hacen la vida más emotiva y más cargada de sentido y significados.

Para Goffman (1971) más que un suceso extraordinario, el ritual es parte constitutiva de la vida diaria del ser humano, por lo que se puede decir que la vida cotidiana está conformada por ritualizaciones que ordenan nuestros actos y gestos corporales. En este sentido, los rituales aparecen como cultura encarnada, interiorizada, hecha cuerpo, cuya expresión es el dominio del gesto, de la manifestación de las emociones y la capacidad para presentar actuaciones convincentes ante los otros con quienes interactuamos.

El concepto de ritual propuesto por Goffman (1971) establece la relación entre los rituales y los procesos de comunicación, ya que los primeros se ubican en la categoría de actos humanos expresivos, en oposición a los instrumentales. Además de ser un código de conducta, el ritual es un complejo de símbolos, pues transmite información significativa para otros. La segunda idea consiste en relacionar a los rituales con los movimientos del cuerpo, el ámbito de la gestualidad y los movimientos corporales, el uso del espacio en la

interacción, en el sentido de que la ritualización actúa sobre el cuerpo, produciendo la obligatoriedad y asimilación de posturas corporales específicas en cada situación de interacción cara a cara.

Así la ciudad se va configurando a través de un conjunto de símbolos (tanto materiales como imaginarios), los mismos que permiten idealizar y desarrollar un sentido de espacialidad. Esta espacialidad a la que hace mención Córdova (2005), junto con las formas físicas de la ciudad, se constituye en elementos claves para la formación de identidades colectivas dentro de los espacios urbanos, los cuales se convertirán en un referente para que los sujetos construyan elementos de pertenencia a un determinado grupo social, que se convertirán en valores comunes, producto de una *“realidad histórica gestada desde el pasado y de un conjunto de relaciones coyunturales establecidas en el presente”* (Córdova, 2005: 137). Este postulado nos permite pensar en la estrecha relación de los símbolos con la memoria colectiva, ya que la función de los símbolos sería garantizar una memoria colectiva a un determinado grupo que permite a sus miembros reconocerse en un conjunto de valores comúnmente aceptados que modela conductas sociales e individuales.

A continuación, se hará referencia al estudio de la identidad ligado a la memoria como dos elementos claves en la construcción de una representación de una colectividad, la cual se puede expresar de diferentes maneras: admiración por el patrimonio, conmemoraciones, relatos, rituales, etc.

1.2 Identidad y memoria

Durante el transcurso de la vida, los seres humanos acumulan una amplia cantidad de recuerdos, pero también olvidan otros, son estos dos elementos los que componen la memoria colectiva y que van a permitir crear una identidad de un determinado grupo social. A partir de este postulado, Candau (2006) establece la estrecha relación existente entre memoria e identidad, es decir que, no hay búsqueda identitaria sin memoria, así como la búsqueda memorialista siempre está acompañada de un sentimiento de identidad.

Para Candau (2006), la memoria es una facultad innata en todos los individuos de origen neurobiológico muy complejo, que surge mediante estímulos externos y que permiten al individuo recordar u olvidar ciertos acontecimientos a lo largo de la vida, lo que faculta realizar una distinción de la memoria como hecho natural y cultural. Al considerar a la

facultad de la memoria como un hecho universal –a más que el individuo presente ciertos trastornos psicológicos- la memoria tiene su origen en la naturaleza; pero las diferentes modalidades de la facultad de la memoria que están reguladas dentro de las sociedades e incluso dentro de un mismo grupo, nos remite al nivel de la cultura.

Se entiende a la memoria como un fenómeno de tipo social anclado a bases biológicas y anatómicas, las cuales deben considerarse para entender este proceso, no como una simple recolección o exposición de acontecimientos del pasado insignificantes, sino como un hecho innato en los sujetos, que requiere de una serie de procesos de interacción con el “otro”, para a través del lenguaje (verbal y no verbal) comunicar y plasmar su experiencia, en un campo específico: monumentos, patrimonio, relatos, tradiciones, costumbres y ritos.

Candau (2008) expone una clasificación de las manifestaciones de la memoria:

1. **Protomemoria:** Son aquellos aprendizajes y saberes heredados (formas de hablar, el caminar, de pensar, movimientos, gestos) que disponen y configuran al cuerpo sin que este se cuestione cómo se hace, por lo tanto, constituyen experiencias incorporadas que mueven al sujeto de forma inconsciente.
2. **La memoria propiamente dicha o de alto nivel** es una memoria de recuerdo que lleva a una evocación involuntaria de recuerdos autobiográficos, saberes, creencias, sensaciones, sentimientos, etc.
3. **La metamemoria** es la representación que cada sujeto se hace de su propia memoria, lo que conoce de ella y lo que dice sobre ella.

A partir de esta taxonomía, se entiende que estos tres tipos de memoria se desarrollan en el plano individual, mientras que colectivamente corresponde la memoria de alto nivel y la metamemoria, ya que no se puede hablar de una protomemoria idéntica en todos los individuos a pesar de que un grupo de personas compartan maneras similares de ser y estar en el mundo, estos sustratos culturales y hábitos compartidos no son suficientes para entrar en el marco de lo colectivo. Por lo tanto, se define a la memoria colectiva como una representación más que una facultad, ya que la única facultad de la memoria es la individual, así *“La memoria colectiva es una forma de metamemoria, es decir, un enunciado que los miembros de un grupo quieren producir acerca de una memoria supuestamente común a todos los miembros de ese grupo”* (Candau, 2008: 22).

Estas representaciones vistas como un producto del ejercicio de la memoria constituyen el eje fundamental en la construcción de la identidad de los sujetos, ya que son el producto de los saberes y experiencias heredadas y acumuladas en los procesos de socialización que se han mantenido a lo largo del tiempo. Así, sería en la *metamemoria* donde se configuran estas representaciones colectivas, ya que, a partir de los recuerdos y olvidos, este tipo de memoria trabaja al cuerpo, los esculpe y los dota de valores, conocimientos, sentimientos y saberes. De esta forma, es a partir de la memoria y la experiencia que los individuos se representan y forjan su identidad, comportamiento y visión del mundo.

Son estos elementos lo que llevará a una construcción de la identidad individual y colectiva en la que los sujetos van a incluir ciertas acciones, mitos-historias, creencias, ritos, saberes, herencias, es decir, un conjunto de prácticas -producto de un constante registro de la memoria- que van a garantizar su propia reproducción. Así, los sujetos pertenecientes a un grupo en particular, van a buscar diferentes mecanismos para dar forma y sentido a estas representaciones de su propio pasado en función del presente y con una mirada hacia futuro, es decir un *mnemotropismo* (Candau, 2006), concepto que hace referencia a una construcción del pasado con una proyección al futuro, para dar cuenta de la existencia de recuerdos, es decir, es un rescate de la memoria a través de una búsqueda de una relación significativa entre la representación del pasado y la identidad, la cual se puede expresar de diferentes maneras: admiración por el patrimonio, conmemoraciones, relatos, rituales, etc.

Para Candau (2008: 24):

[...] las identidades no se construyen a partir de un conjunto estable y objetivamente definible de rasgos culturales [...], sino que son producidos y se modifican en el marco de relaciones, de reacciones y de interacciones sociales – situaciones, un contexto, circunstancias- de donde emergen sentimientos de pertenencia, “visiones del mundo” identitarias o étnicas, en el marco de procesos de inclusión y exclusión entre los actores, los cuales hacen uso de recursos simbólicos, de asignación de características identitarias reales o ficticias que generan diferencias marcando fronteras sociales, donde las cosas y los miembros del grupo son “diferentes” abriendo paso a un juego del *nosotros vs. los otros*

Así, la identidad es una representación, mediante la cual, los individuos se imaginan como miembros de un grupo y producen representaciones en cuanto al origen de la historia de ese grupo, por lo tanto, es necesaria una reivindicación del derecho al pasado, un ejercicio de la memoria colectiva, y, sobre todo, de una memoria que reconozca la diversidad de

sus valores y tradiciones, ya que, para que una sociedad exista, es necesario que tenga una conciencia colectiva y un sistema de creencias y prácticas que unan al grupo social (Backzo, 2005).

Candau (2006) distingue dos tipos de memoria, una histórica y otra colectiva. La memoria histórica son aquellas representaciones oficiales legitimadas por el Estado, que convierte a los acontecimientos en hechos que deben ser aprendidos, escritos, por lo tanto, pragmáticos y unificados, es decir, un tipo de memoria confiscada a que hace mención Baczkó (2005) donde el poder controla el pasado, debido a que el Estado considera que su atribución fundamental es la administración exclusiva de la memoria colectiva de la sociedad. Esta situación pretende garantizar al poder el control de las mentalidades y de la memoria colectiva, a través de la censura de cualquier tipo de información sobre el pasado, la supresión de hechos históricos, la “fabricación” de nuevos hechos.

Menciona el autor que, dicha memoria confiscada se ve reforzada por una “*historia propaganda*” es decir, los reajustes del relato histórico a la ideología y políticas que promueve el Estado en turno. Esta memoria oficializada que se contrapone a una verdadera memoria colectiva desde los actores producida por fuentes orales que le otorga un carácter diverso (varias historias, varios actores, diferentes versiones), y es en este tipo de narrativas –no oficiales- es en la cual nos enfocaremos, ya que, otorga a una colectividad, la capacidad de elaboración de representaciones del pasado y el futuro en base a sus recuerdos y olvidos.

Entonces, la memoria histórica busca otorgar un orden cronológico a los acontecimientos, y que por lo tanto está en la capacidad de legitimar, es aprendida, escrita y unificada; la memoria colectiva está atravesada por las emociones y afectos, es producida, vivida, oral, normativa, corta y plural. Así, se entiende a la memoria como un proceso subjetivo que surge a partir de la experiencia e interacción anclada a marcas simbólicas y materiales (Candau, 2008)

Para Jelin (2002: 22) la memoria colectiva se construye a partir de “*memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder. Lo colectivo de las memorias es el entretendido de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante con alguna organización social... y con alguna estructura dada por códigos culturales compartidos*”. La autora nos advierte que hacer referencia a una memoria colectiva no

nos remite a una memoria homogénea, a una visión e interpretación únicas del pasado, lo que puede existir son momentos o períodos donde el consenso es mayor, donde ciertos acontecimientos del pasado son más aceptados. Así, la memoria colectiva es la suma de memorias individuales, es decir, los recuerdos individuales son la base para la construcción de recuerdos colectivos. Entonces, un mismo acontecimiento puede afectar a varios grupos y a varias conciencias colectivas, pero dichas conciencias se unen en una representación en común, siendo lo importante la forma en que lo interpretan, el sentido y significado que otorgan a tal acontecimiento.

Candau afirma que la memoria colectiva produce una afectividad que “[...] compromete a toda la persona en su percepción del mundo. Por la memoria, el individuo capta y comprende continuamente el mundo, manifiesta sus intenciones con respecto a él, lo estructura y lo pone en orden (tanto en el tiempo como en el espacio) y le da un sentido” (2008: 59).

Debido a que la memoria colectiva se construye a partir de la suma de memorias individuales, Candau (2008) señala la existencia de una *totalidad significativa*. La identidad de un sujeto no puede ser totalmente recordada, por lo que es necesario narrar para construir un “relato de identidad”, es decir, una presentación de sí. Esta totalidad significativa es la sumatoria de actos pasados que cobran sentido y se ubican en una temporalidad, es contar la historia de una vida donde la narración se convierte en la base de este relato que le otorga un sentido coherente:

El narrador recuerda, pone en orden y vuelve coherentes los acontecimientos de su vida que considera significantes y significativos en el momento mismo del relato: restituciones, agregados, invenciones, modificaciones, simplificaciones, [...] esquematizaciones, olvidos, censuras, resistencias, no-dichos, represiones, “vida soñada”, anclajes y desanclajes, interpretaciones y reinterpretaciones, constituyen la trama de este acto de memoria que es siempre una excelente ilustración de las estrategias identitarias que actúan en toda narración (Candau, 2008: 68)

Estos relatos autobiográficos pueden estar nublados por trastornos o por la fabulación misma de la persona, ante esto, la identidad narrativa que es presentada no puede ser evaluada por criterios de verdadero o falso, haciendo a un lado los recuerdos poco creíbles por lo que la realidad de una narración es lo que es real para el sujeto.

El olvido también forma parte de la memoria. El olvido desde la perspectiva de Jelin (2002):

1. Hay olvidos profundos que cierta medida depende de una cuestión neurobiológica, es la borratura de hechos que por más que se intente recordar, no es posible.
2. Mientras que, al ser la memoria selectiva, hay olvido por selección, hechos, acontecimientos que se decide más que olvidarlos, silenciarlos.

En la totalización existencial, el olvido es una estrategia narrativa inconsciente donde el sujeto, para mantener el hilo narrativo, selecciona qué contar, los recuerdos aceptables son manifestados mientras aquellos desagradables se ocultan. Así, los sujetos recuerdan aquellos acontecimientos cargados emocionalmente más que los neutros y olvida los desagradables. Así, “la memoria humana es siempre conflictiva... está hecha de adhesiones y de rechazos, de consentimientos y de represiones, de aperturas y de cierres, de aceptaciones y de renunciamentos, de luces y de sombras o, más simplemente, de recuerdos y de olvidos” (Candau, 2001: 69)

Por lo tanto, la memoria autobiográfica construye un mundo estable, donde los hechos del pasado, los acontecimientos y sucesos de la vida cobran sentido, dejan de ser desordenados y pasan a formar parte de un *continuum* lógico, donde hay un punto de partida y un punto de llegada, transforma un pasado discontinuo, uniendo hechos y haciéndolo ver como continuo, el dar coherencia a su historia autobiográfica puede darse como una forma de aliviar una preocupación de carácter estético, según Candau (2008), es decir, construir una imagen satisfactoria del “yo”.

Ya que el trabajo de la memoria no es únicamente individual, sino que depende de las representaciones de la identidad colectiva y es la totalización existencial sólida, la que dispone memorias organizadas y organizadoras que van a reforzar la identidad de un grupo, su origen y su historia, ya que para conservar, evocar y pensar un recuerdo es necesario memorizar un mundo previamente puesto en orden. Así, los hechos del pasado que son recordados son parte constante del presente, pues remiten a la repetición, a la actuación, una especie de imposibilidad de separarse del objeto. Candau (2008) sostiene que el pasado se inscribe en nuestro cuerpo, en nuestra memoria de manera dinámica, es decir, pueden modificarse con el transcurso del tiempo. Es esta capacidad de representar el pasado en el presente lo que define la identidad y por ende asegura la continuidad de la misma en el marco de la interacción social, por lo tanto, es la capacidad de rememorar lo que sostiene la identidad.

1.3 Los espacios de la memoria

Considerando a Halbwachs (2004), quien señala que los grupos están ligados a un espacio, el cual es comprendido, y traducido por sus miembros, donde entre lo material de la ciudad y el grupo de habitantes se crea una estrecha relación que les arraiga al espacio y a lo que este sostiene abordaremos a la ciudad como un espacio que se desborda más allá de sus límites geográficos.

Las ciudades han perdido la noción de lugar, de lo público y social, resumiéndose en el constante *movimiento*, en el vivir el *aquí* y *ahora* dentro de la dinámica espacial, hecho que condujo a la formación de vidas aisladas y desconectadas, que se contradicen con la vida comunitaria basada en la agrupación y unión social. A esto, Córdova (2005) lo denomina como *paradigma de flujo*, en el cual, el espacio público ya no constituye un punto de referencia para que los ciudadanos se encuentren, compartan y dialoguen, sino, que circulen por lo que ha sido necesaria una modificación arquitectónica de la ciudad.

Los diferentes espacios de la ciudad adoptan nuevas formas y usos, dando como resultado la formación de *los lugares* y *no lugares*, conceptos manejados por Augé (1996). En primera instancia, el lugar se define por “el intercambio alusivo de algunas palabras de pasada, en la convivencia y la intimidad cómplice de los hablantes” (Augé, 1996: 83), es decir, donde se cumple la relación entre los diferentes sujetos sociales, que lleva a la formación de una identidad colectiva entre los mismos. En cuanto a los *no lugares*, el autor establece que éstos son producto de la sobremodernidad, los cuales se caracterizan por estar destinados al tránsito que conllevan a una individualidad del sujeto, a lo efímero y al pasaje. Por lo tanto, los no lugares ponen en contacto al individuo con la imagen de sí mismo, es decir, que mediatizan un conjunto de relaciones en torno al propio individuo, lo que lleva a una “individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero, al pasaje” (Augé, 1996:84) dando como resultado la formación de conciencias individuales. En la actualidad, los no lugares predominan dentro de la ciudad: los grandes supermercados, estaciones de buses, las autopistas, etc. Son en estos no lugares en los cuales se suscitan ocupaciones provisionales que no permiten al individuo formar o mantener vínculos sociales con los demás actores.

Dicha mediación que establece el vínculo de los individuos con su entorno pasa por *palabras*, es decir, hay una interacción con los textos más no con los otros sujetos, obligándole al individuo a leer más que mirar. Por lo tanto, nos encontramos frente a una

invasión del espacio por el texto, lo que reemplaza a los objetos que poseen una carga simbólica como menciona Augé (1996)

Esta proliferación de los *no lugares* ha ocasionado la destrucción de símbolos que dan sentido a un determinado sitio, es decir, un despojo de los referentes identitarios debido a que los símbolos pierden su significado en este proceso, deteriorando y debilitando el sentido de identidad, derrumbando límites simbólicos que marcan el sentido de pertenencia.

A pesar de que la ciudad está empapada de símbolos que llaman a recordar, y por supuesto a olvidar, Jelin (2002) habla de una cultura de la memoria, la cual es una respuesta al cambio rápido provocado por la Modernidad, a una vida sin raíces, por lo que la memoria juega un papel crucial como un mecanismo cultural que fortalece la identidad y el sentido de pertenencia de los grupos

De esta forma, en la ciudad existen espacios donde se plasma la memoria que contribuye a la construcción identitaria, ya que la ciudad se llega a construir como una suma de memorias de los sujetos, ligada a hechos y lugares específicos, que van a permitir a los sujetos, relacionarse con ciertos referentes simbólicos como monumentos, calles, estatuas, plazas, relatos, etc., que dan cuenta de una historia y pasado colectivo. Uno de estos lugares son los centros históricos que por su gran carga histórica, cultural y social, se convierten en un componente fundamental para la organización de la vida colectiva y la representación de la sociedad, que están sostenidas por la gran carga simbólica existente y las relaciones sociales que se ponen en juego, contraponiéndose a los espacios que ha construido la modernidad que han destruido estos referentes simbólicos y por ende han perdido su significado, debilitando la identidad de los sujetos (Carrión, 2003). Así,

La ciudad en donde se sitúan tanto los rasgos de la gran historia colectiva como los millares de historias individuales, es la ciudad de las relaciones de cada uno de los habitantes con los monumentos que testimonian una historia o un pasado colectivo; es la ciudad que se recorre con sentido histórico, son los referentes como los edificios, calles, estatuas y monumentos, en ella, se establece un relato colectivo de idea de nación y uno personal que vive una relación con el pasado y su paso lento, o rápido a la modernidad (Bolívar en Córdova, 2005: 141).

Para Candau (2006) son los lugares patrimoniales en donde la memoria se manifiesta explícitamente. De esta forma, define al patrimonio como el producto de un trabajo de la memoria, la cual selecciona ciertos elementos heredados del pasado para que sean

incluidos dentro de los objetos patrimoniales. Dentro de estos objetos patrimoniales, el antropólogo menciona al *monumento* como un difusor de la memoria por excelencia, razón por la cual se ha convertido en el soporte de una fuerte memoria afectiva, entre los miembros de una colectividad.

Con relación a los objetos patrimoniales existentes en un determinado lugar, los monumentos serían símbolos plasmados en el entorno que nos remite al recuerdo colectivo de un determinado hecho a lo largo del tiempo. Además, están los héroes que no necesariamente se plasman en un objeto, sino que son fruto de relatos tanto orales como escritos, que motiva a los individuos para que cumplan su papel social según un cuadro de valores modelo, lo que servirá como contribución para mantener viva la imagen del *superego* de todo el grupo social (Klapp, 1973). Es decir, es el comportamiento de estos héroes los que deben ser retomados por los individuos, imitados y exaltados.

Esta relación del sujeto con los lugares de memoria construye un *sujeto patrimonial* como señala Carrión (2003) que reconoce, se apropia de objeto patrimonial y lo protege. Es decir, una apropiación colectiva del patrimonio como referente simbólico para la conformación de la identidad, a partir de la diferenciación de un “nosotros”, lo que va a ratificar un derecho al centro histórico por la condición de ciudadanía que éste le otorga, con relación a los “otros” visitantes, extranjeros, transeúntes. Es el sujeto patrimonial quien frena el cambio de funcionalidad del centro histórico, de ser espacios para el encuentro a espacios de flujos de sujetos, bienes, servicios e información, valorando la movilidad sobre las necesidades del encuentro y la vida en comunidad, es “*La diversidad de sujetos patrimoniales existentes –portadores de posiciones diferentes- es parte de la esencia del centro histórico, en la medida en que nace de una apropiación colectiva del patrimonio, sea de manera simbólica o de facto*” (Carrión, 2003:143).

Tomando en cuenta al *sujeto patrimonial* mencionado por Carrión, es necesario realizar un acercamiento a los adultos mayores, específicamente, a la vejez desde una perspectiva teórica.

1.4 El paso de los años: cuerpo y vejez.

Para adentrarnos en mi tema de estudio es necesario hacer referencia a la noción de vejez, la cual -desde una visión occidental- ha sido considerada como un proceso “natural” por

el cual todos los individuos deben atravesar por ser catalogada como la “etapa final” del ciclo vital. De esta forma, la idea de vejez se ha configurado en torno a imágenes negativas como enfermedad, debilitamiento, carencia, deterioro, y sobre todo es caracterizada por la pasividad de los actores en los diferentes procesos sociales que han perdido roles, funciones y prestigio.

Osorio (2006), plantea el problema de la vejez como una etapa de la vida, producto de la trayectoria biográfica de las personas que envejecen de acuerdo a cómo han vivido y cómo se han construido a sí mismas a lo largo de la vida. Por lo que se debe romper con la idea de vejez como una enfermedad, para dotarle de una nueva significación, es decir, como una etapa de la vida con una serie de normas de comportamiento, ritos de pasaje, actividades que se condensan, formando una identidad propia que caracteriza a los sujetos que cruzan por esta etapa.

Desde la antropología, la edad junto con el sexo se ha considerado como un principio universal de la organización social que ubican al sujeto en una posición dentro de la sociedad, asignándole un rol que involucran una serie derechos y obligaciones. Al analizar la edad como una construcción cultural que atribuyen ciertas características a cada una de las fases por las que atraviesa el sujeto. Feixa (1996) distingue la edad como *condición social* (que asigna una serie de estatus y de roles desiguales a los sujetos) y la edad como *imagen cultural* que hace referencia a un conjunto de valores, estereotipos y significados. De esta forma, la edad aparece como un constructo modelado por la cultura, donde la percepción de su forma y contenido cambian de acuerdo a cada estructura social:

Trata de estudiar las formas mediante las cuales cada sociedad estructura las fases del ciclo vital, delimitando las *condiciones sociales* de los miembros de cada grupo de edad (es decir, el sistema de derechos y deberes de cada persona según su grado de edad), así como las *imágenes culturales* a las que están asociados (es decir, el sistema de representaciones, estereotipos y valores que legitiman y modelan el *capital cultural* de cada generación (Feixa, 1996: 16)

Para abordar la vejez, es necesario partir de la noción del cuerpo como una construcción social y cultural. Le Breton (2002) hace referencia a las representaciones modernas del cuerpo, donde éste actúa como un factor de individuación, como un límite fronterizo ante los otros y de sí mismo. El cuerpo moderno dice Le Breton se convierte en una máquina, donde el “sujeto” está subordinado al cuerpo. El cuerpo es aquello con lo que el sujeto se presenta al Otro, y es el rostro el eje de la identificación. Le Breton (2009) señala que,

en esta sociedad individualista, el rostro se ha convertido en un recurso para el reconocimiento individual, es el rostro quien marca la diferencia individual, permitiendo el reconocimiento no solo físico, sino social. Un sujeto anónimo, indiferente, desconocido, es alguien sin rostro que se mueve en la indiferencia, de lo contrario, “... ser nombrado, significa beneficiarse del reconocimiento de los otros, ofrecerles un rostro que tiene una cualidad particular, unas emociones y unos recuerdos en común” (Le Breton, 2009: 143). Así, de todas las partes del cuerpo, es el rostro el que se convierte en la “matriz de identificación donde se refleja el sentimiento de identidad, donde se fija la seducción y los matices innumerables de la belleza o de la fealdad. Valores tan elevados que la alteración del rostro, es vivido como un drama, como una privación de la identidad” (Le Breton, 2009: 143).

Entonces, el rostro se muestra como lo sagrado, y por lo mismo, se convierte en el punto para profanarlo, para privar al individuo simbólicamente de un rostro, de una identidad donde las diferencias son denigradas, una forma de borrar el rostro, y por ende, la presencia del Otro. Cualquier marca o alteración en el rostro se convierte en una dificultad para la presentación social, una privación simbólica con el mundo (Le Breton, 2009)

El envejecimiento marca el cuerpo, lentamente se incorpora y modifica las relaciones del sujeto con su entorno inmediato, supone una desacreditación social porque se relaciona a la vejez con la muerte aquello que se niega y se evita, con la pérdida (roles, obligaciones, derechos, estatus) y la desvalorización. En nuestra sociedad, el cuerpo “viejo” se convierte en un *estigma*, ya que rompe con la imagen de la belleza, de la juventud, de la seducción y la vitalidad impuestas por la modernidad. Entonces, “el anciano es objeto de su cuerpo y no un sujeto completo” (Le Breton, 2002: 143), un cuerpo desgastado del cual hay que cuidar, limpiar, alimentar, sostener, es decir que, la vejez se reduce al cuerpo como ente puramente físico, perdiendo simbólicamente su condición de sujeto.

Goffman (2006) aborda el tema del estigma, quien sostiene que en la sociedad se categoriza a los sujetos y es el medio social quien establece estas categorías y ubica a cada uno de los sujetos, así las primeras apariencias permiten ubicar dentro de una categoría, definir sus atributos, es decir su identidad social. Aquí el papel que desempeña la mirada, la cual se apodera de la cara del otro para una evaluación, de esto depende el intercambio y el desenlace del encuentro (Le Breton, 2002). Tras el juego de miradas, se pueden poner al descubierto ciertos atributos que pueden volver a un sujeto diferente a los demás, convirtiéndolo en alguien poco o nada deseable, razón por la cual “[...]”

dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser inficionado y menospreciado. Un atributo de esa naturaleza es un estigma” (Goffman, 2006: 12). Es decir, un estigma es un defecto o falla, un atributo desacreditador o un estereotipo que vemos en los “Otros” y produce un efecto de desventaja, pero al mismo tiempo confirma una normalidad.

Goffman (2006) afirma la existencia de tres tipos de estigmas:

1. Abominaciones del cuerpo que incluye todo tipo de deformaciones físicas
2. Defectos del carácter del individuo: perturbaciones mentales, adicciones a drogas, alcoholismo, desempleo, homosexualidad, conductas anormales
3. Estigmas tribales: raza, nación y religión

Goffman (2006) señala que se hace uso de imágenes, términos y metáforas para referirse a ese estigma, a más del “defecto” principal se asigna otros, lo cual es justificado por los “normales”. Así el cuerpo se construye como una idea imaginaria a partir de la influencia del medio social y de la historia de cada sujeto, dicha imagen se va forjando con el pasar del tiempo la misma que se modifica constantemente con el paso del tiempo.

De Beauvoir (2011) reconoce el lado biológico de la vejez, el cuerpo cambia, las células, los tejidos y los órganos se debilitan, la apariencia física se torna diferente. Sin embargo, hace hincapié en la cuestión social de esta etapa, pues “[...] *el hombre no vive jamás en estado de naturaleza; en su vejez, como en cualquier edad, su condición le es impuesta por la sociedad a la que pertenece*” (2011: 15), es decir, es la sociedad la cual asigna al anciano su lugar y su papel en el mundo tomando en cuenta su idiosincrasia y su experiencia. Así, la edad (vejez) a más de ser una experiencia vivida y sentida por el cuerpo, es una situación que cambia y modifica las relaciones del individuo con su imagen, con su praxis, con el tiempo y su historia, con los demás y con el mundo.

El trato hacia los ancianos depende del contexto cultural y de la condición social de los sujetos³. En nuestra sociedad, el viejo/a sufre una desacreditación, De Beauvoir (2011) explica el porqué de esta situación. Al ser parte de una cultura que exalta la vida y que busca la *eterna juventud*; la vejez se convierte en un hecho asociado a la muerte, del cual

³ De Beauvoir (2011) realiza un estudio sobre cómo la condición social de los sujetos influye en la forma de asumir y vivir la vejez, establece la diferencia entre el anciano científico, filósofo, agricultor, deportista, escritor, político y el obrero, donde cada uno experimenta la vejez de forma diferente, dependiendo de su praxis sin descartar el estatus social del sujeto.

no se habla, se oculta pues causa temor; a pesar que la vejez habita en nosotros y de la cual no podemos escapar⁴, es difícil asumirla y comprenderla porque hasta entonces es exterior a nosotros, es decir, la vejez es el “Otro”, dando como resultado una deshumanización del anciano.

A partir de esto, De Beauvoir (2011) afirma que los individuos están unidos por relaciones de *reciprocidad*: los individuos se comprenden unos a otros no por ser hombres abstractos como tales, sino por la diversidad de su *praxis*. Entonces, “[...] *el viejo ya no hace nada. Se define por una exis, no por una praxis. El tiempo lo lleva hacia un fin –la muerte- que no es su fin, que no es establecido por un proyecto. Y por eso para los individuos activos se presenta como una especie extraña en la que no se reconocen*” (De Beauvoir, 2011: 269), es decir, la reciprocidad es la capacidad de reconocimiento en el “Otro” semejante, por lo que, el individuo al verse ajeno a esa realidad la rechaza.

Para De Beauvoir, la vejez es un problema masculino que está estrechamente relacionado con la cuestión socioeconómica, el sujeto de avanzada edad que ya no puede ejercer una actividad laboral se convierte en una carga y su capacidad para “sobrevivir” son cada vez más limitadas:

La mujer, el adolescente que dependen económicamente de un hombre adulto tienen más defensas que el viejo: la esposa presta servicios, el de lecho y trabajo doméstico; el adolescente llegará a ser un hombre que podrá pedir cuentas; el viejo no hará sino bajar hacia la decrepitud y la muerte; no sirve para nada (De Beauvoir, 2011: 271)

Esta situación da como resultado una crisis identitaria en el sujeto de avanzada edad, ya que “*El hombre define su identidad por su ocupación y su sueldo; la pierde al retirarse [...] Por lo tanto, es perder su lugar en la sociedad, perder la dignidad y casi la realidad* (De Beauvoir, 2011: 332). Ante esta realidad, el sujeto debe buscar adhesión a nueva imagen, lo que lleva a una reconfiguración sus hábitos, sus recorridos y a la búsqueda de nuevos espacios de interacción.

La identidad del adulto mayor se sostiene en base a su pasado, definen su antiguo yo como el que siguen siendo, ante el paso del tiempo se hacen ver como inmutables, por esto “[...] *escogen reconocerse en el personaje que los halaga más: son para siempre aquel excombatiente, aquella mujer adulada, aquella madre admirable... resucitan la frescura de su adolescencia, de su primera juventud*” (De Beauvoir, 2011: 449), evoca

⁴ En términos biológicos

periodos en el que se definió el hombre que es hoy, es decir, el hombre de edad interioriza su pasado en imágenes, siendo el pasado lo que define su actitud y situación actual, es un recurso a partir del cual se proyecta para existir, una tendencia de volver al tiempo que le pertenecía, donde era un individuo completo.

La situación de los adultos mayores es ambigua, cada individuo asume y vive esta etapa de forma particular. Pero haciendo referencia a los sujetos de estudio de esta investigación, los adultos mayores de la Plaza Grande nos remiten a un tipo específico de socialización, donde cada uno de los sujetos están marcados por experiencias diversas, pero atraviesan por un mismo momento: la vejez; situación que los lleva a una búsqueda colectiva de su identidad. Así, los similares se agrupan, se juntan, buscan espacios para poder “ser”, se apropian y le otorgan significados que cohesionan el grupo, convirtiéndose en referentes que organizan su mundo, estableciendo límites ante los “Otros”.

Después de una revisión de las diferentes categorías teóricas que se convertirán en la base de este trabajo y para el posterior análisis, es necesario articularlas y construir una propuesta teórica con referencia al caso de estudio. Partimos de la noción de ciudad entendida como un espacio denso, heterogéneo, geográficamente diferente, donde lo nuevo y lo antiguo se contrastan y la modernidad se impone a las formas tradicionales de convivencia. Como realidad física, la ciudad se limita a su forma y a lo que esta contiene, un escenario que cobra sentido cuando en ella los sujetos se encuentran, se apropian, crean y desechan símbolos a los cuales se otorga uno o varios significantes que van a definir límites (físicos e imaginarios), ordenar su experiencia y establecer formas de ser y estar en el mundo.

Ante lo mencionado, es importante considerar la relación *espacio-sujeto* que pone en juego la capacidad cultural de simbolizar, imaginar e interpretar, donde las dimensiones geográficas se transforman y pasan a ser espacios sociales que son vividos, permitiendo que la ciudad física adquiera un sentido social que propicia los encuentros y la interacción entre los sujetos. El espacio se convierte en un elemento clave a lo largo de este trabajo, pues es el escenario del accionar, donde cada uno de sus componentes –físicos e imaginarios- activa la capacidad de recordar de los sujetos, construyendo una representación simbólica del entorno. Así, los actores sociales que se identifican con el espacio establecen una relación con la historia, los recuerdos y las nostalgias, donde el pasado permite que el sujeto se adapte al mundo y defina aspectos de la realidad.

Es aquí donde la categoría de la *memoria* cobra importancia, pues al estar llena de elementos culturales se inserta en la imaginación social para reproducirse en el tiempo dando paso a un proceso de identificación de los sujetos con el espacio en el sentido de apropiación; y, por otro lado, una identificación entre los sujetos a manera de interacción. Este proceso de identificación está sostenido por la capacidad del individuo de recordar, donde la memoria refuerza las representaciones que dan a conocer como una sociedad se percibe. Estas representaciones están atravesadas por imaginarios sociales a través de los cuales se da sentido y significación a la realidad. Entonces, abordar la noción de imaginario social es indispensable ya que es un mecanismo mediante el cual los sujetos interpretan los símbolos de su entorno inmediato, de la ciudad que habitan, así el espacio cobra vida y adquiere sus particularidades: seguro, cómodo, peligroso, etc. tomando como referente distintos elementos históricos, sociales o estéticos que permiten que la ciudad adquiriera una dimensión simbólica. De esta forma podremos comprender que el espacio urbano está constituido por *símbolos* que al ser interpretados permiten transformar, otorgar sentido, ordenar y establecer formas “correctas” de habitar.

Al hacer referencia al espacio articulado a la memoria, nos es posible analizar a la ciudad la cual, a través de sus formas, da cuenta de un pasado que no se desprende de un ayer pero, que vive gracias a quienes lo habitan, razón por lo cual nos adentramos a un espacio bien definido en la ciudad: la Plaza Grande que por su gran carga histórica, cultural y social se convierte en un componente fundamental para la organización de la vida colectiva y la representación de la sociedad. En este caso, la Plaza Grande pasa a ser un escenario social muy complejo que se ha convertido en el escenario de un tipo específico de actores sociales, los adultos mayores, quienes han establecido dinámicas de interacción mediadas por aspectos sociales, económicos y culturales, que pueden cohesionar o establecer distancias.

Los adultos mayores al ser actores sociales que habitan diariamente este espacio, se convierten en un punto importante dentro de la investigación, pues el sujeto que ya ha envejecido llega a este espacio despojado de su identidad, y la inserción a este nuevo orden exige una serie de rituales para *llegar a ser par de*, situación que permite al sujeto (re) construir su identidad: se redefinen posiciones, significados, se asumen nuevos roles y obligaciones, se otorga derechos y se establecen dinámicas de inclusión y exclusión, en un marco de interacción. Aquí es importante enfatizar en el proceso de *interacción* el cual exige a los sujetos el uso de una máscara social durante su actuación, la misma que

está mediada por factores estéticos y sociales en busca de una aceptación del Otro, y es por los procesos de interacción que es posible una evocación del pasado, ya que, para que la memoria trabaje, es necesario un marco de relaciones sociales portadoras de una visión del mundo que permiten a los adultos mayores ser parte de un todo organizado, siendo ellos quienes establecen dinámicas particulares, marcan ritmos y flujos, establecen fronteras, se apropian del espacio y lo vuelve suyo.

Así, la memoria articulada al espacio pasa a ser un recurso fundamental en la construcción de las identidades, pues el pasado toma importancia en la construcción de su “yo” presente, ya que es la capacidad de recordar y olvidar que permiten al sujeto definirse a sí mismo, ubicarse y establecer relación con sus semejantes mediante la construcción de relatos colectivos donde se articulan experiencias, vivencias y costumbres. Es esta capacidad de representar el pasado en el presente lo que define la identidad y por ende asegura la continuidad de la misma en el marco de la interacción social, por lo tanto, es la capacidad de recordar lo que sostiene la identidad.

Al articular todos los elementos anteriormente señalados, nos permitirán entender que, nos encontramos frente a una ciudad que vive, se consume y se transforma, por el advenimiento de nuevas formas de vida que trae consigo la modernidad, que en su marcha, se enfrenta y sobrepone a las costumbres y tradiciones que se han edificado. Estamos hablando de una ciudad cuya identidad e historia se disuelve con el paso de los años. Ante esto, la memoria cobra importancia como herramienta indispensable para conocernos y valorarnos como entes sociales anclados no solo a una ciudad como realidad física y arquitectónica, sino a un espacio cargado de símbolos y significados que se articulan con una serie de vivencias, recuerdos y nostalgias de un pasado más o menos lejano. Así, las categorías teóricas ya mencionadas permitirán entender el cómo, el por qué y para qué de la apropiación de este espacio y de la estructura que se desenvuelve en torno a él, para así conocer la identidad de los adultos mayores que a diario se reúnen en este lugar histórico y tradicional de Quito, y en el cual se construye la imagen del “verdadero quiteño”.

Capítulo II: Presentación de datos etnográficos

2.1 ¿Quiénes son los viejitos de la Plaza?: un breve acercamiento a los sujetos de estudio

La presente investigación se centra en un tipo socialización muy particular y de la que poco se ha hablado, los adultos mayores que se reúnen diariamente en la Plaza Grande. Con el fin de acercar al lector a quienes fueron parte indispensable en el proceso de investigación, me centraré en describir ciertos aspectos generales que caracterizaron a los sujetos con quienes trabajé durante el proceso de trabajo de campo.

Para entender quiénes son los viejitos de la Plaza Grande es necesario remitirnos a su pasado, pues lo que sostiene y (re) construye su identidad es lo que fueron en un determinado momento de su vida. Así, las experiencias, vivencias, anécdotas e historias se conjugan permitiendo tener una visión general del contexto social y económico de los actores sociales, cómo las enseñanzas que se despliegan desde la socialización primaria construyen formas correctas de ser y actuar, volviéndose las más resistentes, además cómo la experiencia académica y laboral determina su posición social y por ende su situación actual, la misma que se desprende de su experiencia pasada.

Sentarse con los viejitos en la Plaza y entablar una conversación es una constante referencia a lo que fueron, siendo sus relatos lo que permitió entender quiénes son. Siguiendo a Candau (2011), podemos ver que el narrador pone en orden y da sentido a los diferentes acontecimientos de su vida, construye un relato de identidad, una presentación de sí mismo como una *totalización existencial*. Esta totalización existencial nos remite a pensar que la memoria es el arte de narrar que pone en juego la identidad del sujeto motivada por “la vana esperanza de conjurar nuestra ineluctable decadencia” (Candau, 2011: 69)

De esta forma, los adultos mayores que frecuentan este espacio son jubilados que sobrepasan los sesenta años de esas. Gran parte de los adultos mayores nacieron en la ciudad de Quito, mientras otros que a pesar de autodenominarse como quiteños son provenientes de otras ciudades de la sierra (Ibarra, Riobamba, Ambato, Latacunga), pero que desde muy pequeños han vivido en la capital. Actualmente, muchos de los adultos mayores viven en sectores aledaños al Centro Histórico como San Juan, San Blas, La Tola, La Marín, La Loma Grande lo que facilita su desplazamiento hacia la Plaza Grande, pero también están aquellos que viven en sectores del Sur de Quito como La Villaflora,

Solanda, Chillogallo, por lo que deben tomar hasta dos buses para trasladarse a este lugar. Hay que aclarar que de todas las personas con las que establecí diálogo, solamente dos de ellas vivían en el sector Norte de Quito.

La mayoría de ellos se caracterizan por haber culminado sus estudios secundarios, pero al pertenecer a una clase media-baja fueron parte del servicio militar, ya que, por la época, su mayor aspiración era llegar a ocupar este tipo de cargos. Así, debido a los constantes conflictos territoriales de Ecuador con el vecino país Perú, en el año 1934 se creó la Ley de Servicio Militar Obligatorio, es decir, que aquellos que han cumplido la mayoría de edad (18 años) eran reclutados para cumplir con la conscripción para la formación de soldados. Pero más allá de una obligación, muchos jóvenes vieron como la única oportunidad para “*ser alguien en la vida*”, y que mejor insertarse en el orden militar para defender y servir a la Patria que estaba siendo acribillada como lo señala Manuel (20-08-2015):

Antes todo era diferente, mire ahora las leyes están muy mal, antes el servicio militar era obligatorio y todos debíamos cumplir con ese requisito, pero hoy es opcional y eso que va a estar bien, ahí nos formábamos como hombres, eso sí era sacrificio [...] hasta nuestros padres querían que seamos militares, no había otra opción, era ser militar o no ser nada

Además de entregarse totalmente a la defensa como un acto de patriotismo, significaba separarse del ámbito doméstico para poder experimentar nuevas vivencias que contribuían a realizarse como verdaderos varones, ya que no cualquiera podía ser parte de esta institución, porque “*Lo que se busca son hombres de honor, de acción y de espíritu. Los soldados deben consagrar sus vidas a estos valores, al espíritu del cuerpo, al compañerismo sano, al sentido jerárquico [...] y a la capacidad de sacrificio hasta dar la vida si es necesario*” (Castañeda, 2008: 28). Así, la figura del hombre militar se va forjando como un héroe que tiene como principal deber proteger a la nación, mujeres y niños, son estos valores patrióticos los que hacen que se diferencien de los demás hombres “comunes”. De esta forma, se va construyendo la imagen de militar como alguien superior, reafirmando las construcciones patriarcales, justificando así el poder que manejan los hombres.

¿Qué pasó con aquellos que no fueron reclutados para cumplir con el servicio militar? Muy pocos, debido a una buena condición económica lograron ingresar a la Universidad. A diferencia de los que ingresaron como conscriptos que lograron una independencia más

temprana, aquellos que continuaron con sus estudios les permitió alcanzar una mejor posición laboral dentro de la sociedad. Así, el grado de educación al que ha accedido le concede cierto reconocimiento, una cuestión de forjarse como hombres poseedores de conocimiento que les permite una diferenciación con aquellos que no han alcanzado esta posición, fortaleciendo su identidad como personas preparadas y educadas, tal como se menciona en la siguiente entrevista: *“gracias a Dios soy un hombrecito preparado, soy arquitecto graduado de la Central, pero doy gracias a Dios, a mi familia que supo empujarme, pues aquí en Quito nos hacemos los buenos profesionales, aquí nos acogemos los buenos, la Universidad me dio ese poder, este título”* (Juan 8/11/2015). A partir de esto, hay que señalar una cuestión importante, si para aquellos que se formaron bajo la autoridad militar el paso a ser adulto fue mediante las experiencias sexuales, el ingerir alcohol, el optar posturas que reflejan valentía y poder y sobre el todo el hecho de ser defensores de la Patria; los que han logrado una formación académica consideran que el paso a ser hombres de bien es la educación, el buen comportamiento, el no ingerir alcohol -muchos sostienen que cuando eran jóvenes no lo consumían -, y la obtención de un título que le permitirá ejercer en un buen puesto como ingenieros o arquitectos o abogados, en empresas tanto públicas como privadas.

Sin embargo, hay que considerar que algunos adultos mayores no atravesaron por un proceso de formación ni militar ni académica, sino que se insertaron directamente en una estructura laboral como fue el caso de Segundo: *“Yo no acabé el colegio porque a la edad de 16 años me quedé sin mi papá, entonces como era único hijo varón tuve que trabajar para mantener a mi mamá hasta que Dios también la llevó”*, razón por la cual desempeñaron trabajos como obreros o artesanos. Otro grupo significativo son aquellos adultos mayores que se enfrentan a una situación económica crítica y están en completo abandono, razón por la cual muchos de ellos han visto en el alcohol una salida a sus problemas lo que les lleva a una despreocupación de su aspecto físico, siendo fácilmente reconocidos y localizados dentro de este espacio.

Así, el trabajo se convierte en el eje que define la vida de los varones, les confiere orden y sobre todo identidad y reconocimiento público, pues, el ocupar un puesto es llegar a asumir una posición en la sociedad, no ejercerlo significaría no encajar en el orden social, y una situación de volver a la dependencia ya sea de sus padres o de su esposa, una cuestión de muerte social, porque el trabajar significa ganar autonomía y sobre todo le permite convertirse en principal proveedor para su familia y permitir su bienestar como

lo explica Miguel Ángel (24-10-2015) *“yo trabajaba como bombero, era un trabajo duro y de mucha entrega sobre todo porque la gente no es consciente del riesgo que implica apagar un incendio[...] pero yo estoy agradecido por haber pertenecido al cuerpo de bomberos, logré construir mi casa y educar a mis hijos”*.

A partir de lo expuesto, podemos entender la situación de la mujer y su rol. Si el hombre se dedicó a la producción en el ámbito público para lograr el sustento económico de familia, la mujer estuvo destinada al ámbito privado, por lo que le correspondió el trabajo doméstico en el cual realiza actividades tradicionales como lavar, planchar, cocinar, en general, el cuidado del hogar y de la familia como señala Laura (30-08-2015) *“ahora que mi esposo está jubilado me ayuda en la casa antes solita me tocaba hacer a mí [...] a pesar que mis hijos me regalaron una lavadora yo sigo lavando como antes, sacando la suciedad de los puños, de las axilas, es la costumbre siempre he hecho así”*.

De esta forma, el espacio empieza a dividirse, se va estableciendo quién puede estar en tal lugar, como menciona Fuller (2001) una jerarquización y división en base a la cuestión de género, es decir, mujeres/casa, hombres/calle. Al estar reducido el espacio de participación y ocupación de las mujeres de otros espacios que no fueran el hogar, sus actividades giraban en torno al aprendizaje y ayuda en las diferentes actividades domésticas. Esta situación marcó una separación entre lo femenino y masculino, la diferencia de actividades y ocupación de espacios como lo señala Juan (11-10-2015): *“Éramos cinco hermanos, solo había una mujer, ella ahí pasaba en la casa con mamá, a todo lado iba con ella, como era la más pequeña no salía, pero nosotros solo jugando afuera pasábamos con otros niños que asomaban”*.

Así la Plaza Grande se fue construyendo como un espacio social de descanso exclusivo de los jubilados; pero, actualmente existe la presencia de adultas mayores que, a pesar de ser un grupo reducido, son parte importante de este escenario social. Las adultas mayores se ubican en un rango de edad de 60-70 años, la mayoría son Quiteñas de nacimiento, pertenecientes a una clase media- baja. Algunas de ellas continúan trabajando, por lo que es importante recalcar que no se puede denominarles como “jubiladas”, ya que, muchas de ellas a lo largo de su vida se han desempeñado como amas de casa sin remuneración alguna. En la actualidad la gran parte de adultas mayores viven solas, y muy pocas continúan realizando tareas asociadas al cuidado familiar. Así, una característica compartida por los y las adultas mayores es que la gran parte viven sin compañía alguna,

debido a divorcios y porque sus hijos han abandonado el hogar, mientras que una pequeña parte vive con su pareja, y son muy pocos los que van a la Plaza acompañados, ya que, de lo contrario, acuden a este lugar como una forma de encontrarse y tener relación con personas que pasan por su misma situación: la soledad.

También están los músicos. Son tres músicos entre la edad de 50-70 años, los cuales se han formado como tales de forma empírica. Dos músicos han tenido la oportunidad de participar en ciertos eventos, han grabado discos junto a otros grupos musicales con los que eventualmente tienen presentaciones, sin embargo, han se han mantenido con un bajo perfil ya que no tienen como objetivo llegar a ser grandes artistas, de lo contrario, lo hacen por su amor a la música. Su condición laboral difiere, dos de ellos continúan laborando, mientras que el otro es jubilado, y utiliza la música como una forma de distracción y un medio para continuar obteniendo recursos económicos. Pero no es el único grupo musical que se presenta en este espacio, aunque no de forma regular, están otros cantantes entre la edad de 20-30 años que buscan un espacio para poder presentarse ante los espectadores.

En cuanto a la estética, muchos de los adultos mayores utilizan vestimenta cómoda: camisa, pantalón, generalmente de tela, zapatos formales o deportivos, sombrero o gorra, gafas, el infaltable reloj y un saco. Unos pocos usan terno, éste es impecable y de preferencia de color oscuro, corbata y la escarapela puesta en la parte izquierda del saco. En cuanto a las mujeres, muchas de ellas utilizan vestidos o faldas de telas coloridas, zapatos bajos y cerrados, ponchos, el cabello recogido, usan joyas, y siempre con algún bolso y sombrilla, algunas usan maquillaje: sombras en sus ojos, sus labios con un color fuerte y sus uñas pintadas de algún color pálido. Algunas prefieren estar más cómodas por lo que usan terno deportivo y cabello totalmente recogido, pero todas muy bien arregladas.

Al hacer referencia a su estética los adultos mayores recuerdan como en la infancia sus padres decían cómo comportarse, cómo vestirse, cómo comer, etc., las mismas enseñanzas se volvían universales. Así, estos nuevos significantes son internalizados, y es en esta socialización donde se impregnan y se convertirán en prácticas y conocimientos que perdurarán por un largo período de tiempo, como lo señala uno de los adultos mayores que descansan en la Plaza Grande al recordar el porqué de su elegancia: *“mis padres desde niño nos enseñaban a andar bien puestitos, si antes todo los días me ponía mi uniforme bien planchadito y reluciente, ahora me toca ponerme mi terno, así toca ahora”* (Juan, 11-10-2015). A partir de este ejemplo, podemos ver que su está

marcado por cómo fue formado y educado en su familia, una formación que se basa en una imposición de formas “cultas” de comportamiento como el “debes respetar” “hay que vestir bien”, las cuales se incorporan en el individuo y se convierten en modelos correctos de actuar, pensar, sentir y que pasan a ser compartidos por todos.

Entonces, esta cuestión del “andar bien puestitos” es reflejada ahora en su vejez: *“desde niño mi abuelo me decía que un buen hombre se ve por el buen zapato, buen reloj y bien peinado, por eso yo vengo así de terno”* (Juan, 11-10-2015). En este extracto es evidente que, con el pasar del tiempo, todos los saberes impartidos por la familia durante la socialización primaria se convierten en las experiencias más resistentes, que son heredadas y compartidas por los miembros de un determinado grupo social. Así, tanto los padres como los demás miembros más cercanos de la familia son los que imparten estas formas de actuar y estar en el mundo, pues lo que ellos dicen debe ser cumplido, hecho que responde a una cuestión de dependencia y respeto por parte del niño/a sus mayores que son la voz de la experiencia, por lo que ven a los adultos como como un modelo a seguir, obedecer y agradecer, tal como lo menciona Miguel Ángel (24-10-2015): *“mis padres me educaron bien, con valores, aprendí a respetar, desde pequeño trabajaba como peoncito ayudando a los albañiles... todo eso gracias a mi padres y por eso soy educado, porque todo depende de cómo nos educaron nuestros padres a lo largo de la vida y pues mucha gente carece de eso”*, entonces se van construyendo a sí mismos como un reflejo de sus guías, una cuestión de *ser lo que son ahora por ellos*. Por lo tanto, son las enseñanzas del pasado que legitiman y justifican la forma actual de proceder, pensar y sentir de los sujetos y sus diferentes prácticas.

Después de conocer a los sujetos que fueron parte del proceso investigativo podemos sostener que, si algo tienen en común es que atraviesan por una misma etapa: la vejez. En este caso, la vejez está asociada con el fin de la vida profesional, es decir que, esta fase a la que llegan los sujetos está organizada en torno al trabajo; entonces, si la adultez es la etapa del trabajo, la vejez estaría relacionada con la jubilación y por lo tanto tiene una gran repercusión en el plano económico, como señala Miguel Ángel (24-10-2015) *“yo ya trabajé lo suficiente, ya tengo mi jubilación ahora me toca descansar”*. En el caso de los adultos mayores de la Plaza Grande, la vejez es un estado que viene junto con la jubilación a una determinada edad y que depende del trabajo que el sujeto ejerció, por lo que constituye la separación con el mundo laboral, implicando un cambio en su cotidianeidad, por lo que su tiempo y actividades deben ser (re)organizadas en torno a la desocupación,

dando como resultado un “nuevo” estilo de vida, donde los roles sociales serán limitados: *“En la casa es feo estar, yo que vivo en un cuarto estoy encerrado en cuatro paredes cruzados los brazos, sin hacer nada, es feo, es dura la soledad, es feo a mí me toca cocinar y comer solo por eso mejor busco qué hacer para no aburrirme”* (Segundo, 10-11-2015). Así, la jubilación tiene una serie de implicaciones en la vida cotidiana de los mayores.

Primero, está una situación de tiempo libre, por lo que buscan la forma de emplearlo en diferentes actividades, de acuerdo a sus posibilidades físicas, que les permita el descanso y el disfrute que compense con el tiempo entregado al trabajo y la familia. En segundo lugar, en mucho de los casos, llegar a la vejez significa soledad. A pesar de haber formado una familia en la adultez, muchos de los adultos mayores han terminado solos, debido a que sus hijos han crecido y se han independizado, algunos se han divorciado o han perdido su pareja, por lo que tienen que conformarse con escasas visitas de sus hijos y buscar con quien compartir su tiempo. Beauvoir (2011) hace énfasis en esta cuestión, señalando que la vejez se convierte en un problema masculino, pues en muchos casos el sujeto llega solo a esta etapa, de lo contrario, se convierte en una carga familiar con pocas posibilidades de ser totalmente independiente. Segundo (23-11-2015) resume su llegada a la vejez en una expresión muy interesante: *“Esto creo que es la ley de la vida señorita, trabajar, criar a los hijos, ya dejar el trabajo y venir acá a estar sentados y después ya nos hemos de ir de aquí, de este mundo”*.

Es decir, la vejez resume lo transitado y vivido por el sujeto a lo largo de su vida, hasta situarse como un adulto mayor que cumplió con todas sus responsabilidades sociales (criar y educar a sus hijos, trabajar, obtener algunos bienes materiales), es el recorrido por la trayectoria biográfica del sujeto, es decir, que envejecemos de acuerdo a cómo hemos vivido, en el sentido de hacerse a uno mismo en la vida. Así, la vejez recoge todo lo vivido y se convierten en un cúmulo de recuerdos, esto es evidente al hablar con Mario (8-11-2015) sobre su situación como adulto mayor, quien indica que *“el caminar del tiempo le va dando duro, unos latigazos horribles, con los que uno se encorva la espalda”*. Entonces, *“El hombre de edad interioriza su pasado bajo la forma de imágenes, de fantasmas, de actitudes afectivas... el pasado es el que define mi actitud actual, es el dato a partir del cual me proyecto y que debo superar para existir”* (De Beauvoir, 2011: 461).

Pero, al construir esta totalización existencial se retoma todo lo que se ha hecho durante el transcurso del tiempo, pero aparece bajo la forma de lo práctico-inerte. ¿Qué es lo práctico-inerte?

Siguiendo a Sartre, De Beauvoir define a este concepto como “conjunto de cosas marcadas por el sello de la acción humana y de los hombres definidos por su relación con esas cosas” (2011: 461), es decir, un sujeto es lo que ha hecho hasta que se constituye como otro: “yo era militar”. En esta pequeña expresión lo práctico-inerte es el oficio que desempeñaba, sus logros y sus alcances y que ahora lo definen como tal, mientras la edad avanza, más pesa lo práctico-inerte.

2.2 Una breve etnografía del espacio: Un día en la Plaza Grande.

La Plaza Grande está ubicada en el corazón del Centro Histórico de Quito, bordeada por el palacio de Carondelet (Calle García Moreno), la Catedral Metropolitana que extiende sus gradas hasta formar un solo espacio con la plaza, el palacio Arzobispal (Calle Chile) y el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (Calle Venezuela), instituciones que nos hacen dar cuenta que, este espacio está atravesado por mecanismos fuertes de poder político y religioso que con el pasar del tiempo, han (re)configurado las diferentes dinámicas sociales y visión del mundo. Este lugar se distribuye a partir del monumento dedicado a los próceres de la independencia del 10 de agosto de 1809, el cual se encuentra ubicado en el centro de la plaza. Es este el principal referente simbólico que busca mantener vivo el recuerdo en la conciencia colectiva de un gran acontecimiento de la historia de nuestro país: su liberación de España. Esta idea se expresa a través de los diferentes elementos que lo integran: una base de forma octogonal, la cual está conformada por dos plataformas unidas por una serie gradas, sobre la primera plataforma se levantan ocho esferas unidas por grandes cadenas de hierro; y en la segunda plataforma se ubica una escultura de un león que representa a los vencidos españoles durante las batallas independentistas, y junto a éste, un cañón, tres rifles y una cruz que simboliza la religión católica impuesta por España a los pueblos originarios.

Desde la última plataforma, se erige un pedestal cuadrado, el cual contiene cuatro placas conmemorativas separadas por hojas de alicante, y sobre éste, resalta la figura de un cóndor que con su pico está rompiendo una cadena como un gesto de liberación. A partir de estos elementos, se forman cuatro columnas y sobre ellas una pequeña base en forma de cruz sobre la que se ubica la escultura de la dama de la Independencia, la cual, sostiene

con su brazo derecho una antorcha, haciendo referencia a la mención de “Quito, Luz de América”. Todos estos elementos se articulan y dan como resultado una imagen que se convierte en un símbolo identitario de los ecuatorianos, de patriotismo y respeto, y hace que este espacio tome un sentido histórico y de conmemoración.

Alrededor de dicho monumento se distribuyen diecisiete sillas metálicas de color verde, dispuestas de forma discontinua, es decir, separadas por una pequeña distancia. Cada una de estas sillas tiene la capacidad para tres personas aproximadamente. Tras estas sillas, se ubican seis jardineras bordeadas por un filo alto de hormigón que permite muchas veces ser utilizado por las personas para sentarse. Dentro de las jardineras están sembradas diferentes tipos de plantas, unas pocas palmeras y arbustos que permiten dotar de sombra a algunos espacios de la plaza Grande. Cuatro de estas jardineras dan paso a la formación de cuatro bloques en dirección hacia el exterior. Cada uno de estos bloques tiene la misma estructura, pero ubicados en diferentes espacios de la plaza. Así, cada bloque tiene en su centro una pequeña pileta de hormigón, bordeada por un filo alto. Estas cuatro piletas distribuidas en cada uno de los bloques no se encontraban en funcionamiento por un largo período de tiempo y servían para albergar una serie de insectos y basura⁵. Alrededor de esta pileta, están siete sillas metálicas verdes. Para un mejor entendimiento, cada uno de los bloques fue numerado en un orden al azar. A continuación, una descripción de cada uno.

El bloque número 1 está ubicado en la entrada a la Plaza Grande por las calles Chile y Venezuela, junto a éste y separados por un pasillo que se forma desde el centro de la plaza, está el bloque 2, es decir, estos dos bloques (1-2) se encuentran situados frente al MDMQ⁶. Mientras que, el bloque 3 está ubicado en las calles Chile y García Moreno, junto al bloque 4, pero separados por otro pasillo que, de igual forma, se desprende desde el monumento, ambos se sitúan frente al Palacio de Carondelet. Seguido a los bloques, encontramos siete jardineras pequeñas ordenadas de tal manera que bordean la Plaza Grande dando una forma cuadrada a este espacio y convirtiéndose en la parte exterior de la misma. Junto a estas jardineras, están ubicadas varias sillas de hormigón en las cuales las personas pueden sentarse dando la espalda al monumento, es decir, permiten la vista hacia el exterior de la plaza. Debido a que la Catedral Metropolitana extiende sus gradas

⁵ Durante los últimos meses de trabajo de campo, las piletas entraron en un proceso de restauración para su posterior funcionamiento y así dar una mejor imagen a la Plaza Grande.

⁶ Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.

en dirección hacia la Plaza Grande, un conjunto de sillas está ubicadas frente a esta Catedral, de igual manera dando la espalda hacia el centro de la plaza. Toda la plaza está dividida en sus diferentes segmentos por pasillos, los mismos que están interconectados para facilitar el tránsito y la movilidad de las personas hacia los diferentes puntos. Así mismo, diferentes elementos como lámparas y basureros están distribuidos en puntos estratégicos de la plaza.

Este espacio físico cobra vida y empieza a tener movimiento con el pasar de las horas. Es común ver gente que camina mirando su reloj, oficinistas apresurados, otros caminan despacio mientras observan y deciden qué hacer, unos llegan y toman asiento en una de las sillas y cubren su cara del sol; llegan adultos mayores, algunos acompañados, otros solos y toman asiento, esperando a alguien para conversar o sacan su periódico para leer, mientras poco a poco cierran sus ojos. Así comienza la plaza a convertirse en un escenario donde la heterogeneidad de los individuos, la mezcla de olores, los diferentes colores hacen de ella un escenario peculiar e interesante, en donde vemos a grandes grupos de turistas extranjeros recorrer con cara de admiración e interés, y con sus sofisticadas cámaras captando cada pieza y cada movimiento, los cuales acompañados por un/a guía se concentran junto al monumento para escuchar un poco de la historia de nuestro país, se toman fotos y después salen del lugar; dentro de este pasar de gente, están los vendedores que en su mayoría son informales, los cuales ofrecen una variedad de productos: helados, empanadas, periódicos, revistas, espumilla, gelatina, ensalada de frutas, ropa, zapatos, implementos de limpieza, caramelos, cigarrillos etc. a precios populares. Muchos de ellos debido a su situación de ser informales trabajan de forma clandestina, ya que la presencia de policías metropolitanos en la plaza es constante y les prohíben ejercer libremente su trabajo, pero, a pesar de esto, buscan la forma de hacerlo, ya sea guardando en canastas, en la mochila o en pequeñas cajas; también están los betuneros, son niños y jóvenes que se dedican a la limpieza de zapatos, cada uno de ellos lleva una pequeña cajita en la que guardan un cepillo rectangular con cerdas suaves para limpiar el zapato, la bacerola de diferentes colores y otro producto que ayuda a dar brillo, y una franela para realizar su trabajo, ellos se mueven por toda la plaza. También se pueden ver grupos de estudiantes uniformados visitar la plaza, y otras personas que pasean por el lugar, se sacan fotos, recorren y toman asiento en alguna de las sillas y después se retiran.

Mientras que poco a poco los adultos mayores continúan llegando a paso lento, los policías municipales se mueven en sus vehículos de dos ruedas (scooter) vigilando y manteniendo el orden. Entre esta multitud que se mueve por todos los sentidos, están dos fotógrafos, a los cuales se les puede reconocer porque generalmente usan pantalón de tela de color oscuro, camisa manga larga y un chaleco negro, y cuelgan de su cuello la cámara fotográfica, el infaltable sombrero para protegerse del sol y un bolso cruzado donde guardan el papel fotográfico y una pequeña máquina para imprimir en ese momento las fotos. Estos fotógrafos se ubican entre el monumento y los bloques 1 y 2. Mientras caminan entre ese espacio, se acercan a la gente –sobre todo a los turistas- que transita o que se sitúan cerca del monumento para ofrecerles tomar una fotografía por tan solo \$1,50, la mayoría de gente se niega, pues prefieren hacerlo con sus celulares o cámaras fotográficas. Cuando alguien acude a sus servicios, cada uno de ellos se encarga de ubicarles en un punto determinado para que salga la toma perfecta junto con el monumento y de fondo el palacio de Gobierno, después de tomar la fotografía, se dirige a una de las sillas, saca su máquina y el papel e imprime la foto y la entrega en una funda a su cliente. En muchas ocasiones, además de cumplir su oficio de fotógrafo, ayudan a cuidar el monumento, por ejemplo, cuando las personas –sobre todo niño/as- se suben a la plataforma atravesando las cadenas, se acercan y les indica que ese lugar no debe ser pisado y pide que se retiren de ahí, señalando que la plaza debe ser cuidada.

En una de las sillas, junto al bloque 4 se reúnen un grupo de personas a escuchar la palabra de Dios. Únicamente ocupan una silla, en la cual se sientan tres personas y a partir de ésta, los diferentes participantes que van llegando forman un círculo, inclusive pisando los bordes de las jardineras, disposición que facilita que todos observen, escuchen y participen. La mayor parte de asistentes son adultos mayores quienes mantienen toda su atención, otros se acercan por curiosidad y ven qué es lo que está pasando por un momento y después se retiran porque consideran que no son temas de relevancia y así evitan perder el tiempo. Pero cabe mencionar que son muy pocas las mujeres que forman parte de este grupo, ya que, a pesar de su presencia, ellas no intervienen, únicamente se limitan a escuchar y en ciertas ocasiones a afirmar o negar con un leve movimiento de su cabeza.

Este grupo está encabezado por un señor de unos 70 años aproximadamente, quién con la biblia en mano hace el papel de mediador, es decir, lee varios pasajes bíblicos en voz alta, y a partir de esto, se arma un pequeño debate donde las personas asistentes dan sus diferentes opiniones respecto a lo leído, por lo que muchas veces pueden llegar a

ocasionar discusiones un poco fuertes por el desacuerdo entre los participantes, así como por los polémicos temas de corte religioso que se ponen en juego, como por ejemplo sobre la autoría de la biblia, unos señalando que el autor de la biblia son personas comunes y corrientes, y otros sosteniendo que la biblia fue escrita por sus apóstoles; sobre la diferencia entre el antiguo y el nuevo testamento; sobre las parábolas y las enseñanzas que éstas dejan; sobre el valor y lo que representan las imágenes religiosas o sobre la trinidad. Sin embargo, todo esto ocasiona que las personas asistentes tengan más dudas y confusiones, pero esto no impide que cada día sean más las que acudan a este grupo, alejados de la bulla y el desorden que ocasionan los músicos y los borrachos, sin tomar en cuenta los comentarios negativos que se les asigna al ser considerados como charlatanes y curuchupas⁷. Este grupo ha tenido enfrentamientos con otros grupos religiosos que también se congregan en la plaza Grande, varias discusiones e insultos se suscitan a diario, sobre todo entre este grupo que predica desde la religión católica y los testigos de Jehová. Estos últimos catalogan al primer grupo como “el propio diablo” por pecadores, acusándoles de promover abortos y relaciones homosexuales.

Pero, a más de estos grupos religiosos también están aquellos (hombres, mujeres y niños) que se reúnen –exclusivamente los fines de semana- en las gradas de la Catedral, ellos se reconocen como pentecostales. Sus prácticas dentro de este espacio llaman la atención de los extraños, ya que consisten en cantos mediante la ayuda de diferentes instrumentos como tambores, guitarras, panderetas, flautas, los cuales son entonados por cada uno de los integrantes que están de pie, en dirección a la plaza Grande y dando la espalda a la Iglesia. Mientras que una persona se ubica delante de ellos, con la ayuda de un micrófono invita a los transeúntes a ser partícipes de las diferentes actividades, además, en ese lugar predicán la palabra de Dios dando su testimonio uno por uno e invitando a las personas a recibirlo en su corazón para tener una vida acorde a lo que dicen las santas escrituras. Algunos curiosos escuchan y otros acceden a esta petición, de inmediato, el líder pone su mano sobre su cabeza y con la otra sostiene la biblia empieza a orar pidiendo que sea limpiado de todo pecado y malos pensamientos, y que de ahí en adelante su cuerpo y actos sean guiado por ese ser superior y que llene su espíritu para su salvación.

De igual forma, hay otro grupo religioso que se ubica en la entrada de la plaza Grande, en la esquina de las calles Chile y Venezuela cerca del bloque 1, que tiene una dinámica

⁷ Palabra de uso despectivo que es utilizada para asignar a una persona extremadamente religiosa.

muy similar, con la diferencia que se ubican uno seguido del otro, en forma horizontal, en la cabeza está el líder que puede ser hombre y mujer que predica mientras los demás cantan o sueltan frases como “gloria a Dios” “Amén” en un tono de voz muy alto ocasionando molestias a muchos de los que se reúnen en este lugar, pues impiden conversar por el escándalo que generan con sus cantos y gritos. Todos estos grupos religiosos acuden a la plaza Grande debido a la gran cantidad de gente que a diario transita, lo que facilita el contacto y la trasmisión de sus mensajes y, sobre todo, por la disposición de este lugar que les permite ubicarse en lugares específicos.

Mientras que, en el bloque 1, se reúnen una gran cantidad de adultos mayores que desde horas de la mañana llegan a ocupar las sillas con la esperanza de poder encontrarse con más gente, con sus amigos y poder conversar un rato, dispersar la mente, salir de la monotonía que implica vivir en la ciudad y sobre todo, hacer algo de provecho, pues por su avanzada edad, la mayoría de ellos ya no ejercen ningún tipo de trabajo, son jubilados que buscan emplear todo su tiempo libre y para esto, acuden a la plaza y así evitar estar *enjaulados* en un cuarto, en medio de cuatro paredes sin hacer nada, acompañados de su única amiga, la soledad. La presencia de la mujer siempre ha sido limitada, desde los tiempos que se reunían los militares, pues “por su pensamiento machista”, era un espacio exclusivamente para hombres, situación que es reflejada hasta la actualidad, específicamente en este bloque.

Sin embargo, a pesar que muchos pasan por una situación similar, aquí se escogen amistades, ya que no por el simple hecho de ser “viejos y arrugados” -como ellos lo recalcan,- implica que se forme una relación de inmediato, sino que, se pone en juego una serie de elementos de selección, es decir, las personas se limitan a hablar con “cualquiera”, de lo contrario, prefieren entablar conversaciones con aquellas que demuestren cierto grado de educación y con los que se pueda sostener un tema de conversación y discusión, esto hace necesario mantener una cierta distancia con la gente *inculta*, así marcando la diferencia entre un “nosotros” frente a los “otros”. Otro elemento a considerar es el lugar de procedencia, aquí se establece la diferencia entre el “propio quiteño” y el “paisano” que llega a la plaza. Además, está la cuestión de que muchos de ellos ya se conocían, ya sea porque eran compañeros de trabajo, del colegio o porque se conocieron en la niñez o juventud en el barrio o por ciertas coincidencias de la vida. El volver a reencontrarse en la plaza despierta una serie de emociones, recuerdos y nostalgia. Por esto, pocos son los que se sientan solos, la gran parte llega y de inmediato saludan

con amigos y se sientan compartiendo la misma silla, otros prefieren estar parados conversando, y cuando ya no hay sillas, se sientan en los filos de la jardinera o de las piletas. Mientras conversan, algunos sacan de su bolsillo una funda de maíz e imitando el sonido de las palomas las llaman, y les dan de comer.

Mientras que en el bloque 2 sucede algo muy interesante, totalmente diferente de lo que hasta ahora se ha presentado. Este espacio se caracteriza por la presencia de tres músicos que atraen a una gran cantidad de adultos mayores. El cuadro musical está conformado por Don Horacio: un señor de estatura pequeña, barba blanca larga al igual que su cabellera quien toca el requinto. Don Lucho se encarga de la guitarra y los complementa el cantante, Don José: un señor alto, de tez negra conocido como “el Negro”. La integración de este trío musical es interesante, pues uno de ellos cuando visitó la plaza notó que era un lugar aburrido, lo que hacía que la gente sienta tristeza y se dijo a sí mismo que algo faltaba, ese algo era la música para alegrar a las personas y hacer que se olviden de sus preocupaciones y penas. Él contactó al requinto quién compartió su idea, y poco tiempo después se unió el guitarrista, quien pasó de ser un oyente del espectáculo musical a ser parte de este grupo, que no tiene nombre pero que su escenario es el bloque 2.

Todos los días, uno por uno los músicos llegan de distintas partes cargando sus instrumentos, aunque en mal estado pero sirven para montar el espectáculo, mientras varias personas ya les esperan reservándoles una silla quien nadie más tiene derecho a usarla, pues es un punto estratégico ya que está ubicada bajo un árbol que provee sombra y está frente a la pileta, lo que les permite estar en un punto central que favorece para que todos los asistentes puedan verlos y escucharlos. Y es partir de este referente simbólico, que se va distribuyendo el público de forma circular, es decir, el círculo empieza a tomar forma a partir de la silla de los músicos y se va cerrando siguiendo el filo delantero de la pileta y volviendo al punto de inicio, por lo que el filo de la pileta sirve como asiento, pero la gente que se sienta tras la pileta no puede ver lo que al interior de este círculo pasa. Así, los músicos sacan sus instrumentos, cables, una caja negra pequeña que funciona a pilas y que cumple el papel de amplificador y un micrófono negro a pilas, por lo que no requiere conexión. Así van preparando todo para iniciar el espectáculo.

Cuando empieza la música, este espacio se va llenando de más gente, los que ocupan las sillas en su mayoría son adultos mayores, mientras que muchos de los adultos mayores

permanecen parados o prefieren sentarse en el filo de las jardineras. Pero, la pelea por las sillas es cosa de todos los días, pues algunos adultos mayores se molestan mucho cuando llegan las señoras y les piden el puesto, muchos se niegan porque piensan que no se debe dar preferencia a nadie, mientras que otros para evitarse cualquier tipo de problema ceden su puesto. A más de este grupo se integran otro público como los curiosos que únicamente llegan y se acercan a ver qué está pasando, otros toman fotos y videos, turistas que se unen al círculo y aplauden, jóvenes que al escuchar música nacional prefieren retirarse, otros fatigados por la bulla buscan sentarse lo más lejos posible del bloque 2.

Mientras don Horacio y don Lucho están sentados tocando sus instrumentos, Don José – sosteniendo con su brazo derecho el micrófono- canta, de vez en cuando hace alguna mímica, señal para interpretar la canción e invita al público a aplaudir y colaborar, pues siempre, en el suelo está un sombrero de tela blanco, un poco desgastado pero que sirve para que los escuchas pongan el dinero como una muestra de colaboración. Todo el dinero que se recaude es dividido entre los tres músicos, pero si en el transcurso de su presentación se presenta alguna necesidad como comprar pilas para el micrófono, algún alimento o bebida para ellos, este dinero es utilizado para eso.

En un principio, el sombrero pasaba en el suelo y era el público quien debía acercarse a poner el dinero, don José solo pedía que contribuyeran dejando a la voluntad de cada uno, pero después esa situación cambió debido a que eran pocos los que contribuían a pesar de que disfrutaban de toda la presentación

Los adultos mayores prefieren sentarse en los filos de la pileta y las jardineras. Conversan cuando la música para, se ríen, otros prefieren fumar un tabaco o chupar un helado pues la concurrencia de estos vendedores, de las gelatineras, de vendedoras de caramelos y la venta de CDs de música es muy frecuente por este bloque, ya que pasan ofreciendo su producto por medio del círculo y se retiran inmediatamente para no interrumpir la presentación del cuadro musical.

Cuando el día está lluvioso los músicos no se presentan, ni el público, en sí, la plaza Grande luce vacía. Pero en los días de sol, en los que repentinamente el cielo empieza a oscurecerse y es cubierto por una gran nube negra y poco a poco la lluvia empieza a caer, todos comienzan a marcharse apresuradamente mientras se cubren o sacan un paraguas, unos buscan donde guarecer, mientras que entre los músicos deciden no parar la música

y moverse hacia el hall cubierto del MDMQ, mientras algunos se mueven a este lugar, otros prefieren retirarse. Los músicos guardan sus equipos, y se dirigen a donde toda la gente ya les está esperando. En ese hall no hay sillas por lo que los músicos se ubican pegados a la pared y a partir de ellos la gente va formando un círculo, mientras tanto los músicos sacan sus instrumentos, acomodan el amplificador y a pesar de la incómoda posición en la que están, continúan con la presentación, mientras más gente se va agrupando. Una vez que la lluvia para, todos nuevamente se mueven al bloque 2 y se vuelven a (re)ubicar.

¿Qué pasa cuando otros músicos llegan a este lugar? En muchas ocasiones, otros grupos llegan a este bloque para tener la oportunidad de poder tocar, sin embargo, su ingreso y participación es restringida. Por una parte, el público acepta que ellos canten pues les gusta escuchar algo nuevo, de lo contrario, Don José conversa con ellos y les dice que él les indicará el momento en que pueden presentarse y que deben esperar porque su grupo aún no termina.

Cuando Don José les anuncia, ellos pueden acomodar sus instrumentos y proceder a tocar su música. Muchos de estos grupos musicales se caracterizan por su larga experiencia y por la variedad de sus temas, lo que representa algo diferente a lo que los asistentes están acostumbrados, por lo que ellos los reciben con aplausos y piden más canciones, hasta que Don José se acerca y toma el micrófono, los despide pues su tiempo es limitado y continúa con su show. Muchas veces esto ha dado como resultado peleas ya que a muchos grupos no se les da la oportunidad de hacer música, cuando un grupo está en escena antes que lleguen los músicos de siempre, ellos les piden que por favor se retiren pues ese espacio es de ellos, por lo que se da ciertas discusiones, pero a la final los que tienen que irse son los “nuevos”. Esto causa molestias entre los asistentes considerando que la plaza es un lugar público en el que cualquiera puede venir y hacer cualquier tipo de actividades, por lo que la plaza no tiene un dueño, esto ha llevado a muchos a considerar a Don José como tacaño y dueño de este bloque. Muchas veces, el marco musical incluye a otros, pero siempre bajo sus “órdenes” es decir en ciertas canciones y un tiempo determinado. El público también tiene su cantante, se trata del Chino, un señor un poco desaliñado, con sus ojos rasgados que se dedica a la venta de espejos y que en las tardes después de su trabajo pasa por el bloque 2, al verlo, todos empiezan a invitarlo para que cante, él pasa al centro y espera un momento hasta que Don José le pase el micrófono. Mientras canta,

se escucha que la gente lo elogia por su timbre de voz, de la misma manera canta música nacional.

A más de estas peleas entre los que se reúnen en el grupo, están otros tipos de conflictos. Debido a la gran concentración de personas en este bloque, cuando no hay un espacio para poder apreciar la presentación algunos pisan las plantas de las jardineras, por lo que, los policías municipales frecuentemente pasean para supervisar que esto no suceda. Es aquí en donde Don José juega un papel importante como mediador, es decir, pide que no se pise estas jardineras, y en caso de que alguien lo esté haciendo de inmediato se acerca e indica que ahí no deben pararse. Así mismo, la presencia de borrachos en este lugar no es alta pero si frecuentan por el mismo hecho de que la música les invita a tomar, esto trae como consecuencia peleas entre ellos mismo, el público ante eso se mantiene en una postura de observar, mientras que Don José es quien trata de calmar las cosas y de la forma más educada les dice que se retiren, pero a veces esto es inevitable y es dentro del mismo bloque 2 que circulan botellas de agua con licor, que se pasa entre algunos asistentes. Ante esto, se culpa a los músicos de este problema y como los que traen todos los males, pero de forma sarcástica, ante estos comentarios Don José siempre dice *“antes de que yo venga a la Plaza ya había borrachos, y antes de yo nacer ya había trago”*.

Ahora nos trasladamos al bloque 3, frente al Palacio de gobierno, el cual tiene otra dinámica. Dispuesto igual que los otros bloques con su piletta en el centro y sillas metálicas, pero con la diferencia que está rodeado por una gran cantidad de árboles los cuales permiten tener sombra en la mayoría de las sillas. A pesar de esto, pocas personas frecuentaban este lugar, por lo que regularmente está vacío y la presencia de adultos mayores es baja, debido a que se considera que es peligroso por la existencia de personas que ingieren alcohol y drogas lo que representa un peligro y en efecto es así. Cerca de este bloque, en uno de los bordes de la jardinera, diariamente se reúnen un grupo de tres a cinco personas a ingerir alcohol, esto ocasiona cierto tipo de escándalos, peleas, gritos, malas palabras entre ellos o hacia las personas que por ahí transitan. Este grupo a pesar de ser pequeño se ha convertido en una amenaza para los que se sientan en el bloque 3, pues, para poder comprar las bebidas alcohólicas acuden a pedir dinero o a sustraer objetos para después venderlos y conseguir algo, comúnmente se acercan a turistas extranjeros, con una voz ronca y desgastada les intimidan y estiran su mano haciendo una señal de que pongan dinero, los turistas se asustan, algunos prefieren evitar problemas y se retiran otros apresurados sacan monedas y se las entregan. Todo el día pasan en las

jardineras y a los alrededores del bloque 3. Esto ocasiona que muchos eviten sentarse en este espacio, pues lo perciben como peligroso, inseguro y con gente mala.

A pesar de esto, hay ocasiones en las que se puede apreciar pequeños grupos de señores reunirse ahí a conversar y bromear entre ellos, a más de aquellos que se sientan a descansar por un momento, grupos de familia, una que otra adulta mayor sola y también la presencia de trabajadoras sexuales. En muchos casos, las trabajadoras sexuales son vistas como algo negativo, pues se piensa que lo que hacen es robar, por evitar sentarse cerca de ellas o cualquier tipo de contacto, de lo contrario hay quienes recurren a su compañía. Y así, este bloque se va constituyendo como un espacio -que ante los ojos de los que vistan todos los días la plaza- que presenta adjetivos negativos, los cuales mantienen alejados a muchos de ahí.

En el bloque 4 sucede algo similar. Debido a que es un espacio que no está cubierto por árboles por lo tanto no hay sombra, lo que dificulta que las personas permanezcan por un largo período de tiempo. Así, la mayor parte de los que reúnen en este bloque son familias que toman asiento por un momento, degustan alguna golosina y se retiran. La presencia de adultos mayores es mínima, pues consideran que en estos sitios (bloque 3-4) solo hay indios rocotos⁸ que dicen ser quiteños.

Además de estos 4 bloques, están las sillas de hormigón que bordean la plaza con una vista hacia el exterior como ya se señaló anteriormente. Las sillas ubicadas frente al MDMQ suelen estar ocupadas por algunos vendedores que van a descansar y a reunirse entre ellos, ya sea para conversar, bromear, comentar ciertas novedades como peleas con los policías municipales, con otro vendedor o con los clientes, mientras ordenan sus productos y cuidan a sus hijos que los acompañan durante todo el día de trabajo. A continuación, las sillas están ocupadas por algunos mayores e indigentes, quienes suelen estar solos con su vestimenta un poco desarreglada, y un notable descuido personal.

De esta forma, la distribución física de la Plaza Grande ha permitido que los sujetos se agrupen de acuerdo a sus intereses, segmentando este espacio público donde el adulto mayor ve la posibilidad de poder pertenecer y ser parte de esta socialización. Por esto, en

⁸ Palabra utiliza de forma despectiva para referirse los individuos pertenecientes a algún grupo étnico o aquellos provenientes de alguna provincia del Ecuador.

el siguiente acápite se revisará cómo el nuevo sujeto jubilado ingresa a este espacio y se convierte en un viejito más de la Plaza.

Capítulo III: Entre ritos: De jubilado a “viejito de la Plaza”

Es el hecho mismo de vivir el que necesita los pasos sucesivos de una sociedad especial a otra y de una situación social a otra: de modo que la vida individual consiste en una sucesión de etapas cuyos finales y comienzos forman conjuntos del mismo orden: nacimiento, pubertad social, matrimonio, paternidad, progresión de clases, especialización ocupacional, muerte. Y a cada uno de estos conjuntos se vinculan ceremonias cuya finalidad es idéntica: hacer que el individuo pase de una situación determinada a otra situación igualmente determinada (Van Gennep, 2008: 16)

En este capítulo se abordará *el ritual de paso* como un elemento primordial para la consolidación de redes sociales, ya que, sin un elemento ritual presente en la vida cotidiana, los actores sociales serían incapaces de realizarse debido a que “los ritos son el medio simbólico primordial de que dispone la gente para experimentar emociones y sentimientos místicos juntos con los demás y para sentirse copartícipe de dichas emociones, aunque la conciencia personal del propio yo se pierda un poco por el hecho mismo de compartirlas” (Klapp, 1973: 155). De esta forma, el ritual se convierte en un tipo de lenguaje que mantiene unida a la sociedad (Goffman, 1959) que expresa las normas y valores de un determinado grupo social y es el mismo hecho de comunicar lo que otorga a los individuos un sentimiento de cohesión y solidaridad.

Turner (1973) sostiene que los ritos indican transiciones entre estados, entendiendo al estado como “una condición relativamente fija y estable e incluiría en su significado constantes sociales tales como el status legal, la profesión, cargo o función, rango o grado” (Ibid., 53). Así, los ritos de paso permiten entender cómo la vida individual y colectiva enfrenta cambios desde lo más pequeño de su estructura a lo más evidente. Cada ritual responde a un orden específico que tiene sentido, un origen y un fin que lleva al sujeto ritual a cumplir cada uno de los pasos establecidos para alcanzar el fin deseado.

Finol (2006: s/p) hace una distinción entre los rituales en el contexto de los fenómenos extraordinarios con aquellos de la vida cotidiana (escenario del cada día):

las formas rituales que pueblan la vida cotidiana pierden la rigidez de las normas, las cuales generalmente adquieren un carácter laxo, lo que conduce a un orden variable porque incluso, aunque éste esté fijado en forma escrita, sufren de las consecuencias de su excesiva frecuencia. Se observa además una limitación del escenario, pues generalmente se trata de espacios seculares, de público reducido y carentes de la coreografía que generalmente enmarca a los ritos propios de la vida extra-ordinaria. Del mismo modo, la esfera de la comunicación se reduce, pues estas formas rituales se desarrollan bien sea en la esfera de lo privado o de la limitada interacción pública entre un número muy pequeño de actores, si se las compara con los ritos públicos, sean estos religiosos o políticos. La frecuencia de estas prácticas rituales propias de lo cotidiano aparece ante los mismos grupos que las cumplen como "naturalizadas", parte constitutiva de la actividad diaria, donde se las ve como costumbres o hábitos sin consecuencia alguna

Coincido con el autor anteriormente mencionado, a propósito de la sociabilidad de la Plaza donde sus actores son un grupo muy particular que marcan dinámicas especiales dentro de un espacio público- delimitado por elementos físicos y simbólicos-, pero que se ve reducido a una apropiación por parte de los adultos mayores. Este hecho ritual está inscrito en la cotidianidad, no existe un "jefe" de ceremonia, tampoco instrucciones preestablecidas; por el contrario, el ritual surge por el hecho mismo de la interacción social por lo que es flexible y se adapta a la situación de cada sujeto en transición. Así mismo, por la necesidad de establecer un vínculo con sus similares, sin descartar la posibilidad del rechazo por parte del grupo del que pretender ser parte. Considerando nuestro caso de estudio, una vez que el sujeto ha llegado a la etapa de la vejez, se le otorga un nuevo status: *el jubilado/retirado*. Más que una simple denominación, es la asignación de una posición inferior dentro de la escala de prestigio social, situación que implica una limitación y anulación de ciertos valores y responsabilidades sociales que obligan al sujeto a buscar una nueva estructura que le otorgue elementos para reconstruir su identidad.

Entonces, el objetivo sería introducirse nuevamente en una estructura social, asumir roles y una posición, siendo el rito el medio indicado que permite al sujeto experimentar una serie de emociones y sentimientos, que van a llenar el vacío que deja la separación de la

anterior estructura. Turner (1988) señala que los ritos de paso están estrechamente relacionados con los ritos de transición y de los de inversión. En este caso nos interesa abordar los ritos de transición que buscan una elevación de status, de inferior a uno superior. Está claro que el adulto mayor que llega a la Plaza Grande está en una etapa de crisis, siente un vacío que le lleva a una búsqueda de sí mismo, cuestiona su situación e indaga los medios necesarios para presentarse no como un viejo más, sino como una persona que ha cumplido con su proyecto de vida y por lo tanto tiene derecho al descanso, al disfrute, a la compañía, a una identidad y sobre todo, a un espacio dentro de la ciudad.

¿Qué sucede en el lapso entre la vejez y la espera de la muerte de este grupo de sujetos? En este capítulo revisaremos cómo el adulto mayor jubilado se inserta en un nuevo espacio social que exige todo un ritual de paso, asumiendo una nueva cotidianidad, un nuevo estatus, derechos y obligaciones, y, sobre todo, pasar de ser un jubilado más a un viejito de la Plaza. A continuación, revisaremos los tres estados por los que debe atravesar el jubilado para llegar a ser parte de la socialización de la plaza Grande.

3.1 Separación

Tomando los postulados de Van Gennep, Turner (1973) señala los tres estados por los que atraviesa el sujeto ritual: *separación, liminalidad y reinserción*.

La separación “conlleva un comportamiento simbólico que denota el apartamiento de la persona o el grupo, de un punto anterior fijo en la estructura social o de un conjunto de condiciones culturales” (Turner, 1973: 54). En la separación, el sujeto ritual se aleja de su estructura anterior, surgiendo la necesidad de encontrar un nuevo sistema simbólico que le permita reconstruir su identidad, encontrar nuevas sensaciones, una nueva visión del mundo, nuevos hábitos y espacios que le otorgue una posición y reconocimiento social.

Si bien es cierto, el adulto mayor -en la sociedad moderna- se le concede el derecho al descanso y a un ocio limitado: caminatas, lectura del periódico, largas siestas que a la final recaen en el encierro del sujeto ya que sus posibilidades de *hacer y ser* se ven limitadas, pues “*La sociedad de hoy [...] les da a los ancianos tiempo libre quitándoles los medios materiales de utilizarlo*” (De Beauvoir, 2011: 554). Pero los adultos mayores que van a la Plaza Grande rompen con las limitaciones que impone la misma sociedad,

buscando ser parte de ella, hacerse ver y sentir, (re) insertarse en la misma sociedad que les desplaza para otorgar sentido a su existencia que se ve amenazada.

De esta forma, el rito de paso inicia con la separación del sujeto de su estructura anterior en la cual ya no cumple ni ocupa ningún rol, sintiendo la necesidad de pertenecer a algo, a un nuevo sistema simbólico que le otorgue la posibilidad de “*ser alguien*”. Aquí, el sujeto estando consciente de su situación y se prepara simbólicamente para el cambio de su estructura. Este proceso, por así llamarlo, inicia cuando el individuo ha adquirido la denominación de jubilado, que tiene una serie de implicaciones, más que biológicas, sociales, empieza a verse a sí mismo como un ente improductivo que ha llegado al final de su vida y que no tiene otra opción más que esperar la muerte, en medio de la angustia y la soledad.

Entonces, la separación estaría marcada por la finalización de un contrato de trabajo bien sea por la edad del sujeto o por los años⁹ de servicio, situación que implica dejar a sus compañeros, abandonar su lugar de trabajo y despojarse de la rutina, de horarios, de sus *hábitos*.

En muchos casos, la finalización de esta etapa está marcada simbólicamente por una despedida, como señala Luis (3-09-2015):

Yo en mi trabajo era bien querido por todos mis compañeros de trabajo, siempre hacía a tiempo todo y bien puntual, por eso cuando me salió la jubilación me hicieron una despedida en el municipio con comida, música, baile y un poquito de trago, nunca pensé que la jubilación me iba a salir tan pronto, y ahora aquí me ve cruzado los brazos

Podemos ver que el sujeto se convierte en un expleado, mientras que los militares pasan a ser militares en servicio pasivo. En ambos casos, dejan su uniforme, pero no se despojan totalmente del mismo, mantienen ciertos elementos de corte estético como la escarapela¹⁰, el cabello corto, zapatos limpios, el terno, anillos, el reloj, etc. Son estos pequeños detalles que le ayudarán al sujeto en transición a entrar al nuevo orden y que contribuirán en la construcción de su identidad, la misma que le permitirá relacionarse con los demás. Pero son símbolos con una nueva significación, es decir, ya no indicarán

⁹ La cuestión del tiempo para llegar a ser jubilado depende en gran parte de la actividad en la que trabajó, ya sea en el ámbito público o privado, y de acuerdo con las leyes laborales a las que estuvieron sujetos en esa época.

¹⁰ En el caso de los adultos mayores, la escarapela es un broche generalmente de forma circular, otorgado por alguna institución sea esta militar o académica, que lleva el sello de dicha institución y es usada en las prendas de vestir como una forma de identificación y reconocimiento.

la tarea o rol independiente que debían cumplir en su anterior estructura ya sea como arquitectos, ingenieros, obreros o militares, sino que cobran importancia y dan un sentido prestigio y un reconocimiento social, por lo que no deben ser dejados en el olvido, ellos se convertirán en parte de la fachada, que en términos de Goffman, “*es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación*” (1959:34). Es decir, constituye la forma con la que nos presentamos hacia los demás, la misma que abarca desde lo estético hasta las diferentes formas corporales, es la parte exterior del sujeto que se presenta a los “otros”, una cuestión de su “carta de presentación”, ya que, al primer contacto, “la forma de vestir y de usar el cabello sirven para diferenciar el sexo de la persona en cuestión, y constituyen los medios más efectivos de información que la comunicación verbal” (Banton, 1971: 89).

A más de la parte estética, debe dejar su cotidianidad marcada y retomar una nueva a partir de su tiempo disponible, un cambio de espacios cerrados a los abiertos, busca estar fuera de su hogar gran parte del día para evitar el *encierro*, son estos símbolos los que empiezan a marcar la separación con la estructura anterior, un corte en su vida que le lleva a buscar un nuevo lugar de socialización que dé prioridad al descanso en compañía de sus similares.

3.2 Liminalidad

Siguiendo a Turner (1988), la liminalidad hace referencia al estado en el que el sujeto deja de formar parte de la estructura anterior por el proceso social de separación, pero tampoco se ha convertido en miembro de la estructura de la que ha decidido ser parte, de la que aspira, ya que esto requerirá cumplir correctamente el rito de paso. El autor define como un estado confuso, donde el sujeto es físicamente “invisible”, el autor profundiza en este estado pues “[...] durante el período “liminal” intermedio, el estado del sujeto ritual [...] es ambiguo: éste pasa por un mundo que tiene pocas o ninguna cualidad del estado pasado o por venir” (Turner, 1973: 55).

Es evidente que los ritos de separación e integración están más implicados en la estructura social que los ritos de *liminalidad*, ya que la persona que está atravesando por este estado es estructuralmente indefinible, es decir, no es ni una cosa ni otra, no está ni aquí ni allá y se encuentran al margen del margen (Turner, 1973), porque no posee nada: no tiene status, propiedades, insignias, ropas, rango, etc., nada que los delimite estructuralmente como los demás miembros de su grupo. Por lo tanto, “Si nuestro modelo

básico de sociedad es uno de “estructura de posiciones”, debemos tomar el período de margen o de “liminalidad”, como una situación “inter-estructural” (Turner, 1973: 53). Esto nos remite a considerar que los iniciados son despojados de su estructura y de su posición, normas, valores, hábitos anteriores. Es decir, pasa de un sistema estructurado y diferenciado, a una interacción carente de una estructura.

Este estado empieza cuando el sujeto llega a la Plaza, recorre el espacio buscando un lugar adecuado para sentarse, factores como vestimenta, lugar de procedencia y preparación académica y laboral juegan un papel crucial para ser aceptado o rechazado en un grupo. La presencia de alguien nuevo, por lo tanto, desconocido es sentida por los demás. El sujeto liminal, en este caso, busca hacerse ver, pero al mismo tiempo se oculta, manteniendo una distancia hasta familiarizarse con el nuevo entorno, pues la nueva estructura es desconocida para él por lo que su constancia y permanencia son esenciales para establecer vínculos. De esta forma se entiende que *“Los neófitos tienen “realidad” física, pero no social”* (Turner, 1973: 59).

Así, en este período los ya jubilados comienzan a ir a la plaza Grande cada vez con más frecuencia, pero desconocen de ciertas dinámicas: cómo se distribuye el espacio y las normas y comportamientos que rigen la vida social que ahí se desenvuelve. Este primer momento de acercamiento puede darse de distintas formas. Algunos recurren a este espacio al ser invitados por aquellos que ya son parte de la socialización –generalmente ex compañeros de trabajo-, es decir, por medio de una invitación que se la hace al sujeto para que asista, como señala Adolfo (15-10-2015) al recordar cómo llegó a la plaza Grande:

Yo empecé a venir porque un día un amigo me fue a visitar a la casa y él me dijo que viniera a la Plaza, que aquí hay mucha gente para conversar y poder pasar el tiempo, entonces, desde ese día comencé a venir a la Plaza, me di cuenta que aquí es mi lugar, aquí me encuentro con más gente, se conoce gente que se nos hacen amigos porque caen bien

Pero hay otros casos en que la primera llegada a la Plaza Grande de un adulto mayor se caracteriza por la presencia del sujeto solo, es decir, es el mismo sujeto quien toma la decisión de insertarse en esta socialización sin previa invitación, llevado por una cuestión de curiosidad, del deseo de poder ingresar y ser conocido por los demás. En esta situación es en donde el nuevo sujeto tendrá que buscar formas para poder alcanzar a establecer un primer contacto con alguno de los miembros que ya son parte de este espacio. El llegar

solo puede significar que requiere más tiempo y más estrategias para poder insertarse en un grupo, ya que,

Los que están en compañía pueden contar con una cierta protección mutua, las compañías, especialmente cuando todos los miembros son varones, tienen muchas opciones acerca de donde sentarse; quienes están solos tienen menos, pues deben mantenerse alerta a la invitación o a la indicación que podría parecer constituye el lugar que escoge (Goffman, 1979: 39)

Esto es evidente cuando Segundo (10-11-2015) señala que:

Uno está así sentado oyendo lo que conversan y dicen ¿también eres jubilado?, sí digo yo, y me preguntan en qué trabajaba y pues les cuento y así vamos haciendo amistades y todo, se conversa con todos, no ve con los militares se no más hacerme amigo, se conversa no más, algunos cuando llegan a las 12 se van, otros se quedan, nos despedimos y les digo “nos vemos mañana” y dicen “ya, vendrá no más mañana”

En este ejemplo está claro que, en muchos de los casos, a pesar de que llegue solo, la nueva persona puede ser invitada, situación que facilitará este proceso y lo involucrará más pronto dentro de un grupo, pues su ingreso está marcado por el acercamiento a una persona en específico que le abrió paso a conocer a los demás.

Pero también hay aquellos que necesitan ser ellos quienes den el primer paso, por lo que mantienen una cierta distancia por vergüenza, se sientan solos, pero tratan de estar cerca de los grupos, sus conversaciones son limitadas, prefiere ser un poco reservado hasta poder alcanzar confianza con los demás, comienza a recorrer el espacio mientras luce un poco desorientado viendo cuál es el mejor lugar para sentarse. Se va acercando a los otros de a poco, con preguntas cortas como la hora, sobre los músicos, escucha las conversaciones y tiene la intención de opinar, hace ciertos gestos para hacerse sentir. Son estas preguntas, lo que en muchos casos los lleva a engancharse en una conversación que puede ser larga como también limitada, pues su presencia no causa impacto en los que ya son parte de esta socialización. El sujeto ve cosas interesantes con las que se identifica por lo que siente la necesidad de integrarse, se acercan de una forma tímida pero confiados, sus conversaciones empiezan a ser más formales, por ejemplo, en el bloque 2, si antes el adulto mayor se ubicaba fuera del círculo, ahora preferirá sentarse en los fillos de la pileta, aplaudir, colabora con algo de dinero cuando lo recogen, llega temprano a “ganar un puesto”.

Además de estas formas de entrar a la plaza Grande están aquellas marcadas por la costumbre, como es el caso de los militares, que responde a una cuestión de tradición de ir a la plaza, pues recuerdan que desde siempre los militares han llegado a este lugar y entre ellos la llaman “la plaza de los militares”, pues sostienen que desde siempre la presencia de este grupo ha sido muy significativa. Esta situación asegura que un recién retirado se encuentre con más amigos que comparten situaciones similares, pero le costará tiempo el involucrarse totalmente: *“soy militar retirado, igual que mi amigo [...] nosotros seguimos siendo amigos hasta ahora, yo empecé a venir a la plaza porque desde siempre se ha visto aquí a los militares, antes venía a hacer algún papel y esto llenito de viejitos y mire, yo también estoy aquí ahora”* Francisco (18/09/2015). Fue con esta imagen con la que muchos crecieron: la imagen de la plaza como el lugar donde los viejos militares llegaban, ya que años atrás cerca de la Plaza Grande funcionaba la Confederación de militares en servicio pasivo. En esta Confederación había servicio de peluquería, de salud, un bar en donde los exmilitares pasaban jugando baraja, y al lado funcionaba una cantina, después de pasar tiempo ahí, acostumbraban a bajar a la Plaza Grande, haciendo suyo a este lugar, para hablar de temas de política o simplemente para pasar el día distraídos conversando. Pero, con el pasar del tiempo, no son solo los *viejos militares*, como se les denominaba, a los que se reunían y todavía se reúnen aquí, sino hay la presencia de otros extrabajadores como ingenieros, bomberos, obreros, etc. que se han sentido identificados con el espacio, con la gente, con los suyos.

Es por esto que, la presencia de la mujer siempre ha sido limitada, desde los tiempos que se reunían los militares, pues “por su pensamiento machista”, era un espacio exclusivamente para hombres, situación que es reflejada hasta la actualidad, específicamente en este bloque. De esta forma, los sujetos mantienen la herencia de un conjunto de prácticas que van a garantizar su reproducción (Candau, 2006).

Una vez que han logrado un cierto acercamiento a la Plaza Grande, poco a poco va convirtiéndose en una rutina, es decir, hay un (re)ordenamiento de su tiempo en torno a la visita a este espacio, establecen horarios que van marcando rutinas que tienen tiempos específicos, rutas, y lugares que, en cierta forma, tratan de replicar a su anterior ritmo, pero esto requiere tiempo para ir incorporando las nuevas formas de actuar a su cuerpo. Además, el adulto mayor empieza a familiarizarse con otros sujetos, se encuentra con otros similares que lo ayudan en este proceso. Como ya se mencionó anteriormente, se va insertando en cualquier lugar de la plaza, pero con un grupo determinado de acuerdo a

sus intereses y posibilidades. No todos logran atravesar esta fase del rito, pues el lugar de procedencia, el grado de educación, situación económica se convierten en elementos que van a marcar la aceptación o el rechazo, pues el grupo busca similares, lo que le obliga a alejarse, estar solo o con otro grupo. Así, los elementos simbólicos se vuelven importantes: la escarapela, el terno, reloj, gafas, lo que les lleva a adoptar una forma peculiar de vestir, pues el factor estético va a ser muy importante al momento de relacionarse con los demás, marca la diferencia del “elegante” frente al “descuidado”. Entonces, hace uso de ciertos símbolos que le permiten ser aceptado, pues los símbolos empleados pasan a estar cargados de significados, pues significan un apego o rechazo a algo o alguien.

Pero hay que aclarar que, a pesar de este acercamiento, aún no ha asumido ningún rol, se ubica en un punto neutro y va adquiriendo valores que lo llevarían a ser parte de la nueva socialización. El sujeto liminal está en un proceso en el cual van asumiendo códigos que constituyen un sistema de comunicación que emite mensajes, ya que están constituidos por un conjunto de símbolos sintácticamente ordenados que darán paso a la formación de un modelo que tiene por objetivo reducir las experiencias heterogéneas a un plano homogéneo, es decir, generar una uniformidad entre las diferentes formas de ver y concebir el mundo por parte de los individuos (Eco, 1986). Así, se va formando lazos de solidaridad e igualdad entre los sujetos, una cuestión de *communitas*, concepto manejado por Turner (1988).

Turner (1988) establece dos modelos de interacción humana. El primero radica en la *estructura social* que es un sistema jerárquico por lo tanto diferenciado que genera conflictos pues existe funciones, status, roles y está mediada por la propiedad; mientras que las *communitas* -que surgen en el periodo liminal- parte de la idea de la existencia de un vínculo entre todos los miembros de una sociedad que se perciben como iguales, por lo tanto, es una manifestación desestructurada.

Las *communitas* surgen por la existencia de un *vínculo genérico* (Turner, 1988) entre los individuos, que está mediado por la racionalidad, la voluntad y la memoria que surge en el marco de la interacción social es una relación que nace por el mismo hecho de ser seres sociales que necesitan de la interacción con el “Otro” para poder ser parte de la sociedad.

Para Turner (1988: 110), “*El neófito en la liminalidad debe ser una tabula rasa, una pizarra en blanco, en la que se inscribe el conocimiento y sabiduría del grupo, en*

aquellos aspectos que son propios del nuevo status”. Pero, el adulto mayor que está atravesando por el ritual, si bien es cierto su “Yo” ha sido reducido a lo inerte e invisible por la misma sociedad, entonces todo lo que fue en la estructura anterior (cargo, oficio, profesión), los conocimientos y valores que ha adquirido a lo largo de su vida han quedado en su memoria y se guarda como algo íntimo, que poco a poco irá mostrando a su nuevo grupo en el marco de la interacción. Es decir, la sociedad puede anularle varias posibilidades de ser, hacer y actuar, pero el sujeto hará uso de lo que fue en la estructura anterior como una carta de presentación al momento de atravesar el ritual, es lo que fue e hizo en el pasado lo que determinará su “yo” actual, que le permitirá reconfigurar su identidad y sobre todo la aceptación o rechazo de su permanencia en el espacio. De esta forma, el adulto mayor no se presenta como una pizarra en blanco como sostiene el autor, la posibilidad de ser moldeado es mínima. Es por esta razón que el cúmulo de ideas, recuerdos, valores que posee el sujeto ritual le darán apertura a la nueva socialización, a los cuales se sumarán los nuevos elementos aprendidos del grupo.

Las communitas surgen donde no hay una estructura social establecida, una cuestión donde todos se vuelven uno, hay una lógica de apoyo, cuidado entre ellos, la preocupación del saber cómo están, el compartir problemas, es decir, una idea de comunidad *de “el no estar más el uno junto al otro sino con los otros integrantes de una multitud de personas [...] un volverse hacia, un hacer frente dinámico a los otros, un fluir del Yo al Tú” (Buber en Turner, 1988: 132)*. En ese caso, entre cada grupo de los adultos mayores surge una preocupación por el otro, donde las diferencias se dejan a un lado, y de lo contrario, lo que se busca es el *ser uno solo*, lo que conlleva a una experiencia colectiva que busca el bienestar de cada uno de los miembros, una convivencia “armoniosa” que se mantiene después de pasar por esta fase y que va a reafirmar la identidad del grupo como menciona Segundo (10-11-2015):

Hay veces que no bajo, y al siguiente día ya me dicen ¿por qué no bajaste? Digo ya me quedé lavando la ropa y en verdad, a veces me quedo lavando. Pero, aquí con los amigos nunca ha habido ningún tipo de problema y con los que nos llevamos así bien y le vemos conversando con otro les decimos “ya te has conseguido otro marido ¿no?, y en cambio nos responden “sí y Ustedes celosos” [...] cada día uno ve gente nueva, nuevos viejitos que vienen, pero ya nos hacemos amigos

Así, podemos ver que se vive un espíritu comunitario intenso que da la sensación de una igualdad, solidaridad y una convivencia plena, un estar común. Es este vivir y sentir en

comunidad lo que permite compartir una experiencia en común, llevando a todos a un mismo nivel. Entonces, las *communitas* representan lo inmediato de la interacción humana, por lo que se vuelve necesaria para que se dé un proceso de integración grupal y social, el sujeto ritual crea una interacción con otros individuos, con el espacio y con las prácticas culturales.

Tras la revisión de las formas en que el sujeto se inserta en la Plaza Grande, las *communitas* se dan en un espacio determinado con una audiencia: adultos mayores ya iniciados, es decir, no conforman grupos entre los novicios, sino que se afrontan a sujetos que ya han atravesado el ritual, los mismos que se convierten en su audiencia aprobando o rechazando su ingreso, una cuestión de “jurados” que pasaron por su misma situación y se solidarizan con el nuevo sujeto por lo que ven como una obligación incluir a la nueva gente que llega. Esta situación nos remite a pensar que la audiencia es necesaria para poder llevar a cabo el rito, pues son quienes exigen, controlan, y dirigen la transición del novicio.

Entonces, coincidiendo con Turner (1988) la vida social es un proceso dialéctico de lo alto y lo bajo, de la igualdad y la desigualdad, de inclusión y exclusión, es decir que, quien está arriba no puede existir sin el que está abajo y viceversa, así mismo, quien esté arriba debe experimentar lo que es estar abajo, por lo que el sujeto a lo largo de su existencia ocupa varias posiciones. En este caso, el individuo pasa de un status inferior a uno superior a partir de una etapa carente de una posición social, es aquí donde los “unos” y los “otros” son parte indispensable del proceso. Miguén Ángel recuerda:

Verá, cuando yo llegué acá, yo no me llevaba con nadie y me acuerdo que me sentaba solito aquí (bloque 1), ya después de un tiempito se me acercaban y conversábamos, yo también ya me iba acercando, así era, después ya les fui conociendo a mis otros amigos de aquí [...] siempre se ve caritas nuevas, eso sí, yo a veces me acerco a conversar y así uno se va conociendo y haciendo amistades

El proceso de la consolidación de lazos sociales no sería posible sin el proceso dialéctico mencionado por el autor, es una sucesión de funciones que el sujeto va asumiendo a lo largo de su existencia. El viejo integrante ayuda al nuevo, pues ya conoce lo que implica llegar al espacio y le facilita, direcciona, acompaña e induce a la nueva dinámica social.

Si el período liminal significaba un breve acercamiento a un determinado grupo dentro de la plaza, con las *communitas* el individuo logra insertarse dentro del grupo social y

está más próximo a ser un viejito de la plaza Grande. Así, la *communitas* es necesario para culminar su rito de paso, siendo este estado pasajero ya que “*la misma communitas crea una estructura en la que las relaciones libres entre los sujetos se convierten en relaciones que se rigen por la norma*” (Turner, 1988: 142).

De esta forma, el estado liminal genera una serie de símbolos, significados, rituales y memorias que se convierten en elementos indispensables para que los sujetos puedan entender y adaptarse a su nueva relación con la sociedad, el espacio y la cultura.

3.3 Reinserción

La reinserción comprende la última etapa en la que el sujeto ritual alcanza un estado estable, adquiriendo derechos y obligaciones (Turner, 1973), ya que llega a cumplir el rol de amigo con otros adultos mayores de la Plaza, es decir, se consolida una amistad que es utilizada por los sujetos como un medio para afrontar los problemas de la vida cotidiana como la soledad y el aburrimiento. Los amigos se convierten en el medio que permite al sujeto un desahogo, compartir experiencias, problemas y, sobre todo, una compañía más o menos estable.

En esta última fase del ritual, “*la inmediatez de la communitas da paso a la mediatez de la estructura, mientras que, en los rites de passage, los hombres son liberados de la estructura a la communitas para volver posteriormente a una estructura revitalizada por su experiencia en la communitas*” (Turner, 1988: 134). Es decir que el sujeto se inserta nuevamente en una estructura: adquiere un status y por consiguiente roles, derechos y obligaciones. Entonces, el adulto mayor dentro del espacio de la Plaza Grande pasó de ser un viejito común, a ser parte de la socialización, reconocido por sus similares, el espacio comienza a tener sentido, sabe qué hacer, con quién relacionarse y con quién no, ha sido advertido de los peligros y, sobre todo, ha iniciado una relación de amistad con los que le han permitido ser parte de un determinado grupo.

Así, la finalización del rito de paso permite el reconocimiento social de la *relación de amistad*, la misma que está marcada por formas de conducta específicas, una cuestión de amistad ritual que da paso a la concreción del rol de amigo (Cucó Giner, 1995). Esta relación está marcada por una reciprocidad, es decir, se espera que lo que es dado sea reconocido y devuelto bajo cualquier forma. Tal es el caso de Pepe, un jubilado que debido a un problema en su espalda se le dificulta moverse fácilmente, quien estaba

conversando con uno de sus amigos en el bloque 1, en ese momento pasó una señora que vendía huevos cocinados, don Pepe preguntó a su amigo si deseaba uno, él respondió que muchas gracias, al momento de cancelar pidió de favor a su amigo que le ayude a sacar su monedero, de inmediato él sacó el monedero y canceló a la señora. Mientras don Pepe comía, él tomó una servilleta y le limpiaba cada vez que se derramaba algo, al final, tomó la basura y fue a botar. Ante esto, Pepe (18-09-2015) mencionó que *“a mí me gusta ser generoso con ellos porque hay veces que no me pueden venir a traer, entonces me ayudan a coger el taxi, cualquier cosa ya me ayudan, yo confío bastante en ellos”*.

Es evidente que, al establecerse un lazo de amistad, se generan vínculos de cooperación que están reforzados por un sistema de obligaciones y derechos mutuos, es decir, la obligación de uno es el derecho de la otra persona que generan una serie de expectativas sobre lo que se espera de un tercero (confianza, intercambio de favores, regalos), pero que responde una negociación voluntaria entre el grupo, la cual se consagra por el rito, como señala Cucó Giner (1995: 27): *“por lo común las amistades institucionalizadas implican un componente voluntario: personas particulares eligen a sus amigos dentro de un pool potencial de posibilidades, descartando a otros que no son seleccionados, y estableciendo una relación que será reafirmada mediante un ritual que señala el compromiso”*.

La amistad se consolida cuando el nuevo integrante ya es reconocido y es llamado por su nombre, y en algunos casos se le atribuye un apodo que da cuenta de la confianza alcanzada. El saludo se convierte en un elemento clave, ya que (re)afirma el el vínculo amistoso entre los sujetos con un fuerte estrechón de manos, muchas veces seguido de unos palmoteos suaves en la espalda, como si no se vieran en mucho tiempo, y con frases: *¿cómo te ha ido hermano?*, *“don Anibital, buenos días”*, y se sientan dando paso a la conversación de alguna novedad. La confianza que se ha alcanzado es importante, ya que les permite bromear, compartir experiencias que no han sido contadas como sus aventuras amorosas y ciertas “travesuras”, se habla de forma más abierta sobre ciertos temas sin temor a ser juzgados y esperando la confidencia. Pero la amistad no se limita únicamente entre los adultos mayores, se crean lazos con los vendedores ambulantes, con los guardias que cuidan la Plaza y con los fotógrafos.

En esta etapa el sujeto empieza a marcar nuevamente hábitos que llevan a la rutina. De Beauvoir (2011) señala que el adulto mayor teme a lo nuevo ya que representa una ruptura

con su pasado, el tener que escoger se convierte en algo fastidioso y son los hábitos los que reducen el miedo a afrontar nuevas situaciones, por lo que el sujeto adopta de una vez un horario, un espacio, un grupo, una actividad, ya que se siente cómodo con lo ya conocido. Ordenar y fijar sus ocupaciones se convierte en una necesidad de las personas que atraviesan por el ocio, pues el exceso de tiempo libre y la falta de actividades abren espacio a la preocupación y desesperación del no hacer nada. El adulto mayor opta por llenarse de actividades que se convierten en obligaciones que debe ser cumplidas para lo que se fija horarios, espacios, recorridos:

Me levanto temprano, le rezo a la estampilla de la virgencita de Fátima, como algo y a las 9am vengo caminado, a las 12 regreso a mi cuarto, almuerzo y otra vez me regreso hasta las 3pm o 4pm, hasta cuando está buena la cosa, de ahí ya me voy a la casa, a veces lavo mi ropa, o sino escucho música hasta aburrirme, tomo mi café y ya me acuesto (Manuel, 20-08-2015)

El anciano se aferra a sus hábitos para evadir sus angustias y preocupaciones, llenando el vacío que provocó la separación de su estructura anterior, cualquier alteración o desorden en el medio va a interrumpir su ejecución, causando molestias, de lo contrario, cuando el hábito fluye, enriquece a la persona. Esto sucede muy a menudo en la Plaza Grande, al ser un espacio público y central mediado por el poder político, religioso y económico es el punto ideal para las manifestaciones, alterando el espacio: presencia de nueva gente, bulla, carteles, control policial, cierre de calles, disturbios. Esto ocasiona molestias en los adultos mayores, sintiendo una invasión y alterando el orden, algunos deciden retirarse mientras que otros permanecen sentados, solo observan y comentan entre ellos mostrando su disgusto “*solo vienen a hacer bulla, nada más, que pensarán que aquí es mercado*” menciona uno de los viejitos ante la presencia de un grupo pequeño de taxistas que exigía al alcalde la legalización de las unidades para poder trabajar. Podemos ver como los hábitos llevan a los sujetos a sentir una apropiación por el espacio donde se desarrollan sus actividades.

Esto, junto con lo anteriormente mencionado nos remite a considerar que, en esta etapa, el sujeto ha incorporado de forma inconsciente una serie de prácticas que son apropiadas y compartidas por todos los miembros del grupo, las mismas que van a reorientar sus percepciones y formas de actuar, mediante su interiorización que exige una repetición de sus modos de accionar en el mundo social, es decir, un *habitus* que se inscribe en el cuerpo (Bourdieu, 2011).

Debido a que su presencia se vuelve constante en la Plaza, su ausencia llega a sentirse cuando por algún motivo no van, y hacen falta en el grupo. Pero, a pesar de esto, la amistad está restringida a este espacio, es decir, al momento que el sujeto sale de la Plaza no se sabe qué pasa con él como señala Segundo (10-11-2015) *“Pero con estos amigos solo aquí no más pasamos, a veces me topo con otros en la calle, pero más pasamos aquí, es que ya nos despedimos y cada quien va a su casa y al siguiente día otra vez a encontrarnos, y así todos los días lo mismo de siempre”*. Muchas veces, uno de ellos deja ir, hay la preocupación, pero es después por rumores que llegan a saber que ya partió. Ante este acontecimiento que no se puede evitar, don Pepe (18-09-2015) mencionó que *“poco a poco van desapareciendo, pero cada día asoman nuevos que ocupan los puestos de los que se van”*, hecho que es garantizado por el rito que permite mantener y renovar la estructura. Entonces, estamos hablando de una comunidad muy poco estable, ya que, al ser un grupo de personas de edad avanzada, la enfermedad y la fragilidad se convierten en limitantes para mantener una comunidad estable y fija, por esto la entrada y salida de sus integrantes es permanente.

Al marcar una rutina, el sujeto reinsertado hace uso de los símbolos que adquirió durante el proceso ritual, lo que les llevará a considerar a la Plaza como su único lugar en donde es posible estar, una especie de lugar sagrado, lo que conlleva a que se apropien de su espacio y tomen consciencia de lo que ahora son, un viejito de la Plaza Grande, lo que les lleva a establecer fronteras y diferencias entre los “nosotros” y los “otros”¹¹, donde cada elemento cobra sentido. Así, los símbolos permiten otorgar un orden y una significación a su experiencia y dar a esta experiencia, a las ideas, anhelos, actitudes o creencias formas concretas y perceptibles. Entonces, es este sistema organizado de símbolos el medio necesario para captar determinadas situaciones que van a permitir al individuo ubicarse dentro de un contexto específico, dictaminando formas de comportamiento “correctas” a los sujetos, ya que este sistema simbólico “es la fuente de información que da forma, dirección, particularidad y sentido a un continuo flujo de actividad” (Geertz, 2003:215). Entonces, es a partir de la atribución de un significado a cada uno de estos símbolos por lo que cada individuo interpreta su experiencia y organiza su conducta dentro del marco de lo “normal”.

¹¹ Este aspecto de diferenciación será explicado con mayor profundidad en el siguiente acápite.

La apropiación de estos símbolos por medio del ritual permite a los integrantes de un grupo, legitimar sus creencias y comportamientos que conllevan a una transformación más que personal, social. Podemos decir que el proceso de reinserción finaliza cuando la persona se siente un miembro más por su aceptación y por el nuevo rol que está cumpliendo: *“Porque todos los que se jubilan vienen acá, por eso estoy acá, soy una palomita muerta más”* (Segundo, 23-11-2015). La denominación “palomita muerta” se les ha asignado a los adultos mayores de la Plaza, hace referencia a la pasividad de los sujetos y por el significativo número de viejitos que ocupan este espacio.

Al cumplir estos pasos, el sujeto en transición se encuentra listo para aportar a la nueva estructura de la que está siendo parte, y, sobre todo, en capacidad para reproducir las dinámicas que vivió en el rito y que, a partir de ese momento, las pondrá en práctica, las mismas que estarán en constante renovación para garantizar la estabilidad de su grupo, es decir, son prácticas que no se acaban en ese momento, sino que son replicadas en cada encuentro. De esta forma se encuentra ahora formado, y todos sus símbolos de identidad, han ganado sentido tanto para él como individuo como para los demás sujetos, tiene un mayor conocimiento de cómo son y cómo funcionan las cosas, nuevamente se insertan en un sistema de símbolos y significados que van a dar sentido a su existencia y el espacio cobra sentido.

Cabe recalcar que, a pesar de que el sujeto ya pertenece a una nueva estructura donde puede compartir con sus semejantes y mantener la mente ocupada, los sentimientos de tristeza siempre afloran, la añoranza, el recuerdo, la familia, la idea de la enfermedad y la muerte están presentes y causan temor en los sujetos, pues son conscientes que están en el umbral de la muerte, por lo que su nuevo status es temporal y se restringe únicamente al espacio de la Plaza. Es en la Plaza donde su nuevo status tiene importancia, fuera de ella la dinámica cambia y se presenta como un adulto mayor más

En el caso de las mujeres y por la poca presencia de las mismas, debido a que la Plaza se ha ido construyendo como un espacio masculino, la dinámica de inserción a este espacio es diferente, no están sujetas un rito de paso como tal, debido a que muchas de ellas continúan laborando, o aún tiene responsabilidades en el hogar, como alimentar a sus hijos o nietos que aún no se han ido, tampoco son jubiladas porque se desempeñaron ya sea como empleados doméstica o amas de casa, por lo que, la plaza Grande es un espacio de descanso solo “cuando hay tiempo”. Cuando llegan a la plaza, generalmente se ubican

en el bloque 2, donde predomina la música, su llegada no causa un impacto en las dinámicas que ahí se desarrollan, ya que su presencia no es constante, un día pueden ir como otro no, es decir, son visitas ocasionales. Un aspecto importante es que buscan reunirse entre ellas, cuando una nueva adulta mayor llega no es ignorada, por lo contrario, tratan de que ella participe, conversan, bromean un poco y después cada una se retira:

Yo vivo cerca, por el mercado central, entonces que de vez en cuando yo me doy una vuelta, un día estaba sentada solita y me hice amiga de la señora María, y desde ahí ya pensé a venir un poco más seguido porque ya tengo con quien estar o sino feo ahí solo entre hombres, más que solo pasan entre ellos, por me quedo un rato nomás para distraerme (Rosa, 19-09-2015).

No todos pasan el ritual pues no logran insertarse en algún grupo y se ven obligados a mantener una distancia, sentarse en las afueras de la plaza solos, manteniendo una distancia de los sujetos y del espacio, por lo que el espacio es esencial para el desarrollo de los procesos rituales, así, el espacio cumple un papel fundamental en la organización de la cultura, es la organización espacial quien sostiene las dinámicas sociales y la disposición de los sujetos (centro-periferia): “El espacio se convierte en instrumento simbólico capaz de articular los contenidos de la cultura misma en una sintaxis particular” (Finol, s/n: 2006).

Finalmente podemos concluir que el ritual satisface necesidades emotivas y otorga identidad, “Ya en el individuo concreto, esto significa que su vida será más intensa si comparte una serie de sentimientos y vivencias que no alcanzaría por sí solo” (Klapp, 1973: 160), aumentando su capacidad de convertir su conciencia del “yo” en la de “nosotros”. Así, el ritual ayuda a preservar un *consenso no racional*¹², necesario para sostener la estructura social. Y es por medio del ritual que se forman redes sociales, que facilitan el recordar y recrear el pasado, ya que, “quienes tienen memoria y recuerdan son seres humanos ubicados en contextos grupales y sociales específicos” (Jelin, 2002: 20).

Así los adultos mayores en esta nueva etapa social revaloran su pasado, crean y se apropian de relatos para compartir con sus semejantes, hecho que se convierte en la base

¹² El *consenso no racional* son los sentimientos y valores que debe haber entre los individuos que viven en comunidad, los mismos que exigen una cooperación recíproca (Klapp, 1973)

de la nueva identidad adquirida. Entonces, el sujeto ritual establece una estrecha relación con el espacio donde desplegará toda una dinámica social, propia de los viejitos de la Plaza. Razón por la cual, una vez que el sujeto ritual se ha ubicado en el contexto de la Plaza Grande es necesario proceder a analizar la relación espacio/actores: las alianzas y conflictos, los relatos, las fronteras, los recuerdos y la cotidianidad de los sujetos, donde la imaginación y la representación espacial determina formas particulares del uso espacial.

Capítulo VI: La Plaza Grande: entre recuerdos, apropiación y limitaciones espaciales

Una vez que el sujeto ha atravesado el rito de paso correctamente y ha recibido una aceptación por parte de los demás miembros del grupo al ser considerado como “uno más”, asumiendo las obligaciones y derechos de su nuevo rol, se ubica en un espacio determinado dentro de la Plaza Grande; dicho espacio pasa a ser un universo con sentido y con una alta carga simbólica, del cual los individuos se apropian y lo vuelven parte de ellos mediante el establecimiento de fronteras más que geográficas, imaginarias. Para definir y delimitar un espacio es necesario un proceso donde se van a conjugar elementos como memorias, vivencias y discursos, dando como resultado formas de ver, ocupar y recordar este espacio.

La ciudad, con el rápido pasar del tiempo, se ha ido transformando y adoptando distintas formas, características y dinámicas sociales hasta llegar a consolidarse como una estructura que abarca a una heterogeneidad de sujetos que habitan y viven la ciudad, donde hay una mezcla de ideas, prácticas, y formas de vida particulares. Este es el caso de Quito, específicamente de la Plaza Grande que ha sido objeto de varios procesos de transformación urbana que obligan a los sujetos a un recuerdo basado en una comparación del antes con el ahora, y muchas veces marcada por una visión hacia el futuro. A partir de esto, la Plaza se va consolidando como un lugar histórico, en donde los recuerdos y las vivencias de los adultos mayores se mezclan y dan sentido a cada uno de sus rincones, quienes desde siempre han visto a la Plaza como el punto central de la ciudad y, por ende, el más importante.

En este acápite veremos cómo cada espacio cuenta historias a partir del encuentro e interacción entre los individuos. Esto da paso a una formación de una relación estrecha entre los espacios y los sujetos que lo ocupan, que conlleva a una simbolización en donde

se pone en juego la capacidad de imaginar y representar, en donde las barreras geográficas son reemplazadas dando paso al establecimiento de límites simbólicos, los mismos que adquieren valor social por quienes lo viven, en este caso por los viejitos de la Plaza. Es por esto que, empezaremos por un acercamiento a la memoria de estos sujetos que nos permitirá conocer como los acontecimientos del pasado cobran importancia al ser recordados y recreados, y cómo esto forma parte de las representaciones simbólicas a partir de las cuales se transforma la realidad física; así, la ciudad se va formando a partir de lo que el sujeto piensa/imagina. A continuación, se realizará una revisión a la memoria de los adultos mayores que han hecho de este espacio su segundo hogar, y cómo a partir de este elemento han establecido límites simbólicos que llevan a la apropiación de un determinado rincón.

4.1 El reencuentro con la Plaza: una invitación al recuerdo

Como señala Córdova (2005), la ciudad es el “*locus de la memoria*” donde cada espacio cuenta una historia que nos llama a recordar y a la añoranza de lo que ya se fue frente a un presente donde el sentido histórico se ha materializado en los edificios, calles, monumentos, plazas que construyen un relato colectivo y uno personal con relación a los acontecimientos del pasado.

A partir de la rememoración, los sujetos crean fronteras temporales que delimitan el presente del pasado. Es por esto que, la percepción de los adultos mayores que ocupan la Plaza con respecto a las transformaciones que ha sufrido la ciudad, están marcadas por un antes, ahora y un después (expectativas). Un antes que coincide con la época de niñez y juventud cuando veían a un Quito, caracterizado por la tranquilidad, por el respeto y por las “buenas vivencias y buenas costumbres”, frente a un después marcado por agentes modernizadores, por sus transformaciones urbanísticas, la denominación al Centro Histórico como Patrimonio Cultural de la Humanidad por las Naciones Unidas en 1978 que marcó una serie de medidas para su conservación y difusión como un potencial turístico, la migración y los diferentes “males” que trae consigo, dando como resultado un Quito peligroso, desconocido y lejano. Es decir que, la ciudad crece al paso de quienes la viven.

En sus inicios la Plaza Grande se consolidó en un espacio de la ciudad mediada por los poderes políticos y religiosos que la convirtieron en la Plaza Mayor, por tal, era el centro de toda la ciudad de Quito que hasta ese entonces se extendía hasta el Parque El Ejido hacia el Norte, y hasta la quebrada de Jerusalén en el Sur.

Pero, debido a varios procesos de transformación que tenían como objetivo la renovación y la expansión urbana, esta situación cambió, dando como resultado una nueva forma de organización territorial. En los años 20, el CHQ¹³ se caracterizaba por una tugurización, mientras que la MS¹⁴ se estaba sujetando a un proceso de urbanización, ambos hechos se iban consolidando de forma apresurada. A partir de los años 30 se comienza a promover la organización longitudinal de la ciudad, y es en los años 40 donde empieza la expansión urbana hacia el Norte, lo que exigió por primera vez la acción de un Plan Director, dicho plan fue realizado por el arquitecto uruguayo Jones Odriozola (Vaca Hinojosa, 2000), el cual presentó un gran inconveniente ya que, promovió -únicamente- la modernización del Norte de Quito, privilegiando su desarrollo urbano

En los años sesenta se da una expansión de la centralidad, dando paso a la formación de una nueva, como señala Carrión (1987), la ciudad desarrolla un sentido “bipolar” de centralidad urbana debido a la organización longitudinal y polinuclear que se impuso. Es decir, la Plaza Grande y en general el CHQ ya no es el único punto central de la ciudad, sino que también lo es la MS, una cuestión de dos núcleos centrales, proceso que consolidó “la segregación urbana entre el centro histórico –símbolo de poder colonial- y el centro moderno –símbolo de poder neocolonial” (Carrión, 1987: 92).

A partir de este momento, se construye una clara división entre sectores, así se determina que el crecimiento del sur está dedicado a obreros, artesanos, debido al inicial asentamiento de las principales industrias del país, mientras que el norte estaría en función de una clase media intelectual y pudiente, una situación que todavía persiste en el imaginario colectivo, ya que al hablar con uno de los adultos mayores me preguntó acerca del lugar en el que vivía, le respondí que en La Mariscal cerca de la Universidad Católica, ante esto señaló entre risas “*allá es barrio aññado, acá vivimos los pobres*”.

¹³ Centro Histórico de Quito

¹⁴ La Mariscal Sucre

Pero esta nueva organización territorial implicó un cierto abandono del CHQ, ya que se apostó todo al desarrollo a la MS, hecho que llevó a una “reconquista” de esta olvidada centralidad, lo que se pretende es un regresar a este centro histórico a través de una visión de la restauración, basada en la recuperación de espacios que estaban deteriorados, impulsando el repoblamiento a través de volcar algunas instituciones públicas, privadas y negocios que se habían ido al Norte de la ciudad, la construcción y adecuación de algunas edificaciones para reconstruir un “nuevo y bonito” centro histórico bajo conceptos de lo estético que favorezca a la empresa turística mediante el aprovechamiento de sus potencialidades: arquitectura, historia, pasado colonia. Esto llevó a tomar varias medidas para lograr este objetivo como es el blanqueamiento social, es decir, el despojo de todo lo “malo y feo” que afecta a la imagen renovada que pretendía impulsar. Podemos decir que el CHQ estuvo sujeto a varias renovaciones, buscando siempre un ajuste y compatibilidad a una lógica económica basada en el capitalismo, hecho que permite la integración de las dos zonas dando paso a una *centralidad extendida*. Todo este proceso enmarcado en modernización y desarrollo que impulsaba un discurso en el que “el <<pueblo>> no puede estar apropiado del centro; con lo cual se da paso a un uso del suelo más rentable (banca, comercio, administrativo, etc.) y al consiguiente desplazamiento de la población y del tugurio hacia zonas periféricas” (Carrión, 1987: 95).

Entonces, estos acontecimientos referentes a la expansión de la centralidad urbana crean una serie de transformaciones urbanas a nivel geográfico y material, y a nivel de la vida social de los sujetos que hacen uso de estos espacios, ya que modela la forma de concebir a la ciudad mediante nociones dicotómicas *ciudad moderna/antigua, ciudad histórica/ciudad sin historia, gente común/ gente adinerada*, es decir, una segmentación en base al ser parte de cada una de estas centralidades. Entonces es este reajuste de las centralidades a partir del cual se va a crear un antes y un después, un antes de los procesos de modernización y el después que retrata las consecuencias del mismo, ya que, esta extensión de las centralidades lleva a un cambio significativo según Carrión (2003), que se refleja en la forma de usar estos rincones del centro históricos, ya que, pasan de ser espacios de reunión y encuentro a ser *no lugares* los cuales se caracterizan por las ocupaciones provisionales que no permiten al individuo formar o mantener vínculos sociales con los demás actores que transitan en dichos lugares, sino que establece una comunicación que pone en contacto al individuo con sí mismo lo que conlleva a una “individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero, al pasaje” (Augé,1996:84),

promoviendo la fácil circulación de las personas, bienes y los servicios, se impone sobre la comunidad. Así, el CHQ se ha convertido en un punto transitorio, de visita ocasional, donde el interés del turista predomina. Esto es consecuencia de los procesos de modernización que ha provocado que el sujeto valore lo material sobre las relaciones sociales.

En la población urbana de hoy existe una discreción e indiferencia, superficialidad, anonimato y un carácter transitorio e impersonal en las relaciones sociales. Así, la naturaleza individualista que caracteriza a estas ciudades son una nueva forma de interacción dentro de la urbe, la cual, cada vez se va poblando de individuos deshumanizados, encaminados a resolver sus propias necesidades y en búsqueda de una *libertad individual*, lo que le llevará a un desgaste.

En las ciudades, los vínculos de parentesco, de vecindad y amistad cada vez se van presentando débiles y segmentados, marcados por una competencia y ciertos mecanismos de control. Sin embargo, dentro de la ciudad existen espacios que reivindican formas de relaciones sociales tradicionales ya que “Son puntos de la ciudad donde convergen la permanencia con la movilidad, y de cuyo choque emergen dos cualidades distintivas del ágora clásica: la “cultura comunitaria” y la soberanía del ciudadano consumidor” (Páez, 2004: 2). Así, son los adultos mayores en este espacio quienes dan este sentido de comunidad, que a través de su rememorización logran poner un alto a estas nuevas formas de vida urbana, recuperando de alguna manera el sentido de una identidad colectiva. Por lo que, ante estos procesos, la memoria cobra importancia al anteponerse a lo efímero, al ritmo rápido y transitoriedad de los hechos de la vida.

Frente a estos cambios, el encontrarse con una “nueva y renovada” Plaza los lleva a la añoranza por un lugar que ha ido perdiendo su esencia, que día a día se enfrenta al paso voraz del tiempo, que amenaza con borrar toda huella de un pasado que guarda las buenas experiencias vividas y compartidas en una ciudad, no solo en improntas materiales, sino en su mundo simbólico y en la psiquis de los sujetos. Los adultos mayores recuerdan a la Plaza como el punto más importante de la ciudad, en donde todos se reunían, una plaza caracterizada por la mezcla de gente, de colores, de aromas:

Los voceadores, siempre estaba lleno de bulla, voceaban “el diario, el comercio” y por ahí asomaban la señora que pasaba “frescos dos reales” y la otra pasaba y decía “higos”, el pan con higos. Entonces, todo este cúmulo de voces, cúmulo de personajes por sus vestimentas porque si bien es cierto el de los periódicos

llevaba bajo el brazo, la que pasaba vendiendo dulces, unas roscas pasaban vendiendo, ella tenía una canasta sobre su cabeza [...] era un lugar de encuentro, y lo normal que había los viejitos de la Plaza Grande que eran los que pasaban desde las 8-9 de la mañana ya estaban sentados[...], la plaza Grande era el encuentro de los grandes personajes de la política, del deporte, me refiero al box, a los toreros, todos lo que daban espectáculo en Quito, los luchadores que venían y ahí en el palacio Arzobispal era muy común ver los reporteros de la radio en la Plaza Grande (Manuel 20-08-2015)

A partir de lo señalado, vemos que la Plaza era el centro de las actividades, el punto donde convergían los diferentes actores sociales, desde los vendedores ambulantes hasta los personajes reconocidos de la época, todo esto en un ambiente de paz, de tranquilidad, donde las buenas vivencias eran parte del día a día. Pero en este caso, el recordar el pasado lleva a los sujetos a idealizar una época bajo la noción de *los buenos viejos tiempos* como lo mejor, pero no se puede negar que existieron situaciones de conflictos, peleas, y hasta cosas trágicas pero éstas son llevadas al campo del olvido, un olvido que trata de borrar u ocultar esas marcas “feas y dolorosas” que sucedieron, puesto que la memoria es selectiva, es decir, un proceso de silenciar, no transmitir ciertos hechos por una cuestión de no despertar sentimientos fuertes que pueden ocasionar al ser traídos al presente, pero en este caso, el olvido por parte de los adultos mayores, responde a una estrategia que pretende dar a conocer únicamente una imagen positiva de Quito, de la que ellos fueron parte, un Quito joven y sano que se compara con lo que fue la etapa de su niñez y juventud, es decir, la época más bonita, de las amistades, de las fiestas, de la alegría, de la vecindad que la lleva a anteponerse sobre el Quito actual, donde la sociedad del presente es vista como una amenaza a la tradición y a los histórico. Lo mencionado nos remite a pensar que este juego de qué se olvida y qué se recuerda no solo viene desde el Estado, quien como institución de poder decide ciertos elementos para preservar y conmemorar, mientras que otros son escondidos y dejados a un lado por la memoria oficial, por una cuestión de intereses políticos, sino que, también es una cuestión de los grupos sociales como una forma de representar un pasado común del grupo en base a sus experiencias individuales en la ciudad. Veamos el siguiente ejemplo:

Qué bello, que lindo como ha avanzado la Plaza Grande es un lindura pero le voy a decir, a la Plaza Grande que yo memorizo, tiene su cambio, pero en las fotos que usted ve era una belleza, éramos entre unos y otros, aquí llegábamos la gentecita medianamente culta... Lo más lindo de la vida que puedo recordar de mi bello Quito, ha cambiado tanto que ahora ya no se puede ni de día caminar tranquilo, peormente en la noche. Qué bello que era mi Quito, la paz, la tranquilidad (Juan 11-10-2015)

Podemos evidenciar una comparación que hacen los sujetos al hablar de la Plaza y sus cambios, pero a pesar de los procesos de transformación urbana anteriormente mencionados señalan que:

Cómo van a decir que Quito es la carita de Dios, Quito es la carita del diablo, pero a pesar de esto yo no cambio a nada por mi ciudad a pesar de que la ciudad ya no es la misma está llena de gente mala y borracha pero la plaza es la plaza, la plaza es el centro de la ciudad, el corazón de la Patria (Manuel 06-10-2015)

Entonces, a partir de esta constante comparación entre dos tiempos (antes-después) lleva a los adultos mayores a revalorar la Plaza Grande, despierta en ellos un sentido de pertenencia con el espacio y con cada uno de los elementos que la conforman, ya no es solo la Plaza Grande, sino cobra el sentido del punto más importante, no solo de Quito, sino del Ecuador, por lo que la memoria se convierte en “mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades [...] la referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y mayor confianza en uno/a mismo/a y en el grupo” (Jelin, 2002:10).

Es evidente que, a pesar del desplazamiento del centro histórico como la única centralidad, este lugar continúa en el imaginario social como el único centro de la ciudad a pesar de que geográficamente no lo es, debido a que los “individuos y las sociedades siempre dieron forma a las representaciones de su propio pasado en función de lo que estaba en juego en el presente” (Candau, 2006:122).

La migración desempeña un papel interesante, ya que es considerada como un mal que vino junto con la modernización que cambió las relaciones sociales, a pesar de que es un fenómeno social presente desde épocas anteriores. Los adultos mayores asocian a la gente de afuera como uno de los causantes de todos los males, situaciones que los lleva a establecer una diferenciación entre el quiteño y el chagra¹⁵:

Ahora, llega el perro el gato, todos los de afuera son basura vienen tanto de afuera colombianos, peruanos, negros apestosos, indios, ellos son causantes de todo lo que pasa, mire antes era una vivencia diferente a lo que hoy se tiene todavía se podía hablar de que casi todos se conocían pero con esto de que las ciudades crecen, llega otra gente parece que el quiteño ya no mismo hay, sino más bien es gente que de afuera se hacen quiteños y sus hijos, pero entiendo que

¹⁵ Chagra es una expresión utilizada de forma despectiva, que hace referencia a la gente proveniente de otras provincias sobre todo de la Sierra.

es un problema de país, era otra la vivencia a lo que hoy tenemos (Manuel 06-10-2015)

Podemos ver que, la memoria lleva a un proceso en el cual los sujetos a la vez que construyen su identidad, establecen la del “otro” mediante la asignación de ciertas características, que según Candau (2008), pueden ser reales o fruto de un estereotipo reforzado por la misma sociedad, por ejemplo, al hablar sobre los colombianos o las personas provenientes de la Costa ecuatoriana, los adultos mayores los consideran como ladrones, mal educados y “vivos”, así lo expresa Adolfo (15-10-2015) “*esos colombianos sabidos son, dicen que vienen a trabajar pero se dedican a cosas indebidas*”, mientras que las personas provenientes de otras provincias son vistos como “paisanos” “indios”: “*ahí viene ese runa, tantos años viviendo aquí en la capital y no se civiliza*”, esta es la expresión utilizada para referirse a otro adulto mayor que se acercaba al bloque 2. Son estas situaciones que dan paso al establecimiento de diferencias entre un “nosotros quiteños”, los que nacimos y crecimos con la ciudad, que sabemos la historia, conocemos a su gente, frente a los otros que han venido a vivir en Quito, de los otros “hechos los quiteños”¹⁶.

De esta forma, la memoria paraliza el tiempo y lo retrocede, hace que el sujeto se sitúe en ese pasado lejano donde el mal pocas veces es recordado, la imagen de un Plaza Grande sana, que si existían problemas se los enfrentaba con la gente del barrio que defendía y cuidaban su espacio, incluso hasta los ladrones ahora son vistos como “buenos ladrones” por lo que ahora son parte de los relatos populares.

Cabe señalar que, el acto de rememorar no únicamente se da en el contexto de preguntar al sujeto sobre cómo era la Plaza Grande, sino en la vivencia diaria, en la interacción con uno o más miembros del grupo. Sentarse en la plaza es mirar atrás, las conversaciones están marcadas por ¿te acuerdas? Tal fue el caso de tres adultos mayores sentados en el bloque 1, mientras conversaban sobre los viajes en avión y el conocer nuevos lugares, uno de ellos mencionó que “*lo que más se extraña de estar afuera es la comida*”, ante eso, su amigo dijo “*se acuerdan de las delicias que vendían antes en la Plaza del Teatro*”, todos coincidieron en un sí, continuaron en su diálogo conversando sobre los quimbolitos que vendía el Diablo ocioso en la calle García Moreno, de inmediato se pusieron a

¹⁶ En los siguientes puntos esta idea será desarrollada a más profundidad, tomando en cuenta los diferentes elementos que contribuyen a la formación de la identidad del “propio quiteño” y las diferentes relaciones y dinámicas que se establecen en torno a esta diferenciación.

recordar porque le decían así, hasta que el señor que estaba sentado en la mitad señaló que su apodo se debe a que siempre pasaba sentado con la canasta de quimbolitos en la parte de adelante y únicamente gritaba “*quimbolitos, quimbolitos*”, y cuando los niños le decía Diablo ocioso se enojaba mucho y les perseguía, mientras que otro grupo de niños aprovechaba para robar los quimbolitos.

La interacción entre los sujetos es primordial para el recuerdo. En cierta ocasión estaban un grupo de adultos mayores sentados en el bloque 1, mientras conversaban se acercó uno de los trabajadores municipales encargado del mantenimiento de las jardineras quien pidió que por favor se levanten para poder regar agua a las plantas, al escuchar esto uno de ellos dijo “como molestan éstos”, y de inmediato comenzaron a hablar sobre los capariches, mencionando “que ellos sí limpiaban”, a uno de ellos le pregunté quienes eran estos personajes, señaló que eran quienes limpiaban la plaza a horas de la madrugada por lo que en la mañana todo estaba limpio, no como ahora que lo hacen a cualquier hora incomodando a las personas.

Recuerdan las diferentes fiestas religiosas como el mes de María, fecha en la que se realizaba una serie de procesiones, en donde los balcones de las casas cercanas a la plaza estaban llenos de flores, de pequeños santuarios. Así mismo las fiestas de Quito, en las que se bailaba y era común que los militares den canelazos¹⁷ a las personas, las fiestas de navidad, de semana Santa que llenaba la calle Venezuela de procesiones religiosas, los diferentes desfiles y carros alegóricos. Dentro de la plaza también era común ver los cargadores indígenas con grandes bultos, a los vendedores de ropa, de cosas suntuarias o comida.

Una cuestión que está impregnada en la memoria de los adultos mayores que recurren a este lugar, es el tema político recordando constantemente los diferentes mandatos presidenciales, las crisis que atravesó el país, las manifestaciones y acontecimientos sociales, culturales y políticos que se han gestado ahí, como los discursos de Velasco, la locura de Bucaram, la caída de Lucio Gutiérrez, la dictadura de Febres Cordero. Todo el ambiente de la plaza les trae nostalgia, una mezcla de sentimientos, de olores, de sabores, de anécdotas interminables, de los sonidos de las retretas municipales¹⁸ que alegraban a

¹⁷ El canelazo es una bebida alcohólica caliente muy popular en varias ciudades de la Sierra ecuatoriana.

¹⁸ Se llamaban retretas municipales al grupo musical del Municipio, era la banda del pueblo que tocaban en las diferentes fiestas y los fines de semana en la Plaza Grande.

la plaza los fines de semana después de misa, el vivo recuerdo de la plaza como la plaza Mayor:

Sabían haber las retretas que se llamaban, entonces estas retretas eran como [...] por decir, la policía tenía su banda y salían y se ponían a tocar, a veces 4 de la tarde y la gente se quedaba, o a veces un sábado o un domingo se quedaban en ese sitio oyendo digamos las canciones que estaban en boga: unas cumbias, unos pasillos, ahora mire hay estos señores que vienen a tocar música algo similar era (Jorge 16-10-2015)

Por lo tanto, la memoria colectiva sería la suma de las memorias individuales, no hablamos de una memoria unificada, sino del compartimiento de elementos y acontecimientos similares ya sea en el espacio o en el tiempo, es decir, los sujetos recuerdan a partir del contacto con el otro y este proceso se ve facilitado por el compartimiento de códigos culturales afines. Tienen el recuerdo intacto de un paisaje de la Plaza Grande con los viejitos, personajes que siempre han estado ahí, cómo vestían, qué hacían ya que muchos de los que estaban ahí eran generalmente sus abuelos. Esto nos remite a considerar a la memoria genealógica a la cual hace referencia Candau (2008), un tipo de memoria que va más allá del plano familia, sino que despierta en el sujeto una pertenencia a una sucesión de generaciones de las que se siente herederos de una serie de prácticas por lo que deben continuar, en este caso, con la tradición de ir a la Plaza como señala Don Mario *“venir a la Plaza es ya una tradición, mi abuelo venía, el ya murió y ahora míreme yo estoy aquí”*

Mediante esta reproducción de prácticas, los recuerdos cobran vida, permiten al sujeto crear representaciones del pasado en el presente que los lleva a actuar de una cierta manera, es decir, recrear una plaza de encuentro con los amigos, con los vendedores y disfrutar de los sabores de las golosinas, son estas memorias que establecen una manera de estar en el espacio que llevan a la consolidación de lazos más estrechos con el espacio y la gente. Así, el acto de recordar lleva a tener una experiencia pasada que se activa y cobra importancia en el presente, para poder expresar y comunicar por más insignificante que sea, se pone en escena construyendo una experiencia subjetiva que construye un apercpección de mundo ya que, *“Por la memoria, el individuo capta y comprende continuamente el mundo, manifiesta sus intenciones con respecto a él, lo estructura y lo pone en orden [...] y le da un sentido”* (Candau, Op, cit, p. 59). Así, toda persona se apropia de un pasado, lo incorpora y lo vuelve parte de él.

Si antes las rejas marcaron un antes y después en cuanto a la forma de uso del espacio y las dinámicas que se desarrollaban (Vaca, 2000), en este caso, la extensión de la centralidad marcó una separación de una ciudad caracterizada por la tradición y por los lazos estrechos de convivencias, a una ciudad moderna donde la migración, la venta de drogas, la prostitución, robos, etc. han pintado un nuevo paisaje en la Plaza Grande y es esta situación la que va a marcar fronteras en el espacio.

Así, todos estos recuerdos de cómo era Quito, y la plaza Grande presentes en la memoria colectiva se contrastan con el presente que nos ubica en una ciudad llena de transformaciones más que arquitectónicas, sociales; pues antes era una vivencia diferente, ahora en este espacio se evidencian cosas nuevas: gente desconocida de diferentes ciudades y hasta países lo que ha puesto en decadencia la imagen de propio quiteño, de lo contrario, gente de afuera se hacen llamar como tales. Estamos hablando de una plaza que acoge a una heterogeneidad de personas lo que ha traído una serie de peligros como asaltos por lo que muchos de los adultos mayores se retiran temprano a sus casas para evitar este tipo de adversidades: ventas de “cosas prohibidas” como drogas y el consumo de alcohol que, visto desde los adultos mayores representan una amenaza para la imagen de este lugar y sobre todo a su integridad como personas. Por lo tanto, constantemente se escucha que la Plaza Grande ya no es la misma de antes, pero a pesar de esto, no ha perdido su esencia y valor, siendo aún ese punto de encuentro e interacción de los llamados viejitos.

Pero a más del recuerdo de las experiencias personales que son compartidas por una colectividad, están los objetos patrimoniales que nos llaman constantemente a la rememoración de un acontecimiento importante, por lo tanto, reconocido por la historia oficial del país. Uno de los objetos patrimoniales que nos vamos a referir es el monumento dedicado a los próceres de la Independencia ubicado en el centro de la Plaza Grande, el cual es un símbolo que se impone en el espacio y que convoca a un recuerdo colectivo, a una visión de una memoria común compartida por todos los ciudadanos, convirtiéndose en un referente de la historia:

Creo que representa la ecuatorianidad, por eso que aquí está el monumento, ese monumento es en honor a los héroes de la Independencia que siempre no hace acordar de lo que antes pasó y de qué ahora somos libres, uno se sienta así lo que es la Plaza Grande, aquí se escucha lo que antes peleaban en la guerra, no ve aquí hay muchos militares y policías ya jubilados y se escucha lo que ellos cuentan de eso, uno se oye (Adolfo 15-10-2015)

Pero, a más de esta función, el monumento es un símbolo con el cual los sujetos se identifican. Por ejemplo, al hablar con Adolfo (15-10-2015) acerca del lugar donde nació, con mucho orgullo me respondió “*Como se dice vulgarmente, yo nací bajo las bolas del león¹⁹*”, en otras palabras ¿Qué más quiteño que eso? Entonces, los lugares de memoria (Candau, 2006) se convierten en estructuras primordiales para el recuerdo y formación de identidades individuales y grupales.

A más de los monumentos, ¿Qué papel desempeña la conmemoración en la memoria colectiva? En la Plaza Grande se puede identificar una serie de celebraciones que utiliza como escenario a este lugar: el cambio de guardia que consiste en un acto solemne para recordar a los Héroes de la Patria, la celebración al cumplirse 33 años de ser declarado el CHQ como Patrimonio Cultural de la Humanidad, la Fiesta por el triunfo de la Democracia donde se concentraron partidarios del gobierno actual. Pero esta forma de llamar al recuerdo se establece como una memoria, que supuestamente, es compartida por todos ya que, “es seleccionada, evocada, invocada, y propuesta a la celebración en un proyecto integrador que apunta a forjar una unidad: unidad imaginada del acontecimiento conmemorado y unidad imaginaria del grupo conmemorante” (Candau, 2008: 146). Esto es evidente cuando uno de los adultos mayores, ex trabajador de la empresa de cines Mantilla, menciona que el cambio de guardia presidencial que se celebra el primer lunes de cada mes no es más que acto político, en el cual el presidente de la República busca “figuretear”, mientras este acto solemne se desarrollaba, Alfonso permanecía sentado en una de las sillas con su mirada hacia el Palacio Arzobispal sin mostrar un interés por lo que sucedía. Por el contrario, esta conmemoración para los militares retirados es una situación que despierta una serie de sentimientos, emociones y nostalgia, al escuchar el Himno Nacional se sacan el sombrero o gorra, otros colocan su mano en el pecho y cantan a viva voz y sueltan expresiones como “sargento de la marina, ¡Viva el Ecuador!”, por lo que se convierte en un momento que exige una seriedad y respeto.

Es necesario establecer que los objetos patrimoniales como el monumento y los diferentes actos de conmemoración pertenecen, en término de Baczkó (2005), a un tipo de memoria confiscada, es decir, el poder en control del pasado por parte del Estado, ya que pretende garantizar el control de las mentalidades y de la memoria colectiva a través de la censura de cualquier tipo de información sobre el pasado, la supresión de hechos históricos, así

¹⁹ El león formar parte del monumento central de la Plaza Grande.

como la “fabricación” de nuevos hechos y la actualización de representaciones del pasado en función de las políticas e ideología promovidas por el Estado de turno. Esta memoria confiscada se ve reforzada por una “*historia propaganda*” es decir, los reajustes del relato histórico a la coyuntura política, lo que ha llevado a una politización de la Plaza. Ante esto, Adolfo (15-10-2015) se expresó de la siguiente manera: “*la plaza es corazón de un proceso político en este momento, no representa la ecuatorianidad como debería ser, se está quitando la simbología de lo que es el monumento a la libertad, [...], ahora la plaza es la identidad de un partido político*”.

4.1.1 Los héroes de la Plaza Grande

Además de los elementos anteriormente señalados, el trabajo de la memoria y la construcción de identidad colectiva se ve reforzado por los personajes históricos, aquellos que marcaron la experiencia colectiva a través de sus hazañas. A esta relación de los sujetos con héroes del pasado, Candau lo denomina como *prosopopeya memorialista* que es la “*idealización, “personajes modelos” –en los que se disimulan los defectos y se magnifican las virtudes-, selecciones de los rasgos de carácter considerados dignos de imitación, “leyendas de vida” [...], capaces de fabricar dioses*” (2008: 141). En el contexto de la Plaza Grande se habla del Águila quiteña, el Carbonero y del tan conocido y famoso Chulla quiteño.

Luis (3-09-2015) al referirse a Quito como una ciudad peligrosa señala que:

Yo en mi casa tengo muchas más fotos bien bonitas y que traen una nostalgia al ver a mi Quito de antes donde hasta los ladrones eran diferentes, eran buenos, entre esos están el Águila quiteña que robaba joyerías y el Carbonero, ese si era un pícaro porque sacaba los monederos de las carteras sin que las señoras se den cuenta

Mientras que Saúl (4-09-2015) hizo referencia a estos dos personajes como “*ladrones finos*”.

El Águila quiteña es parte del relato popular, recordado y admirado por muchos. Ribadeniera (2007) lo define en como un típico ladrón de los años treinta por lo tanto incapaz de cometer un crimen o un fuerte acto de violencia. Su verdadero nombre era Luis Aníbal Paz quien se destacaba por sus robos y la habilidad para lograrlo. Sus robos iban desde sacar dinero de los bolsillos y robos más grandes a negocios, sobre todo joyerías.

Mientras que la imagen del chullo quiteño y sobre quién fue dicho personaje, es un poco controversial debido a que existen varias versiones. Con el pasar del tiempo se ha convertido en un símbolo de la quiteñidad, tal como lo dice una canción que lleva su nombre:

*Yo soy el chullita quiteño
la vida me paso encantado
para mí todo es un sueño,
bajo este, mi cielo amado.*

*Las lindas chiquillas quiteñas,
son dueñas de mi corazón,
no hay mujeres en el mundo
como las de mi canción*

*La Loma Grande y La Guaragua
son todos barrios tan queridos
de mi gran ciudad,
El Panecillo, La Plaza Grande
ponen el sello inconfundible de su
majestad*

*Chulla quiteño, tú eres el dueño
de este precioso
Patrimonio nacional.
Chulla quiteño
tú constituyes
también la joya
de este Quito Colonial*

Letra: Alfredo Carpio Flores.

Adolfo (15-10-2015) nos cuenta cómo era este personaje y su singularidad. El chulla quiteño era un joven romántico que se caracterizaba por su labia, piropos²⁰ como “*Tus ojos no son estrellas, ¿Qué más quieran ellas?, “Voy a pedir al Presidente Arosemena que decrete fiesta nacional el día que usted nació” “Maravillosura!, permítame palpar su brazo para ver si es cierto y no estoy soñando”*, por ser enamorado, romántico pero perteneciente a la clase media-baja. Jorge (20-10-2015) señala que se le denominó como chulla²¹ debido a que tenía una sola camisa, pero rota, es decir, pero no era como tal, sino que simulaba ser una ya que solo constaba del cuello y los puños, tenía un solo terno, zapatos desgastados pero limpios lo que le permitía aparentar la imagen de un galán. Un hombre sano, que disfrutaba de la vida, pícaro pero educado, quien trataba de conquistar a las mujeres:

Que más que decir mi enamorada fue la hija del presidente eso nomás, nada más, esa es la imagen del chulla quiteño que nos pasa a todos, todos queremos eso, es como que yo le digo: yo cuando me fui para tal parte si le dejé prendada a la hija del conde. Esa es la imagen del chulla quiteño y esa es la que nos queda a todos porque Quito no era una ciudad en la que vivía mucha gente de dinero, pero siempre ha estado marcada la ciudad por clases sociales, pero en ese caso la gente de la clase alta siempre ha sido poca y la otra en cambio ha sido más grande ((Manuel 06-10-2015)

Entonces, podemos ver que la imagen del chulla quiteño se relaciona con lo que los adultos mayores fueron en su juventud, es por esto que muchos se identifican con este personaje real que se volvió anecdótico y que guarda parte de su juventud pero que algún momento vuelve a salir. En la plaza Grande podemos ver que los adultos mayores tratan de actuar como tal personaje: bromas, risas, al ver pasar una señorita su mirada regresa hacia ella y para llamar su atención, algunos emplean un silbido, al ver a una mujer sentada se acercan para iniciar una conversa, les invitan un café, bromean con algunas vendedoras jóvenes, pero siempre con respeto, su vestimenta donde resalta la elegancia y la buena presentación.

Así, se convierten en héroes, que motiva a los individuos para que cumplan su papel social, según un cuadro de valores modelo, lo que servirá como contribución para mantener viva la imagen del *superego* de todo el grupo social (Orrín, 1973), es decir, es

²⁰ Los piropos mencionados fueron tomados de: Andrade, Carlos (1987). El auténtico chulla quiteño. En: Quito; tradiciones, testimonios y nostalgias. Edgar Freire Rubio (comp). Municipio de Quito: Quito. P. 198-203

²¹ Chulla es una palabra kichwa que significa impar.

el comportamiento de estos héroes los que son retomados por los individuos, imitados y exaltados. Así, los héroes influyen en la construcción de un carácter que le impulsa al individuo a elegir uno de los modelos que se le presentan y éstos se convierten en modelos constructivos y afianzadores del orden social, inculcando valores, enseñando habilidades y motivando actos, es decir, se convierten en un referente simbólico que fortalece la identidad de un grupo.

Entonces, podemos ver que la memoria se manifiesta en objetos materiales, en símbolos específicos, en las actuaciones de los sujetos y en las formas de ver el mundo que representan el pasado y lo van a poner en escena, un performance constante de hechos que quedaron marcados en la memoria colectiva y cobran importancia cuando son traídas al presente por los sujetos que le dan un sentido donde dejan de ser simples recuerdos, sino que se constituyen en elementos permanentes para la construcción de una identidad. Todo este proceso está marcado por la interacción social y la capacidad de comunicación que da paso a formar un grupo de creencias, saberes y representaciones que conllevan a establecer relaciones fuertes de sentimiento y pertenencia entre sus miembros donde una experiencia que fue vivida pasa a ser compartida.

4.2 Del espacio físico al imaginado: apropiación y delimitación

En este acápite vamos a ver como la fantasmagoría presente en la cotidianidad de los actores establece una forma de estar en el espacio. Ya mencionamos que el cambio de centralidad marcó un antes y un ahora, siendo la migración el principal problema. Ante esto, ellos tratan de recrear el Quito de antaño apropiándose de los diferentes espacios de la plaza, lo que les lleva a mantener una distancia con todos aquellos que son ajenos a la ciudad y así volver a la idea de que de la plaza es de los quiteños.

Es la estrecha relación entre los espacios y sus usuarios que dan paso a la capacidad de simbolizar, imaginar, representar donde lo geográfico y físico pasa a ser un escenario que permite que el espacio adquiera un sentido social, en verdaderos escenarios que dan paso a una serie de dinámicas sociales donde los adultos mayores viven, sienten e imaginan cada uno de los espacios de la Plaza Grande. Así, los imaginarios son formas subjetivas de ver la ciudad que otorgan un significado a la realidad, es decir, es cómo los sujetos representan e interpretan la ciudad a partir de un conjunto de símbolos que dan un significado a la experiencia cultural, transformando la ciudad que va más allá de lo material. De esta forma, la ciudad se va construyendo de acuerdo al significado que le

dan los individuos a través de apropiación de la realidad exterior, donde un espacio deja de ser ajeno y adquiere características especiales.

La fantasmagoría (Silva, 2006) es un símbolo indescifrable, presente en un espacio y que es compartido por una colectividad, un efecto imaginario sobre el acontecer cotidiano que marca un comportamiento. Es así como la ciudad pasa a presentarse como ente humano con un determinado sexo, partes y sentidos (se huele, se mira, se oye). De esta forma, se puede entender a la ciudad como la poseedora de una serie de espacios que encierran características físicas, abstractas e imaginarias. En definitiva, estamos hablando de una *antropologización* de los espacios por parte de los actores sociales. Se imaginan una ciudad calificada por adjetivos y que les permite tener un afecto: una ciudad agotada, vieja, diferente, una ciudad que tiene partes, siendo la Plaza Grande el centro de la ciudad, a partir de la cual se organiza todo Quito, como señala Luis (3-09-2015): “*La Plaza es el centro de Quito, siempre lo será porque aquí está el palacio de Gobierno donde pasa el Presidente, aquí todos vienen a pasear, es que es bonita la Plaza a pesar de todo lo que se ve aquí*”. Esto nos remite a pensar en la ritualidad –ejecutada por los ciudadanos– dentro de los centros de las ciudades, dicha ritualidad va a dar cuenta de un intervenir y habitar colectivo de estos espacios que han comenzado a sufrir un abandono físico. Son estos rituales lo que permitirá el ingreso a la *fantasmagoría* ciudadana, como consecuencia de la realización de cierta actividad, es decir, de hechos del pasado que continúan en el presente.

Así, las ideas fruto de la imaginación se plasman en objetos específicos, por ejemplo, al recorrer por lugares aledaños a la Plaza Grande, nos encontramos con la calle del suspiro, al preguntar por qué tenía ese nombre, la respuesta de un adulto mayor fue “*esa calle es una subida y cuando uno sube todo al llegar sale un suspiro por eso se llama así*”. De esta forma, la ciudad se va construyendo subjetivamente a través de las percepciones de los sujetos como un fruto de la psiquis, así la realidad se va formando como un producto del lenguaje y de la imaginación (Silva, 2006), asegurando al grupo un esquema de interpretación y experiencias que dan cuenta de una fusión de recuerdos y representaciones del pasado.

Estos recuerdos los lleva a recrear la ciudad del pasado, a formar una comunidad, una plaza de los quiteños como un símbolo de unidad y de encuentro, es por esto que los adultos mayores se toman de cada uno de los espacios de la plaza, forman grupos, lo que

les asegura continuar con la tradición de ir a la plaza. Se apropian como una forma de resistencia a los cambios, al paso del tiempo que va disolviendo toda forma de comunidad en la ciudad. La presencia constante de los adultos mayores le da esa particularidad a este espacio, permite que la plaza sea lo que es, como lo menciona Adolfo (15-10-2015) *“el día que dejemos de venir, la Plaza no será la misma, pero puede haber otras Plazas pero nada como La Plaza Grande”*. Esta relación del sujeto con el espacio da como resultado a un sujeto patrimonial (Carrión, 2003) quien está en la capacidad de reconocer, apropiarse y proteger un espacio. Esta apropiación se da a partir de cómo los sujetos conciben a cada rincón de la plaza: *“a mí no me gusta ir allá donde tocan esa fea música, esto ya parece el mercado de Latacunga solo bulla peor que viejas gritonas”* (Manuel 06-10-2015).

Es de esta forma como los sujetos desarrollan un sentido de espacialidad que es compartida por los demás miembros de un grupo, dando paso a una configuración de un sentido urbano (Córdova, 2005). Así, la Plaza pasa a ser un lugar propio y delimitado en base a las representaciones que producen el pasado, por lo que, al escogerse un lugar dentro de este espacio, pasa a tener un significado particular para quien lo usa. Estos límites imaginarios son producidos por quienes se apropian de un determinado lugar que separa del resto, pero estructura una territorialidad, la cual indica una forma de posición, la utilización de un espacio y sobre todo la necesidad de tenerlo es lo que permite su identificación con el espacio y donde éste se comparte colectivamente.

Hay una definición del espacio en donde los sujetos van a materializar sus deseos de protección, aislamiento, identificación y su afirmación con dicho lugar, se crean espacios personales que son compartidos por más miembros del grupo al que pertenecen identificando así sus territorios definidos con límites físicos o simbólicos. En este caso, los límites físicos están marcados por las jardineras que permiten la separación de cada uno de los bloques, así tenemos cuatro bloques cada uno diferenciando, pues cada uno de ellos se caracteriza por las diferentes actividades que ahí se realizan:

Mire señorita, aquí es como los paralelos en la universidad, usted se ha de llevar y reunir con los de su clase no más, con los otros no tanto, así igual es aquí, a ellos les gusta conversar, a nosotros estas aquí escuchando la música, otros prefieren estar sentados ahí, creo que leen la biblia ahí siempre, y allá solo toman (señalando al bloque 3) (Manuel 06-10-2015)

Entonces, los sujetos clasifican a los espacios, definen al bloque 1 el lugar donde las personas se reúnen a conversar y la venta/cambio de algunos artículos, el bloque 2 es el lugar de la música, el bloque 3 y 4 son lugares en donde se reúnen a beber porque lo que es poco frecuentado por los adultos mayores, y una parte del centro de la Plaza Grande conocido por el lugar en el cual se reúnen a escuchar la palabra de Dios y la lectura de pasajes bíblicos.

Estas fronteras físicas permiten ver una generalización que hacen las personas de cada uno de los rincones, y su presencia se ve limitada por la caracterización que hacen de cada uno de ellos. Así, el estar en un lugar, apropiarse, y el ser parte de uno de los bloques u ocupar una de las sillas en el centro de la Plaza Grande también está marcado por una cuestión de preferencias de los sujetos:

A mí no me gusta sentarme en la parte de acá, porque dicen que en esa partecita toman, y yo no tomo, ni cuando fui joven peor ahora a esta edad, acá es mejor porque en este sitiecito ves hacer negocios, te venden relojes, te venden cosas de plata, cosas de oro y me gusta sentarme aquí porque me gusta ver los negocios que hacen (Pepe 18-09-2015)

Los límites físicos permiten la separación de cada uno de los bloques, en este caso, las jardineras, la distribución de las sillas, y el monumento ubicado en el centro de la Plaza. Son estos límites los cuales van a marcar fronteras permanentes, pero de los cuales las personas fácilmente pueden evadirlos, cruzarlos, es decir, cambiarse de lugar pero el problema radica al momento de enfrentar a los límites simbólicos que crean los sujetos para delimitar un micro espacio de un macro espacio. Estos límites simbólicos son empleados por los sujetos para separar unos grupos de otros, generando así una dinámica de inclusión-exclusión.

Los límites simbólicos se expresan de diferentes formas, una de ellas es cómo se distribuyen y se agrupan, es decir, cómo se disponen dentro de un espacio para el proceso de interacción social. Para una mayor comprensión veamos el siguiente ejemplo. En el bloque 1, uno de los más concurridos, un grupo de adultos mayores se reúnen ahí formando un círculo que abarca a dos personas sentadas en una de las sillas y tres paradas frente a ellos lo que impide que “otros” desconocidos se inserten y sean parte de él, en otros casos, en vez de formar tal círculo, el proceso se da en forma horizontal, es decir, tres personas sentadas en una silla que mantienen alguna conversación, en donde dos de ellos disponen su cuerpo de tal forma que su mirada se dirige hacia la persona que está

en el medio. Una persona reconocida por los demás miembros es fácilmente aceptada por lo que se abre un espacio para que se integre, es decir, un tipo de relaciones ancladas donde “cada extremo identifica al otro personalmente, sabe que el otro hace lo mismo [...] un conocimiento mutuo que retiene, organiza, y aplica experiencia que los extremos tienen el uno del otro” (Goffman, 1979: 195). De lo contrario, los individuos que no están anclados a ningún grupo suelen sentarse solos, manteniendo distancia de los grupos, requeriría ser parte del rito de paso para llegar a formar parte de esta socialización.

De esta manera podemos evidenciar cómo se van construyendo redes de relaciones sociales, que van desde unidades pequeñas hasta extenderse progresivamente mediante la continuación de los ritos, dichas redes se van construyendo dentro de un marco de identificación, mediante el cual, el individuo puede pertenecer o verse que pertenece a un grupo ya sea por el sexo, la edad, el estatus social, la ideología etc. Es el trato mutuo y la interacción social un medio para que se establezcan vínculos entre dos o más personas, convirtiéndose en conductas del ser humano que, con el pasar del tiempo, llegan a constituirse en rituales (Goffman, 1979).

Esta modalidad de interacciones ancladas frente a un tipo de relaciones anónimas van a dar como resultado los procesos anteriormente mencionados de inclusión/ exclusión:

Hay viejitos con lo que no me gusta estar, por eso yo huyo y mantengo una distancia, si yo a veces mismo me avergüenzo de lo que soy o es un amigo, es que hay viejito que no están en la condición de poder conversar y sentarse a conversar con ellos no hay como, siempre hay la distancia, ya le digo, yo se huir a pesar de en el mismo lugar, el uno ya sale con una cosa, el otro sale con otra cosa y somos cuatro o cinco que pensamos muy diferente muy distinto. Entonces entre amigos nos cogemos, nos abrimos y nos vamos (Manuel, 06-10-2015).

Si el ubicarse en algún rincón de la Plaza obedecía al gusto por las actividades que en cada una de ella se desarrolla, el formar grupos dentro de cada uno de estos rincones se da por una cuestión de afinidad, por el reconocimiento de valores que facilitan el proceso de inclusión y por una amistad forjada en el trabajo, en el barrio o en el colegio: “mientras que él con sus amigos se reúnen porque eran militares y compañeros, y otros en cambio porque eran vecinos del barrio” (Luis, 03-09-2015). Entonces, estas limitaciones lo que establecen es la diferenciación entre un “nosotros” frente a los “otros”. ¿Pero, en base a qué se da esta diferenciación que genera dinámicas de inclusión exclusión? Hay que entender que toda organización social requiere algún tipo de diferenciación. El género juega un papel fundamental al momento de establecer límites

simbólicos, ya que la Plaza se ha caracterizado por una presencia masculina, en los últimos años las adultas mayores han comenzado a frecuentar este espacio, por lo que insertarse en esta dinámica ha resultado difícil lo que los ha llevado a formar su propio grupo diferenciado. Al ser pocas las mujeres que visitan este espacio buscan la manera de reunirse en un solo lugar, en este caso en el bloque 2 donde de alguna forma han logrado tener una aceptación por parte del público masculino y de los mismos músicos, ya que algunas ayudan a recoger el dinero en el sombrero después de cada presentación, por su alegría que expresan a través del baile. Sin embargo, en el bloque 1 su presencia es nula debido a que es un bloque con una alta presencia de hombres por lo que su entrada resulta un poco dificultosa ya que son tachadas como “viejas locas” que no hacen más que bulla. Pero este proceso de exclusión no solo viene de parte de los adultos mayores, sino que ellas también lo fortalecen al mantener cierta distancia. Así, cuando le pregunté a Rosa (19-09-2015) si suele sentarse en esa parte -señalando al bloque uno, riéndose me respondió que no, que ahí solo pasan los viejos sentados boquiabiertos o sino durmiendo, por lo que mejor prefiere estar con sus amigas y escuchar a los músicos. De lo contrario al referirse al bloque 2 señala que:

Yo me reúno aquí con mis amigas, nos reunimos casi siempre aquí (refiriéndose al centro de la Plaza) mientras esperamos a los músicos después nos vamos allá donde ellos se reúnen a tocar, es bonito escucharles, ahí vamos bastantes mujeres y ya es más bonito estar ahí, claro que hay más hombres pero ellos mismo nos aplauden para que bailemos

La educación es importante pues determina el grado de conocimiento y capacidad para mantener una conversación interesante, variada y coherente, el uso de un buen vocabulario, es decir, el no ser vulgar y utilizar malas expresiones, como señala Juan (11-10-2015) “*Nos distinguimos de diferentes maneras unos por ser cultos, otros porque conservamos nuestra tradición de no quedar mal, ser educados y respetuosos [...] hay algunos que ni hablar pueden yo mejor me hago no más a un lado*”, cabe recalcar que este elemento no únicamente se limita al grado académico, sino a los valores que posee esa persona.

El estatus económico permite un reconocimiento social por parte de los miembros del grupo siempre y cuando éste sea generoso con los demás, de lo contrario es señalado como “muco”²², por eso demostrar generosidad es la mejor estrategia para ser reconocido

²² Expresión utilizada en el habla popular que hace referencia a una persona tacaña-

por los demás. Así lo manifiesta Segundo (10-11-2015) *“Los vendedores primerito me vienen a ofrecer a mí porque saben que tengo plata, porque los otros ni salud completa tienen peor plata, ellos como me ayudan yo les ofrezco un helado o lo que ellos quieran”*

La vestimenta es fundamental, se convierte en un símbolo material de diferenciación. Muchos señalan que el “buen vestir” y usar traje responde a una cuestión de tradición ya que “religiosamente los domingos necesariamente el terno, aunque no vayan a salir de usaba el terno” (Manuel, 06-10-2015), o un reemplazo de su antiguo uniforme de trabajo, pero mucho más que eso, lo que buscan demostrar es una cuestión de elegancia, pulcritud y un estatus que se ve reflejado en el uso de insignias que da cuenta del rol y posición que tenía en el pasado. Al hablar la forma de vestir, Manuel (6-10-2015) señala que: *“yo siento un poco de desagrado pasar por ahí por todo lo que era, porque ahora son pocos los bien vestidos, muchos son mal vestidos, no se les puede identificar quienes son, entonces hay un irrespeto a la tradición que se debería conservar”*.

Otro elemento que es importante es el lugar de procedencia. Es difícil establecer qué es ser un verdadero quiteño. Los adultos mayores que se reúnen en la Plaza Grande diferencian dos formas de llegar a ser un quiteño. Partamos de un interesante enunciado

“Los quiteños nacen en Quito. No hacen otra cosa: nacen, y ya son quiteños. No les cuesta ningún trabajo. Los que nacen fuera de Quito son chagras. Se dividen en innumerables variedades: monos, mashcas, morlacos, pupos... Y el convertirse en Quiteños les cuesta mucho: cuesta mil y un artificios y sin embargo, en un instante, en un solo instante, pueden volverse cero y aparecer el chagra bajo el cuero de oveja (Carrión, 1991: 264).

“El método es mucho más largo: esto es sólo el comienzo. Yo estoy al final: he ganado mi quiteñidad por prescripción mayor extraordinaria –he vivido en Quito tres veces más que en mi ciudad natal- y tengo un título de ciudadanía firmado por el Ñato Recalde” (Carrión, Op.ci, p.267).

En primer lugar tenemos a aquellos que se denominan quiteños por haber nacido en esta ciudad, lo que vulgarmente se dice “quiteño de cepa”, es decir que se reconocen a sí mismos a partir del lugar donde nacieron, el decir “soy quiteño de nacimiento” implica el hecho de ser parte de una ciudad, la capital del Ecuador que otorga cierto reconocimiento social tomando en cuenta otros elementos como el apellido y la posición económica: “yo nací en la Tola, en el centro de la capital no de cualquier pueblo” (Juan, 20-08-2015) . A partir de esta forma de “ser quiteño” se va a diferenciar de la población que viene de otros lugares, y van a ser denominados como “chagras” como mencionó uno

de los adultos mayores al referirse a los músicos: “los artistas somos los quiteños, ahora cualquier chagra viene y es quiteño”.

En segundo lugar están aquellos que se autodenominan como quiteños a partir de su experiencia en la ciudad, de una aculturación mediante la cual hacen parte de ellos una nueva forma de hablar, de vestir, una apropiación de símbolos ajenos que les permite reconocerse como un quiteño más, pese a haber nacido en un lugar fuera de Quito: “*soy bien quiteño, nací en Tungurahua, pero solo soy nacido ahí, no tengo nada ahí, que más quiteño que ser de la Loma Grande*” (Luis, 3-09-2015), es decir, ser quiteño por opción.

Pero también están los sujetos quienes a pesar de vivir mucho tiempo en la capital no han logrado “alcanzar” su quiteñidad, por lo que son denominados bajo ciertas nociones de “paisano” o “chagra” con lo cual se establece una diferenciación en el momento de interacción y relación con los otros sujetos, tal como lo señala el siguiente ejemplo cuando Juan (11-10-2015) escuchó hablar a dos adultos mayores en el bloque 3: “*pero escuche, tanto tiempo viviendo en Quito y ni hablar bien pueden, esos que van a ser quiteños, paisanos son*”.

Todos estos elementos (educación, estética, procedencia, género) al combinarse dan cuenta de una posición social dentro del grupo, un cuestión de prestigio social que hace referencia a un “concepto abstracto utilizado para agrupar las variadas formas de diferencia que la gente muestra a aquellos quienes respeta socialmente y los dispositivos que usan para degradar a los que consideran inferiores” (Banton, 1971: 53). Es de esta forma como las personas tienden a segregarse mediante el reconocimiento del otro, cuando no comparten ciertos modos de vida, mientras que se ven en la necesidad de incluirse con los suyos, con sus semejantes que comparten algo en común lo que les permite ser parte de un mismo espacio de acuerdo a sus intereses, hábitos, y tomando en cuenta ciertos símbolos materiales que forman parte del proceso de establecimiento de apropiación y limitación de un lugar como señala Juan (11-10-2015) al referirse al lugar donde todos los días se encuentra con sus amigos: “*los chullas somos gente selecta, especial por el apellido y bien vestidos no como la chusma, somos gente que nos gusta vestirnos bien, gente educada y bien puestos*”.

Este proceso de limitación y apropiación que generan dinámicas de inclusión y exclusión dan como resultado espacios diferenciados, es decir, tanto los límites simbólicos como

físicos van a permitir diferenciar a través de representaciones que los sujetos se hacen de cada lugar “donde yo me siento es lo mejor” “allá es peligroso” “aquí es alegre por la música”:

Allá no me gusta ir, hay gente de todo tipo, algunos si son mis conocidos pero no todos, más hay gente desconocida que hace nada bien, aquí nadie nos molesta, mire allá (señalando la parte de la sillas que quedan frente a la Catedral en forma de una media luna) están algunos indiecitos y unas dos señoras que están medio locas y pasaban hablando solitas, y allá (señalando al bloque 4) ahí van solo a tomar y hablar malas palabras y es gente que de donde también será, aunque ahora en todo lugar mismo toman (Manuel 06-10-2015)

Pero es la experiencia grupal lo que les lleva a crear una imagen de la Plaza Grande como lo mejor e irremplazable “pueden haber otras plazas pero nada como la plaza Grande, aquí yo me siento bien, me encuentro con amigos y ya que se habla de una cosa, de lo que sea” Mario (29-11-2015), es decir, hay una valoración de lo grupal sobre lo público, lo micro (Plaza Grande) sobre lo macro (ciudad) (Silva, 2001). Debemos entender que las diferentes formas de utilizar el espacio no son estáticas sino que son cambiantes por ejemplo, durante el transcurso de la investigación se inició con la reparación de las piletas de cada uno de los bloques lo que significó ciertas adecuaciones que modificaron – aunque por un límite de tiempo- las forma de uso del espacio, los usuarios tuvieron que buscar estrategias para poder reunirse a pesar de la incomodidad que dichas reparaciones causaban: polvo, ruido y la presencia de trabajadores en cada uno de los bloques.

A partir de esto, podemos entender que el bloque 1 se caracteriza por una alta presencia de adultos mayores jubilados que se reúnen para conversar y pasar el tiempo entre amigos, comiendo alguna golosina. Sentarse en este espacio de la plaza, es una invitación al recuerdo y añoranza de un pasado que se ha ido diluyendo con el pasar de los años, pero que sigue latente en la memoria colectiva por ciertos referentes simbólicos y geográficos. Así, cada uno de ellos tiene su lugar preferencial para sentarse lo que evita que recurran a buscar otros lugares en la plaza, pues consideran que estos son peligrosos, con gente desconocida como monos, cubanos, colombianos, paisanos y “viciosos” de todo tipo. Mientras que en el bloque 2, es el punto donde se reúnen aquellos que les gusta escuchar música nacional, la cual despierta en ellos ciertos sentimientos. Prefieren este lugar porque es un ambiente diferente de alegría, pues para ellos el bloque 1 es el lugar donde pasan los viejos sentados, boquiabiertos o durmiendo, y el bloque 3-4 son considerados como algo negativo dentro de la plaza, por lo que pocos adultos mayores acuden a

sentarse. Es necesario señalar que todas estas dinámicas no son totalmente estáticas, sino que, están condicionadas por la heterogeneidad de personas que acoge la plaza Grande, por lo que se puede ver una mezcla, pero lo que predomina es esta forma de agruparse y apropiarse por un grupo mayoritario: los y las adultas mayores.

Es de esta forma como un espacio llega a constituirse en social a partir de los significados que otorgan los sujetos, donde la identidad se forma a partir de una lógica de representaciones socialmente compartidas, dicha identidad espacial se ve reforzado por un universo simbólico que otorga sentido de pertenencia al grupo. Son los referentes simbólicos los que permiten establecer espacios diferenciales donde se reúnen grupos sociales que, al instaurarse, forman un espacio social más o menos homogéneo, y son estos espacios sociales quienes permiten el arraigo, apropiación y permanencia de los sujetos. Estos espacios sociales al permitir un flujo de las identidades de los miembros del grupo se convierten en el referente a partir del cual se construyen elementos de pertenencia, donde se establece una visión del mundo compartida que es resultado de acontecimientos del pasado y de relaciones formadas en el presente (Córdova, 2005).

4.3 La Plaza Grande como espacio de interacción social

El uso y apropiación de la Plaza Grande está condicionado por la frecuencia y el disfrute de este espacio que tiene como fin el ocio, visto como una forma de ocupar el tiempo libre de los adultos mayores. La Plaza ofrece una serie de opciones para las personas, tomando en cuenta el género, rol y la edad, lo que posibilita el desarrollo de diferentes tipos de actividades e interacciones sociales debido a que el “espacio público [...] es el lugar de las relaciones, el que potencia y permite la participación, el encuentro, los intercambios y experiencias, las interacciones sociales, la construcción de ciudadanía, el disfrute, las expresiones recreativas de ocio” (Remedi en Cardona, 2008). Así, al entender a la plaza como espacio social, en este acápite nos centraremos en describir las diferentes actividades que realizan los adultos mayores, sus relaciones con otros ocupantes de la plaza, las diferentes interacciones sociales que establecen durante su permanencia en este espacio.

Una Plaza Grande que mezcla actores y vivencias, donde cada espacio tiene su particularidad y en el cual se desenvuelven una serie de actividades que pueden ir desde

el leer el periódico hasta la música y el baile, donde los individuos comparten emociones, tanto alegrías como tristezas, sin dejar de lado los conflictos que implica el compartir un mismo sitio. Además, revisaremos los estereotipos que se les han atribuido a este grupo social, que por su edad se han vistos desplazados, discriminados e ignorados al ser considerados como entes que poco o nada aportan a la sociedad.

4.3.1 Descanso, conversaciones y música

Cardona (2008) realiza una clasificación de las actividades relacionadas con el ocio, distinguiendo tres tipos. Primero, tenemos a aquellas actividades que buscan un bienestar individual como la satisfacción de las necesidades básicas, observar a otros, caminar, es decir, no requieren de otros sujetos para su realización, sino depende del propio individuo, sus intenciones no necesariamente deben ser de tipo recreativo, sino más bien le llevan a la búsqueda de un descanso placentero. Así, según Elias & Dunning el descanso es “sentarse, y fumar o tejer, soñar despierto, vagar por la casa [...] y, sobre todo, dormir” (1992:89). Podríamos decir que esto es una de las actividades más comunes entre los adultos y adultas mayores, independientemente del lugar en el que estén sentados, por ejemplo, en una de las sillas que rodean al monumento, los adultos mayores se sientan, cruzan sus piernas y brazos mientras ven la vida pasar, algunos sacan un cigarrillo mientras esperan a alguien, otros se sientan a descansar solos mientras esperan a algún amigo o conocido para poder conversar, en el caso de las mujeres, es muy raro verlas solas, y cuando lo están es por un corto tiempo mientras llegan las demás. Debemos señalar que son muchos los adultos mayores que permanecen solos, los cuales buscan lugares estratégicos para sentarse, pues el estar solos implica que pasen por desapercibido por aquellos que están agrupados. Por lo tanto, al no tener con quien interactuar, sus actividades se ven limitadas al descanso, al silencio, a la observación, al caminar por toda la plaza ya que su lugar no es fijo, todo esto los puede llevar a una cuestión de rutina que no logra despertar mayores emociones, desembocando en el aburrimiento.

Si un adulto mayor se aburre es porque ha caído dentro de una rutina con situaciones poco dinámicas, por lo que “este tipo de individuo encontraría una mayor satisfacción en un ambiente en que acontezca una mayor cantidad de interacciones sociales, que lo hagan sentir necesitado por otros, buscado y deseado” (Hidalgo, 2001: 106), es decir, ser partícipe de actividades que tienen como principio el intercambio colectivo (Cardona: 2008) que implica necesariamente el encuentro con otros que lleva a establecer una

cadena de relaciones sociales entre los sujetos, una cuestión de sociabilidad. Entre estas actividades podemos señalar las conversaciones donde se aborda una serie de temas como señala Segundo (10-11-2015): “*conversamos de todo aquí, de política, de fútbol, de las noticias y hasta de las chicas*”. Estas conversaciones y los temas a los que se llegue están condicionadas por el “grado” de amistad entre los sujetos, es decir, una amistad íntima la cual “conlleva obligaciones y responsabilidades que duran toda la vida, y suele establecerse a partir de rituales más o menos elaborados. El vínculo que une a los amigos es sacramental, y entre ellos son frecuentes manifestaciones de ayuda, confianza y deferencia mutua” (Cucó Giner, 1995: 34), en este tipo de amistad, las conversaciones entre los adultos mayores tocan temas “delicados” y que requieren la confiabilidad de la persona que recepta el mensaje como indicó Segundo (10-11-2015):

Hay que tener cuidado de las señoras que andan en la Plaza porque un día a mi amigo le robó una de esas señoras, él venía sacando una plata del banco para las compras y aquí se hizo amigo de una señora y después de hablar se fueron, al siguiente día me encuentro con él y me contó que cuando llegaron al hotel, al momento de irse ella se había robado los doscientos dólares y por suerte él ha tenido ahorrada una plata y eso le dio a su señora, ella nunca se enteró que mismo pasó

Una cuestión de confianza que está detrás de que se dice y que no. Pero, dentro de este tipo de actividades que requieren la participación de uno o más sujetos, podemos identificar a aquellas que Elías & Dunning (1992) las denominan como miméticas, es decir, aquellas que son recreativas que requieren de un actor y un espectador, como por ejemplo ir al teatro o a un concierto, o la presencia de un cuadro musical en la Plaza Grande.

La música toma lugar donde está el público, en la plaza a cielo abierto, es la música quien se dirige a los espectadores que tiene como fin comunicar un mensaje que despierta sentimientos en los individuos de acuerdo con el ritmo o a la canción que entonen los tres músicos. Estos son actividades que marcan la topografía del paisaje sonoro de una ciudad (García, 2005). Así, la Plaza Grande se convierte en el escenario idóneo para este tipo de presentaciones que acoge a una heterogeneidad de individuos, pero en gran medida a los adultos y adultas mayores. García señala que “Las calles de una ciudad histórica con su trazado irregular ofrecen unas magníficas posibilidades para escenificar el desarrollo de la fiesta barroca. Se busca la sorpresa, lo inesperado, la variedad” (Op. cit, p.309). La música que conlleva a una fiesta, donde las personas buscan alcanzar sentimientos,

despertando en ellos alegrías o tristezas, ya que *“la música llama a recordar, porque nos da nostalgia, es como un anzuelo al pez”* (Manuel 20-08-2015).

Debido a que, por la actuación de los músicos se pide una colaboración voluntaria, en este caso, podemos ver que para los músicos deja de ser una actividad recreativa y se convierte en una forma de trabajo pero que proporcionan un placer al realizarla como señala Horacio (2-09-2015) *“yo vengo acá porque acá viene gente humilde, yo no toco por la plata, eso no me importa a mí, con tal que consiga para mi pasaje suficiente”*. Los músicos señalan que aunque ellos piden una colaboración, no lo hacen con el afán de lucrar con este arte, por el contrario, lo hacen por pasión y por distraer a los viejitos, alegrarles y que por un momento se olviden de sus penas. Sin embargo, este tipo de actividad exige una cuestión de retribuir el trabajo del músico, y es mediante la colaboración monetaria que se cumple lo que podríamos llamar un “dar y recibir” por lo que un grupo de señoras las cuales se turnaban cada cierto tiempo, tomaban el sombrero e iban pidiendo a cada una de las personas un aporte para que los músicos continúen con su trabajo, señalando que los músicos no viven del aire, sino que hay que recompensarlos por la alegría que ponen al lugar. Después de recoger el dinero, ponen el sombrero en el suelo donde siempre está y vuelven a sentarse en su lugar. A pesar de su ayuda ellas no reciben ninguna parte de todo lo recaudado.

En cuanto a la música, predomina la nacional: pasillos, bombas, música rocolera, yaravies. Canciones como “El aguacate” y “Fatalidad” de Julio Jaramillo, “17 años” y “La botella” de Segundo Rosero, “Puñales” del Dúo Benítez y Valencia, son una muestra de la variedad de géneros musicales. Muchas de las canciones son escogidas por el cantante, esto causa molestia a muchos de los asistentes pues siempre se repiten los mismos temas, por lo que varias veces ellos piden algo en específico, pero estas peticiones muy pocas veces son tomadas en cuenta por parte de los músicos. A pesar de esto, estas canciones desencadenan una serie de sentimientos entre los adultos mayores, algunos sonrían, agachan la cabeza, cantan y su voz se escucha quebradiza y suave, otros prefieren escuchar mientras su mirada está perdida, aplauden y piden “otra más”, hay quienes al escuchar la letra comienzan a recordar su vida, a sus amores y desamores, sus andanzas de jóvenes, sus conquistas, a sus padres, recuerdan a su ciudad, de donde vienen, les trae recuerdos de Quito cuando se entona la canción *!Ésta mi tierra linda el Ecuador tiene de todo: ríos, montes y valles, sí señor, y minas de oro!*

Y por la alegría que emana este cuadro musical también están las que bailan. Nos referimos a un grupo de señoras que se reúnen en el centro de la plaza hasta encontrarse todas, y después se dirigen al bloque 2 en donde se acomodan en algún espacio, pero dentro del círculo. Ellas saludan con las demás señoras que ahí también se reúnen y procuran sentarse juntas. Mientras escuchan la música, conversan, se ríen y aplauden emocionadas pidiendo algo para bailar a Don José, generalmente piden ritmos como la bomba o chicheras²³.

Al sonar la canción “*sea verde, sea rojo, sea amarillo, cualquier color puede ser, menos el gris*” una bomba del artista ecuatoriano Widinson y entre ellas comienzan a codearse y por pedido del público salen a bailar cerca de los músicos. Bailan entre ellas, se toman las manos y moviéndose de izquierda a derecha, al ritmo de la música, se ríen y entre ellas se sacan a bailar, es muy común que al no tener una pareja de baile que formen un grupo de tres o más personas, quienes tomadas de la mano organizan un pequeño círculo para poder moverse, se dan la vuelta, zapatean y aplauden y así la alegría se refleja en sus rostros, en sus suaves pero marcados movimientos. Mientras que en muy pocos casos algún señor les saca a bailar pues a algunos les molesta, pero otros les aplauden, silban, y cantan junto con los músicos, los cuales tocan sin parar. Es por esto que, las señoras prefieren ir a la Plaza Grande, pues en primer lugar hay donde sentarse a diferencia de otras plaza como la de San Francisco y, sobre todo por la música, ya que les gusta divertirse bailando y cantando, reunirse entre ellas para conversar y sentirse acompañadas, pues estar en la casa solas y sin hacer nada no es lo mejor, haciendo del bloque 2 su espacio favorito de la plaza por el ambiente de alegría que ahí se vive todos los días.

Sin embargo, esto causa molestia a algunos, pues consideran que la música, el baile de las mujeres, y la bulla del público dan una imagen de mercado a la plaza por las mujeres chismosas, por lo que prefieren retirarse y sentarse en otro espacio donde esto no suceda.

Podemos ver que la música es un medio de comunicación que lleva a las personas a sentir una serie de emociones. Así los participantes de esta actividad llegan a un estado de desrutinización, es decir, ir más allá de la tensión corporal, y alcanzar un estado de movilidad, en este caso, el baile, los aplausos y el canto. Sin embargo, el demostrar las emociones

²³ La música chichera hace referencia a la música popular.

que desatan estas actividades bien puede ser reprimidas o, de lo contrario, al ser expuestas pueden ser “mal vistas” por los demás sujetos. Esta demostración de las emociones en público está normada, es decir, que se debe expresar un moderado nivel de emoción, ya que “Ver, en cambio, a hombres y mujeres adultos llorar agitadamente y abandonarse a su amarga tristeza en público, o temblar de miedo, o golpearse salvajemente unos a otros a causa de una violenta emoción, ha dejado de verse como algo normal” (Elias & Dunning, Op. cit, p. 85).

Así, dentro de nuestra sociedad no es normal ver a una persona mayor demostrar sus emociones de una forma escandalosa o que exija movimientos fuertes, sino que deben tensar sus emociones para ser vistos como “normales”, esto responde a que se asimila niño/vigor – adulto/decadencia que implica un control permanente de los sentimientos que y en la parte actuante, una imposición que se vuelve algo normal entre ellos, a tal punto que se convierte en una represión automática, una cuestión de autocontrol individual que responde a un condicionante social que regula el comportamiento de los sujetos por medio de normas y valores socialmente impuestos. Así, cuando sucede lo contrario, en el caso de las adultas mayores que bailan, se ríen, se molestan y bromean entre ellas son vistas como “viejas locas”. Ante esto, Laura (30-08-2015) señala que: *“Muchos se ríen mientras bailamos y algunos dicen que no es fiesta de pueblo, pero a mí no me interesa que digan, no hacemos nada malo, bailamos, es que es tan linda música que cantan que da ganas mismo de bailar”*

Así se vive en el bloque 2, una suerte de alegría, de música, de sonidos, de voces y letras que se juntan y despiertan en los asistentes una cadena de emociones, de sentimientos de nostalgia, de expresiones y significados plasmados en la forma de ocupación de este espacio, para quienes acuden y son parte de este show musical consideran que a partir de la llegada de los músicos la plaza es un ambiente alegre, ya que *“con la música la gente se olvida de las tristezas y de los problemas aunque sea por un momento”* (Adolfo 15-10-2015).

Otras dinámicas se desarrollan aquí, debido a la alta presencia de vendedores ambulantes. Durante el transcurso del día, varios de ellos se acercan a vender helados, comida, gelatinas, los apreciados relojes²⁴ y artículos de segunda mano que son ofrecidos a cada

²⁴ El tiempo es importante. Todos los adultos mayores llevan puesto un reloj por lo que, constantemente su mirada se dirige a este objeto para estar pendientes de la hora de regreso a sus

uno de los que ahí se reúnen. Unos ven con curiosidad, toman el producto, lo alzan y lo revisan, preguntan el precio, algunos dicen que no, pero otros muestran mayor interés y comienzan a regatear el precio o a acordar otra forma de pago ya sea el intercambio por otro objeto de similar valor o bajar el monto al precio inicial. Pero este tipo de transacciones se dan también entre ellos, en muchos casos las cosas que se ofertan ya son usadas: celulares, relojes, adornos, vajilla, joyas (varias de ellas son de fantasía), antigüedades, etc., pero éstas adquieren un valor significativo al momento de realizarse la transacción que, al igual que el caso anterior, entran en una cuestión de negociación, y la mayor parte de estos productos adquiridos pueden llegar a ser revendidos. Muchos compran a pesar de que no utilizan, de lo contrario lo vuelven a guardar. Este tipo de actividades corresponde a aquellas denominadas “de adquisición de bienes y servicios” (Cardona, 2008), ya sea el comprar, vender o intercambiar objetos.

Todas estas actividades se dan en un ambiente ameno. Entre ellos bromean educadamente y de vez en cuando se ríen fuertemente, aunque hay ocasiones en las que ciertas situaciones que les molesta como la presencia de trabajadoras sexuales, de borrachos o ladrones los hacen preferir quedarse callados, no mirarlos a los ojos y así evitar cualquier tipo de problema. Hay horas en las que la Plaza se va quedando vacío ya que algunos van a comer, pero otros ya retornan a sus hogares, aun así, siempre hay alguien que lo ocupa.

Es así como la plaza se ha ido convirtiendo en el segundo hogar de estos adultos mayores, ya que, aquí pasan la mayor parte del día compartiendo momentos con otras personas que atraviesan por su misma situación, una situación de soledad, de ocio y en algunos casos de abandono por parte de sus familiares. Estos elementos en común han contribuido a que muchos de ellos lleguen a formar lazos fuertes de amistad, que día a día comparten algo nuevo, un chisme, una novedad o simplemente, tener la satisfacción de estar acompañado por un conocido, un amigo, lo que les ha permitido una identificación con el espacio y con sus otros vistos como *similares* “aquí a la Plaza vienen mis amigos de pelo blanco, barba y arrugados como yo” (Manuel 06-10-2015).

casa; a diferencia de un señor, Don Aníbal Rosales quien acostumbra a usar dos, uno de correa de cuero y el otro de correa plateada y brillante porque le gusta lucirlos.

4.3.2 Etiquetaje social

Los adultos mayores se enfrentan a una cuestión de desapego, el cual consiste en un proceso de aislamiento de su mundo social, impulsado y legitimado por la sociedad y aceptado por ellos, ya que “conocen su deber, y que parte de ese deber consiste en discretamente apartarse y aislarse, por el bien común social” (Hidalgo, 2001: 88). Este grupo social pasa a ser pasivo con relación a los demás miembros de la sociedad que aún están en capacidad de contribuir al desarrollo social, económico y político, así este desapego simbólico de los adultos mayores representa un “beneficio” para la sociedad ya que permiten el paso de nuevos sujetos jóvenes y productivos a cumplir los diferentes roles dejados, y, al mismo tiempo, les permite a ellos “librarse” de responsabilidades sociales. Por lo tanto, dentro de nuestra sociedad, de acuerdo con el avance de su edad, los sujetos pierden prestigio al ser considerados como entes improductivos que, poco o nada pueden hacer en beneficio de la comunidad, ya que dentro del imaginario social está el relacionar el ser viejo con la enfermedad, el dolor, la debilidad y una pérdida de habilidades.

Esta cuestión está reforzada por cuatro dimensiones que son fruto de la modernización: salud, tecnología, urbanización y la educación (Cowgill en Hidalgo, 2001). En el campo de la salud, debido a su desarrollo tecnológico y fácil acceso, el llegar a una edad relativamente alta ya no representa una amenaza o peligro, por lo que tratarla ya no es un interés primordial, más bien se ha optado por la preocupación de otros grupos aún más vulnerables. El campo económico contribuye al desplazamiento de este grupo de personas que han llegado a la vejez, al no estar en capacidad tanto física como intelectual para competir con los jóvenes que responden de mejor manera a nuevos y sofisticados sistemas productivos. El crecimiento de las ciudades ha llevado a anular un tipo de familia extensa (formada por varias generaciones) dando paso a una pequeña y moderna familia (madre, padre e hijos), de la cual, los adultos mayores muchas veces han sido desplazados y marginados, como señala Manuel (06-10-2015) “*yo vivo solo en un cuartito en San Juan, me divorcié de mi esposa ya hace años, mis hijos ya también se casaron [...] el uno vive en la Costa con su familia y mi otra hija igual, de vez en cuando les veo, más por mis nietitos*”.

En cuanto a la educación, la modernización exige una constante actualización de conocimientos especializados, mientras que la producción intelectual del adulto mayor ha

sido catalogada como poco válida, en comparación con los conocimientos producidos por las nuevas generaciones que están respaldados por importantes instituciones académicas, y ya no fruto de la experiencia. Todos estos elementos se conjugan e impulsan a los adultos mayores a alejarse de ciertos espacios porque consideran que no tienen recursos que ofrecer ya sea salud, educación, conocimiento (Hidalgo, 2008).

Este proceso de aislamiento está reforzado por la sociedad que impone atribuciones negativas a los adultos mayores en torno a lo que *ser joven* significa, lo que le llevará a buscar un sentimiento de bienestar a pesar de su situación social y compensar los roles perdidos, por lo que trata de insertarse en nuevas actividades para asumir un nuevo papel social.

A partir de esto, podemos ver la existencia de sanciones negativas sobre el sujeto que envejece, una atribución de estereotipos negativos que minimizan la identidad personal, pero dichos atributos pasan a ser considerados por quienes lo otorgan y aquellos que lo reciben como una cuestión natural (Goffman, 2006). En el día a día de la plaza, los adultos mayores se enfrentan a este problema que deriva de su posición dentro de un ciclo vital socialmente construido: la vejez. Al preguntarle a una vendedora de gelatinas sobre los adultos mayores, se expresó de la siguiente manera: *“muchos de los viejos aquí nos molestan, algunos se quieren pasar de vivos, son morbosos por eso yo paso no más”*, lo que coincide con lo que dijo Martha (30-09-2015), una joven de aproximadamente 25 años que estaba sentada en el bloque 1: *“aquí hay viejos morbosos y malcriados, es imposible pasar sin ver cómo quedan viendo de pies a cabeza, a veces se acercan no más pero yo ya se sus intenciones y me hago la loca”*.

Esto nos lleva a pensar en lo que Goffman (2006) llamaría estigma, es decir, ciertas características negativas atribuidos a un “otro” que lleva al descrédito de la persona a quién se lo atribuye, que da paso a la construcción de una identidad virtual a partir de la mirada del otro. Así, “Mientras el extraño está presente ante nosotros puede demostrar ser dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás [...] y lo convierte en alguien menos apetecible –en casos extremos, en una persona casi enteramente malvada, peligrosa o débil” (Goffman, 2006: 12). Por ejemplo, un día, un betunero se acercó a contarles a sus amigos que había limpiado los zapatos a un *“viejo sapo”* pero que él no quiso pagarle lo que era, y mencionó que el aceptara que fuera un *“viejo sapo pobre”*, pero no, que este era *“viejo sapo y rico”*, de inmediato uno de ellos dijo *“esos viejos son*

unas lacras". Vemos que se construye una identidad del adulto mayor a partir de atribuciones negativas que llevan a la desacreditación no solo del individuo, sino del grupo de adultos mayores, los cuales entran todos bajo una sola descripción negativa.

A pesar de esto, Osorio (2006) considera que debemos entender a la etapa de la vejez no como el deterioro físico, mental, emocional de la persona, sino que implica una serie de valores, normas, ritos, conocimientos y formas de vida que al conjugarse propician al adulto mayor que acude a la Plaza Grande una identidad que va más allá de una atribución de cualidades, sino que implica una reestructuración social y una constante búsqueda de "ser alguien" para la sociedad.

Después de una exhaustiva revisión de varios temas referentes al espacio, memoria, rituales, símbolos, podemos concluir que la vejez más que un estado biológico determinado por la edad constituye una fase donde los viejitos de la Plaza Grande se reivindicán como seres humanos portadores de una identidad, que nos permite entender la heterogeneidad de actores y actoras sociales que se desplazan por la ciudad y que a su paso, crean dinámicas urbanas particulares. Así, es necesario comprender a los adultos mayores como un grupo no alejado ni marginado de los procesos sociales, sino anclados a los mismos por lo que deben ser reconocidos como entes activos que producen una serie de dinámicas, desplazamientos, recuerdos, relaciones que han hecho de la Plaza un lugar simbólico, con vida, que se mueve, que suena y que se vive en medio del sentimiento de nostalgia por los tiempos que ya se han ido. Para cerrar el análisis, me parece interesante tomar la idea de Hidalgo Gonzales (2001) quien sostiene que los viejos han creado una *subcultura* propia con sus reglas, valores y normas como una forma de integrarse a una sociedad que es indiferente con él. Por eso la Plaza Grande ha sido por mucho tiempo el refugio de las palomitas muertas.

Conclusiones

Después de haber realizado este trabajo investigativo, en el cual se ha articulado elementos teóricos y empíricos he logrado un acercamiento a la socialización de los adultos mayores en la Plaza Grande, entendido como un grupo que construye su propia identidad en base a los recuerdos que cada uno de ellos guarda y que son plasmados en la forma de comportamiento, en su visión del mundo, en la relación con los otros y en la forma de ocupar el espacio. En cuanto a lo teórico destaco que los conceptos utilizados de Candau (2006) sobre la memoria colectiva e identidad fueron fundamentales para poder entender a la Plaza como un lugar que en cada uno de sus rincones guarda una historia, una aventura que traslada a los sujetos a un pasado que se fue y no volverá jamás, a la añoranza, a recordar las mejores épocas, despertando en ellos una cadena de sentimientos, una mezcla de tristeza y alegría. Así, la memoria colectiva se llega a convertir en un elemento cohesionador que fortalece la identidad de cada uno de los viejitos de la Plaza.

Se pudo identificar los diferentes símbolos que hacen uso los adultos mayores en la Plaza Grande que les permite una apropiación, uso y delimitación de un determinado rincón en este espacio, donde la estética, la formación académica, la clase social, el lugar de nacimiento, se van a convertir en símbolos de diferenciación que les lleva a generar dinámicas de inclusión y exclusión entre los diferentes usuarios de la Plaza Grande, así se comprende que la identidad está en función de los puntos de referencia simbólica que capacitan al individuo para recordarse quién es, así, el concepto de símbolo mencionado por Geertz (2003) fue de suma importancia, pues da paso a la formación de un espacio social, donde los símbolos cobran importancia en la actualidad, ya que permiten reforzar el significado de los espacios que están entrando en un proceso de innovación y fortalecer el sentido de identidad, por lo que los sujetos buscan símbolos que den un significado al propio “yo” para que su vida comience a tener sentido una vez que han encontrado su identidad.

Lo propuesto por Turner (1973) contribuyó para comprender que los ritos se convierten en un medio indispensable para aumentar la capacidad para pasar de la conciencia del “yo” a la “nosotros”. Los pasos por los que debe atravesar el sujeto (separación, liminalidad y reinsertión) fueron fundamentales al momento de analizar los ritos por los que el adulto mayor atraviesa para llegar a ser parte de un determinado grupo en la Plaza

Grande, donde busca experimentar nuevas emociones y alcanzar un nuevo estatus que le otorga roles específicos.

En cuanto a la temática de la vejez, resultó complicado encontrar autores que aborden desde la perspectiva social. Osorio (2006) nos presenta un esquema muy general y limitado sobre la condición del viejo; razón por la cual, como un refuerzo a sus postulados tomé la teoría de Simone de Beauvoir (2011) quien contribuyó a entender al adulto mayor en cuanto ser social.

Por lo tanto, considero que el marco teórico si contribuyó para el análisis de los datos recogidos en el trabajo de campo y para el cumplimiento de los objetivos anteriormente planteados.

La metodología utilizada para la recolección de datos fue la adecuada. Debo señalar que la observación participante fue una de las técnicas que me permitió obtener la mayor parte de información, mediante conversaciones no estructuradas que surgían en un ambiente de espontaneidad y me permitió abordar varios temas importantes para la realización de este trabajo. La visita y observación constante a este espacio me permitió observar las diferentes dinámicas no solo de los adultos mayores, sino de los otros actores como vendedores/as, fotógrafos, turistas, visitantes que contribuyeron para entender cómo ven al adulto mayor que día a día llega a la Plaza.

En cuanto a las hipótesis resultaron ser comprobadas, las cuales se basaron en el pensamiento de Hall (1996), Isla (2003) y Osorio (2006). En primero lugar pude constatar que la identidad se forma a partir de la negación del otro, abriendo paso al establecimiento de fronteras espaciales mediante límites simbólicos que sobrepasan lo geográfico y estático. Así, un espacio urbano se transforma por la capacidad humana de imaginar y asignar características particulares a un lugar, determinando formas ser y estar. Lo mencionado fue evidenciado en la Plaza Grande en la forma en la que los adultos mayores ocupan cada bloque, generando dinámicas de inclusión y exclusión que refuerzan el sentido de pertenencia a un determinado grupo. En este caso los adultos mayores forman grupos al interior de este espacio de acuerdo a sus intereses y afinidades, donde los recuerdos y anécdotas juegan un papel crucial en la construcción identitaria de quienes atraviesan por la vejez.

De esta forma los adultos mayores conforman una identidad colectiva que los lleva a designar su territorio y sus fronteras, a definir y limitar sus relaciones con los “otros”, formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados; del mismo modo, significa conservar y modelar los recursos pasados y proyectarse hacia un futuro. Por lo tanto, es necesaria una reivindicación del derecho al pasado, un ejercicio de la memoria colectiva y, sobre todo, de una memoria que reconozca sus valores y tradiciones, tomando en cuenta que, para que una sociedad exista, es necesario que una conciencia colectiva y un sistema de creencias y prácticas que unan a un grupo social.

A pesar de que los adultos mayores se han apropiado de este espacio, fuera de él son un grupo desplazado y olvidado de la sociedad por su avanzada edad, siendo marginados debido a una construcción social en la cual se asocia a esta etapa con el deterioro total del sujeto (físico, intelectual y social), es decir, una muerte anticipada. Sin embargo, a partir de esta investigación podemos ver que son un grupo que poseen una identidad con sus propias reglas, normas y códigos, por lo que la ocupación de este espacio público no sólo es una forma de emplear su tiempo libre en alguna actividad, sino que buscan no pasar por desapercibidos por la sociedad que tanto los ha ignorado, y a través de su presencia hacerse ver y sentir, una forma de ir en contra de los discursos que los ha convertido en un grupo subalterno, y buscar un reconocimiento social a partir de la apropiación de un lugar de gran importancia histórica y cultural. Además, su presencia constante en la Plaza Grande se impone y resiste a los procesos de modernización que, a su paso, quieren borrar todo lo tradicional, para así reemplazar lo “viejo” por lo moderno, una forma de resistencia a la transformación del CHQ en un museo para el ojo del turista.

Para finalizar, puedo afirmar que para el análisis de los espacios de la ciudad es necesario articular los elementos físicos (geográficos) y sociales: sujetos, símbolos e imaginarios que al conjugarse construyen formas particulares de *habitar*, y de la cual se desprenden dinámicas que permiten entender a la ciudad no como una realidad estática, de lo contrario, una ciudad viva. Así el encuentro con la ciudad pasa a ser una experiencia enriquecedora para el sujeto que la recorre.

Es así como la Plaza Grande se ha convertido en la *plaza de las palomitas muertas*, lugar tradicional de los retirados, jubilados, de los viejitos de la capital.

Bibliografía

- Amodio, Emanuele (1993). *Formas de alteridad. Construcción y difusión de la imagen del indio americano en Europa durante el primer siglo de la conquista de América*. Quito: Abya-Yala
- Augé, Marc (1996). *Los no lugares. Espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Baczko, Bronislaw (2005). *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Banton, Michael (1971). *El rol en la vida social*. Buenos Aires: Troquel
- Berger, Peter; Luckmann Thomas (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Candau, Joel (2006). *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Candau, Joel (2008). *Memoria e Identidad*. Buenos Aires: Del Sol.
- Cardona, Beatriz (2008). *Espacios de ciudad y estilos de vida. El espacio público y sus apropiaciones*. En: Revista Educación física y deporte, n. 27-2. Funámbulos Editores. P. 39-47
- Carrión, Alejandro (2007). *Cómo se hace un quiteño, método tentativo*. En: Edgar Freire (comp). Quito: tradiciones, leyenda y memoria. Quito: Libresa. P. 264-267
- Carrión, Fernando (1987). *El proceso urbano de Quito y su desarrollo metropolitano*. En: QUITO –Crisis y Política Urbana-. Quito: Editorial El Conejo.
- Carrión, Fernando (2003). *Centros históricos y actores patrimoniales*. En: La ciudad inclusiva. Marcello, Balbo; Ricardo, Jordán; Daniela, Simioni (comp). Cuadernos de la Cepal N° 88. Santiago de Chile: Naciones Unidas. P. 129-152. Disponible en: <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/7/14237/lcg2210p.pdf>
- Castañeda, Alejandra (2008). *El Ejército: ¿El reflejo más bello del modelo pariarcal?* En: De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI. César Torres del Río, Saúl Rodríguez Hernández (eds.) Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. P. 29-41
- Córdova Montúfar, Marco (2005). *Quito: imagen urbana, espacio público, memoria e identidad*. Quito: Trama
- Cucó Giner, Josepa (1995) *La amistad. Perspectiva antropológica*. Icaria editorial: Barcelona
- De Beauvoir (2011) *La vejez*. Buenos Aires: Debolsillo

- Eco, Umberto (1986). *La estructura ausente. Introducción a la Semiótica*. Español: Editorial Lumen.
- Elias Norbet, Dunning Eric (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica. P. 31-156
- Feixa, Carlos (1996). *Antropología de las edades*. Publicación virtual: /Biblioteca virtual de Ciencias Sociales. <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/C%20Feixa.pdf>. P. 1-23
- Finol, José (2006) *Rito, Espacio y Poder en la Vida Cotidiana*. Publicación virtual: <http://www.joseenriquefinol.com/v4/index.php/articulos/articulos-en-espanol/32-rito-espacio-y-poder-en-la-vida-cotidiana>
- Fuller, Norma (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias: Varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Lima: Fondo Editorial
- García, Dámaso (2005). *Las calles y las plazas como escenario de la fiesta barroca*. En: Música y cultura urbana en la edad Moderna. Andrea Bombi, Juan J. Carreras, Miguel Á. Marín (eds.): Valencia: Universidad de Valencia Pp. 307-336.
- Geertz (2003). *Ethos, cosmovisión y el análisis de los símbolos sagrados*. En: La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Goffman, (1979). *Relaciones en público*. Buenos Aires: Amorrortu. P.194-239
- Goffman, Erving (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu
- Goffman, Erving (1971). *Ritual de la Interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Goffman, Erving (2006). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu. P. 11-45
- Halbwachs, Maurice (2004) *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza
- Hall, Stuart (1996). *¿Quién necesita identidad?* En: Cuestiones de identidad cultural. Stuart Hall, Paúl du Gay (comp.). Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores.
- Heller, Ágnes (1998). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península
- Hidalgo González, Jorge (2001). *El envejecimiento. Aspectos sociales*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica
- Isla, Alejandro (2003). *Los usos políticos de la memoria y la identidad*. Estudios Atacameños, número 26. Universidad Católica del Norte. P. 35-44
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España editores.
- Klapp, Orrin (1973). *La identidad: problema de masas*. México: Pax México
- Le Breton, David (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión

Le Breton, David (2009) *El rostro y lo sagrado: algunos puntos de análisis*. En: Universitas humanística, N° 68: Bogotá. P. 139-153

Levi-Strauss, Claude (1969) *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós

Osorio, Paulina (2006). *La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales*. En: Papeles del CEIC. Universidad del país Vasco. Disponible en: <http://papeles.identidadcolectiva.es/index.php/CEIC/article/view/22/24>

Páez, Pablo. (2004) “Ferias Libres: espacios residuales de soberanía popular. De Gabriel Salazar”. En: *Bifurcaciones*, N 1, Pontificia Universidad Católica de Chile. http://www.bifurcaciones.cl/001/bifurcaciones_001_feriaslibres.pdf

Ribadeneira, Jorge (2007). *El Águila Quiteña*. En: Edgar Freire (comp). Quito: tradiciones, leyenda y memoria. Quito: Libresa. P. 212-217

Silva Armando (2001). *Algunos imaginarios urbanos desde centros históricos de América Latina*. En: La ciudad construida. Urbanismo en América Latina. Fernando Carrión (Editor). Quito: FLACSO. Pp 397-408

Silva, Armando (2006). *Imaginarios Urbanos*. Bogotá: Arango Editores.

Turner, Víctor (1973). *Simbolismo y Ritual*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Turner, Victor (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus

Vaca Hinojosa, M. d. (2000). *Representaciones urbanas: memorias, fronteras y apropiación en la plaza grande de Quito*. Memoria , P.87-102.

Van Gennep, Arnold (2008) *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza

Entrevistas

Juan (11-10-2015, 8-11-2015). Comunicación personal

Miguel Ángel (24-10-2015) .Comunicación personal

Jorge (16-10-2015) .Comunicación personal

Segundo (10-11-2015, 23-11-2015) .Comunicación personal

Manuel (20-08-2015, 6-10-2015) .Comunicación personal

Laura (30-08-2015). Comunicación personal

Rosa (19-09-2015) .Comunicación personal

Luis (3-09-2015) .Comunicación personal

Adolfo (15-10-2015) .Comunicación personal

Pepe (18-09-2015) .Comunicación personal

Saúl (14-09-2015) .Comunicación personal

Horacio (4-09-2015) .Comunicación personal

Martha (30-09-2015) .Comunicación personal